

PREMIO ESTATAL DE LITERATURA 2020

• Novela •

# Ellos nunca

Josué Camacho





# Ellos nunca

Josué Camacho

## GOBIERNO DEL ESTADO DE BAJA CALIFORNIA

### **Marina del Pilar Ávila Olmeda**

Gobernadora Constitucional del Estado de Baja California

### **Alma Delia Ábrego Ceballos**

Secretaria de Cultura y Directora General  
del Instituto de Cultura de Baja California

### **Antonio Espinosa Rivas**

Subsecretario de Cultura y  
Coordinador General de Educación Artística y Fomento a la Lectura

### **Javier Fernández Acévez**

Director Editorial y de Fomento a la Lectura

*Ellos nunca*

D.R. © 2022, Josué Camacho

D.R. © 2022 Instituto de Cultura de Baja California.

Av. Álvaro Obregón #1209, colonia Nueva,  
Mexicali, Baja California, C.P. 21100

Primera edición, 2022.

ISBN: 978-607-8661-26-8

Coordinación editorial: Elma Aurea Correa Neri.

Corrección ortotipográfica: Karla Isela Mora Corrales.

Diseño editorial: Rosa Espinoza.

Ilustración de portada: Almas que permutan en el silencio,  
*collage* digital de Francisco Toro

Fotografía del autor (en solapas): Juan José López.

Jurado calificador: Ana Clavel, Vicente Alfonso y Agustín Cadena.

Queda prohibida, sin la autorización expresa del autor y editor, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial, por cualquier medio o procedimiento, comprendida la repografía y tratamiento tipográfico.

IMPRESO EN MÉXICO / PRINTED IN MEXICO

Este programa es de carácter público, no es patrocinado ni promovido por partido político alguno y sus recursos provienen de los impuestos que pagan todos los contribuyentes. Está prohibido el uso de este programa con fines políticos electorales, de lucro y otros distintos a los establecidos. Quien haga uso indebido de los recursos de este programa deberá ser denunciado y sancionado de acuerdo con la ley aplicable y ante autoridad competente.

PREMIO ESTATAL DE LITERATURA 2020

· NOVELA ·

# Ellos nunca

Josué Camacho



**BAJA  
CALIFORNIA**  
GOBIERNO DEL ESTADO

**CULTURA**

Secretaría de Cultura  
Instituto de Cultura de Baja California



La vida de los muertos perdura en la memoria de los vivos.

**Cicerón**

La vida no vivida es una enfermedad de la que se puede morir.

**Carlo Gustav Jung**

La vida no se pierde al morir, la vida se pierde minuto a minuto, se arrastra día a día, en mil pequeños descuidos.

**Stephen Vincent Benet**





## EN VIDA ESCRIBO A ELLOS

Cuando la muerte asedia mis pensamientos, se presenta como una entidad lejana, un concepto ajeno, algo que está allá, en un mundo alterno en el que mis pasos jamás dejarán vestigio. Algunas veces en viajes oníricos, en otras ocasiones despierto, veo a la muerte en pasado. Pienso en Adán, en su Eva, en la serpiente, en el fruto mordido, en la especie sin patas. En la infinitad de almas que les preceden, embriones que han sido expulsados del círculo tibio para emitir el primer llanto, inhalar un mundo irrespirable y habitar este mundo. Universos, respiros cuyo transitar ha sido nada, breve o largo, eterno. En los que han sorprendido a la muerte, y los que se han dejado sorprender por ella. En los que han muerto vivos y los que han vivido muertos. En la sangre que porto, la que se coaguló y se disolvió en la tierra, ahora es polvo cubierto por cemento. En las horas, manecillas sin prisa recostado en esa lápida, viendo las hojas caer del árbol, rayos de sol reflejándose en las letras incompletas (en mem\_ria de su esp\_s\_e hij\_s), y arriba sonríe el cielo. En los momentos en los que recuerdo o imagino cómo fueron, recreo cómo

será... qué seguirá después de ese último respiro. Porque algún día la muerte y yo estaremos frente a frente, y no sé si la mirada le podré sostener o mis pupilas dilatará. No lo sé.

Por ello, en vida, escribo a ellos. A mis muertos, a ellos que nunca se olvidan.

Ella estaba allí. De pie ante el imponente Velo de novia. Sus manos, sus piernas, su cara, su cuerpo, eran humedad. Y la cascada fluía. Ella... ella que nunca.

## LAS GRIETAS DEL SILENCIO

Estela se levantó de la cama con hastío en el ánimo. Era su cumpleaños número sesenta. *Veintiún mil novecientos días soltera*, pensó mientras hacía la cama. Semanas atrás, al realizar el corte de caja había hecho el cálculo en la sumadora. Trescientos sesenta y cinco por sesenta: veintiún mil novecientos días. Después de extender el cobertor y acomodar las almohadas, se sentó en una esquina de la cama y comenzó a cepillarse el cabello con desencanto. Larga cabellera. Parda. El cepillo: nido de estropajos. Suspiró. Miró su reflejo por minutos, eternos minutos al espejo. Lluvia de demonios, recuerdos, ideas. Se puso la bata de flores color mostaza, un rocío de colonia con aroma a naranja, y se resignó a enfrentarse a un día más de rutina. Salió a la cocina y puso agua para el café. Eran las cinco cuarenta y tres de la madrugada. Lunes de ir al mercado y vender licuados, caviló mientras lavaba el jarrito para tomar su bebida.

Para ella no había distinción entre lunes, viernes o domingo, ya que todos los días atendía el negocio. No había descanso. Se sintió fastidiada y pensó que ya era tiempo de darse un respiro, de contratar a alguien para

que le apoyara en el negocio, pensó en la nieta de Ramona, su amiga de la infancia, ya la muchacha tenía dieciséis, era bonita y con energía desbordante, seguramente atraería a más clientes con esa piel leche, la sonrisa natural y los pechos de niña mujer. Fue a la cocina. Puso a dorar un tamal de chipilín en el comal y al consumirlo lo acompañó con el café.

\*\*\*\*

En la casa el olor a café. Hastío. Desencanto. Escurrían las gotas con esencia a café en las ventanas. Suspiro. Fastidio. El tictac inútil en la pared. Las grietas del silencio.

\*\*\*\*

Silencio en el comedor, silencio en la sala, silencio en toda la casa. Ella silencio, Estela silencio. Las gotas, formando grietas. El silencio.

\*\*\*\*

No había más ruido que ella. Se fue a la sala y se sentó en el sofá que había dado descanso a su madre durante los últimos años de vida, antes de que falleciera. Era viejo, empolvado y rechinaba. Un color marrón. Cerró los ojos, recargó su cabeza y suspiró. Silencio. Le incomodaba el silencio. Se asió a la carpeta que cubría el sillón. La pierna izquierda inquieta. Los dedos. Las entrañas. La conciencia inquieta.

La luz natural comenzó a dar sus primeros tintes. Se puso de pie. Regresó a la habitación y sacó del ropero el atuendo de todos los días: su traje de chiapaneca, tan colorido como su tierra, y a la vez tan negro, como su alma, negra selva. Todas las mañanas desfilaba por la

plaza de armas envuelta en tul con flores, bordado en petatillo, hilos de seda y artisela de colores naranja, blanco y rosa. Ese lunes se sentía incómoda. Se vio al espejo. Fija ante la imagen, sus pupilas se congelaron. Pasaron dos horas. No dejaba de verse al espejo. Estatua frente a frente. El bullicio comenzó a escucharse tras las paredes de su casa habitación. Niños hacia el colegio, comerciantes a sus negocios y señoras rumbo las compras matutinas para el banquete del día.

Dieron las nueve de la mañana. Ya era tarde para ir al mercado y abrir el puesto. Generalmente había que estar desde las seis para preparar todo y a las siete comenzar a vender. Tener listos los pedidos de clientes asiduos y servir a turistas y dos que tres conocidos que de vez en cuando pasaban a saludar. Pero ese día era su cumpleaños y no tenía ganas de ir. Esperaba algo espontáneo para sí. Algo que rompiera el fastidio, el silencio.

Regresó al ropero y sacó de uno de los cajones inferiores, una maletita floreada que tardó en abrir para dar paso a un mundo de cosméticos de belleza. De entre ellos destapó un labial carmín, se lo probó. Intentó sonreír. Sonrisa ambigua, colorida y marchita. Se borró el labial con el brazo. Hurgó en la maleta y encontró uno de color borgoña, el que tanto le gustaba cuando tenía treinta. Se lo probó. Sonrió con honestidad. Continuó con el ritual, puso violeta en sus párpados, carmín en sus mejillas y delineó sus ojos. Se recogió el cabello con una liga de flores mostaza y se colgó una medalla que era de su madre.

En cuclillas buscó bajo la cama, arrastró un bulto envuelto en plástico negro. Cuidadosamente fue desatando los nudos hasta descubrir el contenido: el vestido

de novia que nunca estrenó. Lo tomó con precaución y lo extendió sobre la cama. Afinó detalles y se quedó observándolo por un prolongado tiempo.

Alguien tocó la puerta principal. *Seguramente se les hizo raro que no fuera hoy a la vendedera*, especuló. Fue a la entrada principal, y entre rendija y rendija de la cortina se asomó. Era Felícitas, su compañera de puesto. La que vendía tamales. Decidió no salir, no iba a permitir que la viera toda pintarrajeada, se burlaría de ella. La dejó frente a la puerta, insistente y curiosa, hasta que se cansó y regresó a su negocio.

Estela volvió a la habitación. Se quitó el traje de chiapaneca, dejó al desnudo su universo, se expresaban sus pechos. Abrió un cajón del tocador y encontró unas medias. Tranquilamente se las puso, a su ritmo. *No es lo mismo los treinta que los sesenta*, dijo para sí misma al terminar. Después tomó el vestido y se introdujo en su interior con sutileza, no quería mancharlo con maquillaje. Batalló para enfundarse, aunque era delgada, tenía algunos kilos más que cuando su madre le hizo el arreglado. No alcanzó a subir el cierre más allá de media espalda. Dio un último vistazo al espejo. Se gustó. Sonrió.

\*\*\*

A las diez de la mañana en el día de su cumpleaños número sesenta, Estela decidió salir de casa vestida de novia. Estaba dispuesta a no morir soltera.

Él quiso recuperar el aliento, decir tantas cosas. A sus treinta y tres no le alcanzaba la vida, se enfriaba el café. Él... él que nunca.



## HASTA EL CEMENTO QUEMABA

Ese martes se sintió muerto en vida. Aunque su mayor deseo era no morir. Llevaba meses postrado a la silla de ruedas. Pudriéndose. Había días que se resignaba a la silla, compañera de agonías, su soporte; en otras ocasiones la odiaba, no toleraba estar un momento más en ese accesorio de piel, aluminio y ruedas, prefería acostarse en el suelo, boca abajo, y sentir alivio. Descansaba con la frescura del piso, y trataba de hacerse a la idea de que pronto terminaría todo, estaría sepultado. Calificaba los días como regulares, malos e infernales.

El martes había sido así: infernal. El ardor, el dolor, el hedor, los gusanos... el cáncer. Todos conspirando contra Manuel, contra su existencia, su ser. Eran las diez de la noche. Ya estaba recostado en el piso. Boca abajo. Mientras el televisor encendido hablaba, el suelo, hasta el suelo quemaba. Imaginaba que este se agrietaba y caía, caía, caía a un abismo que no tenía fin.

Su esposa dormía, olía a esperanza, ilusa esperanza. Aspiraba y espiraba con la ingenuidad de que al amanecer iba a abrir los ojos, y todo sería un sueño, una pesadilla, algo fuera de lo existente. Giró la cabeza hacia

ella. Sólo miraba su cabellera. La observaba a media luz. ¿Qué va a ser de ella?, ¿y de mi hijo?, se preguntaba para sí mismo. Se sintió culpable. Esa mañana en su desesperación le había gritado al niño, Víctor, quien tenía tres años y no paraba de jugar y jugar y correr y gritar por toda la sala.

\*\*\*\*

—Ya, niño... ya.  
—Run, run, run...  
—¡Dalia! —emitió a media voz.  
—Run, run, run.  
—¡Dalia! ¡Ven! ¡Llévatelo!  
—Run, run, ruuuuuun. ¡Puuuum!  
—¡Cállate, chingado!  
—...

\*\*\*\*

Manuel desayunaba, sentía náuseas, enrollaba una tortilla de maíz con sal y cuadritos de cebolla. El niño jugaba con sus tanques de guerra. Imaginaba un enfrentamiento a muerte entre soldados. Parecía no tener noción de la gravedad de la situación. Batalla de individuos de plástico verde, batalla en sus vísceras, hecatombe entre individuos de verde plástico, hecatombe en las vísceras. Ganas de estallar y ser polvo y desvanecerse. Suplicios por rescatar la lucidez cada vez más ausente, juntar montoncitos y volver a sentir la vida.

\*\*\*\*

Y jugaba y corría y gritaba y brincaba en el sillón. Guerra de plástico con ruedas.

\* \* \* \*

Manuel no toleraba el ruido, quería estar tranquilo, comer o por lo menos intentarlo, con tranquilidad. Con las pocas fuerzas que le quedaban, una rabia contenida se desató desde las vísceras podridas, impulsó su brazo y aventó la tortilla a la cara del niño a manera de callarlo.

\* \* \* \*

El menor salió despavorido de la habitación. Trocitos de cebolla cayeron al suelo. Gotas de sal escurrieron.

\* \* \* \*

—Perdón, perdón —dijo Manuel a gritos, cuando pasó el impulso—. Pero Víctor ya se había ido. Sintió impotencia, coraje, se maldijo, quiso morir.

\* \* \* \*

Silbó la cafetera, Dalia no tenía fuerzas ni para el antojo, quería tomar el recipiente y quemarse las manos, beberse el café que hervía y consumirse las vísceras, sentir el ardor, el infierno de su esposo. La cafeína era su aliada para lidiar con la tortura de ver a su amor hacerse polvo. Apagó el fuego, dejó la taza a un lado de la estufa. La luz de la cocina se esfumó, Manuel dormía, ella se recostó en el sofá, lo observó hasta el hartazgo, hasta que los párpados se rindieron y el sueño se hizo presente.

\* \* \* \*

Eran las tres de la madrugada del ya miércoles, Dalia dormía a profundidad, estaba exhausta, llevaba meses sin descansar, atenta a cualquier malestar de Manuel, conteniendo la tristeza y la desesperación.

\* \* \* \*

Ganas de explotar y ponerse de pie y arrancarlo de la silla o del suelo y tomarlo entre sus brazos, decirle: todo estará bien, eres el amor de mi vida, te perdono todo, te perdono el olvido.

\* \* \* \*

Hacía frío. El niño dormía en la recámara. El televisor en franjas multicolor.

\* \* \* \*

Sentía el frío hasta el tuétano, ni el gorro ni el pijama le daban calor. Había en sus entrañas algo que le avisaba que el tictac se apagaba, una sensación difícil de explicar, cargada de rabia, impotencia, resignación, dolor, mucho dolor. El piso quemaba... Manuel no podía hablar. Grito contenido. Tenía miedo de irse y dejar a su esposa y su hijo en un mundo así, en el mundo que contaban todos los días a las diez en el noticiero. En el mundo que nunca comprendió, al que jamás le encontró sentido. El que habitó cargando siempre un vacío que no podía explicar porque ni él lo entendía. Eso no era vida. El piso quemaba, quemaba cada vez más. Eran vidrios en su piel. Llamas en el cuerpo. Dormitó y despertó. No quería dormir, no quería cerrar los ojos, quería tenerlos abiertos siempre, siempre. Estiró la mano, intentó alcanzar el cabello de Dalia, pero no lo logró. El fuego se apagó, el cuerpo se enfrió.

\* \* \* \*

El café, el café se enfrió.

Iniciar y expirar: nacer, morir.

## MORRISON: LA ARENA NO ES IGUAL

Morrison, ¿en dónde estás? ¡Morrison!

Quiero verte... ¿A dónde te fuiste? Me dabas paz, la paz que siempre busqué. Morrison, escucho el mar, las olas, el viene y va, no es igual, no se escucha igual sin ti. Es hueco.

\* \* \* \*

Y la arena quema.

\* \* \* \*

La toco y quema, no la disfruto tanto como cuando tú y yo... El cielo, tu cielo, veo el cielo y es gris, te busco entre las aves, intento distinguirte, sólo son eso: aves. Ninguna como tú. Morrison, ¿en dónde estás? Si tan sólo supieras que yo... que tú... que nunca...

## LOS PANTEONES COBRAN VIDA

Ellos que nunca se olvidan, ellos que se van pero siempre están.

\* \* \* \*

Despierto, son las 10:10. Me gustan las horas con números par. 11:11, 12:12... Veo el cielo: es gris. Hoy es dos de noviembre. Día de los muertos. Iré al panteón, compraré flores, me sentaré en la tumba, veré el cielo, le recordaré.

\* \* \* \*

Saquen sus mejores galas que nos vamos de viaje. Sacudan esos traseros planos y huesudos que hoy es motivo de jolgorio. Tenemos permiso para bailar, es nuestro día y vamos a disfrutarlo. Pero, ¡vamos! Muevan esos esqueletos, desempolven las costillas, prepárense para el banquete, el colorido, la alegría, la tristeza, la ironía. Hoy es dos de noviembre, nuestro día ¡A gozar! ¡Que empiece el festín!

\* \* \* \*

Y los panteones cobran vida. El cempasúchil los abraza. Desfilan coronas, flores, todo es alegría. Señoras que

rezan, hombres que lloran, de nostalgia, de alegría. Retumba la tambora, suena el mariachi, también el rock, el hip hop, se escucha el lamento de José Alfredo Jiménez: La vida no vale nada..., resuena El ausente. Las tumbas se bañan, escurre el polvo, se mezcla en la tierra, el lodo en las suelas.

\*\*\*\*

Pásenle chicos, lléguele al pipirín, acá hay frijolitos, mole negro, tamalitos y chocolatito, panecito de yema, del que le gustaba a mi difuntito, que diosito lo tenga en su santa gloria.

\*\*\*\*

Las madres rezan, los señores beben, los niños corren, saltan sobre las tumbas, deshojan flores, inventan mundos, son muertos, se esconden entre las tumbas y se asustan cuando el tío Pepe les dice que si no se portan bien, en la noche los muertitos les jalarán las patas.

Y hay tambora y hay risas y hay alcohol y todos ríen de tristeza y todos lloran de alegría. Por ellos, ellos que nunca se olvidan.

\*\*\*\*

Qué raro, alguien me ganó este año... Pero ¿quién? Se habrán equivocado. No lo sé, pero son muchas. ¿Quién le habrá traído flores? ¿Mi mamá? No, no creo, ni puede caminar. Pues ni modo Manuelito, se me adelantaron, pero aquí estoy. Como cada año, aquí, sentado frente a ti... No sé si me escuches, no sé si realmente vengas a disfrutar de la fiesta como dice la tradición... A veces quisiera saber qué piensas, o qué pensabas cuando... de mí.



\* \* \* \*

Me gusta ver el cielo del dos de noviembre. Tan deslucido, tan triste. Contrasta con el color del cempasúchil, la alegría de la música, el banquete de sabores entre las tumbas. Aquí todo es color, allá arriba todo se torna gris. Vida bicolor. Muerte y vida. Alegría y tristeza. Risa y llanto.

\* \* \* \*

Y los muertos danzan entre el candor de los infantes, olores y sabores, ritmos y colores, flores, velas e inciensos.

Entre los vivos: los muertos.

\* \* \* \*

Mi abuela acostumbraba poner la mesa para sus difuntos. Decía que sus muertitos la visitaban, se sentaban y comían con ella. A mi madre le aterraba la idea. A mí me parecía fascinante imaginar que mi abuelo, mi tío y mi papá comieran con la abuela.

\* \* \* \*

Y el tañido de las campanas despierta y los panteones se llenan. ¡Feliz Día de Muertos!

## UNA MUJER POCO COMÚN

Desde pequeña Estela dio muestras de ser una mujer poco común. Oriunda de Chiapa de Corzo, ciudad considerada como Pueblo Mágico, situada en el centro del estado de Chiapas, pasó la infancia apoyando a su madre, comerciante de tiempo completo, quien sentía que no tenía tiempo para perderlo, la vida se le iba y trabajaba con tesón para sacar adelante a su chamaca y heredarle el negocio que por años había erigido: un puesto de frutería y licuados en el mercado municipal. Así que decidió prepararla para el mañana y no le permitió estudiar más que la primaria.

\* \* \* \*

¡Ay!, la Tella nos tiene a todos con el Jesús en la boca, y es que ella nunca se había desaparecido así, nunca falta al puesto, a menos que esté enferma y a veces ni así, es requete responsable. ¿Yo? Felicitas del Rosario Robles para servirle... Sí, soy su compañera de changarro... No pues la conozco desde chicas, trabajamos en el mercado, ella vende jugos y licuados, yo vendo quesos y carnes, ahí en el mercadito municipal, me quedan resabrosos, sobre

todo los de chipil, cuando guste pase a mi local... Pues le decía, que ella, la Tella nunca se había desaparecido, digo tampoco era de palo, como todos, a veces faltaba a la vendedera por una gripe o cosas así, pero siempre avisaba, o por lo menos nos abría la puerta para saber que seguía viva, pero ahora nada. Sí, yo fui a su casa, y estuve toque, toque y toque hasta cansarme, y nada. Le pregunté a Chayito, la vecina, si sabía de ella, si había escuchado ruidos, si la había visto salir o algo, pero nada, sólo dijo que una noche antes la vio en el patio tendiendo unas garras, que por cierto el día que fui, seguían en el tendero. ¡Ay! No sé ni qué pensar, ojalá la encuentren pronto, todos en el mercado estamos preocupados, esta mujer nunca se había desaparecido así. Tres días ya sin saber de ella. Hoy nos juntaremos en la iglesia del padre Abel para pedir por su salud.

\*\*\*\*

Buenos días joven, pásele, pásele, llévese su quesito, tenemos tasajo, chistorra, las mejores carnes del mercado, fresquecitas, listas para el comal. ¡Pásele! ¡Pásele!

\*\*\*\*

Nos tiene a todos consternados. Sí señor, yo soy Ramona... Así es señor, su mejor amiga, desde de la infancia. No... no supe nada, no hablamos mucho en las últimas semanas. La Tella andaba como ausente, casi siempre nos reuníamos los martes en mi casa para el cafecito de olla y los tamalitos, pero los últimos dos martes nada, ni sus luces. Sí, sí la vi, claro que sí, antes de que desapareciera, y precisamente fue un día antes de su cumpleaños... Yo no quise decirle nada, pero le teníamos una

sorpresa, mi nieta la Yesenia y yo, le avisé a la Felicitas y a otras del mercado que ya en la tardecita, fueran a la casa al alboroto... De haber sabido le digo lo de la sorpresa, a lo mejor no hubiera desaparecido, o no sé... ¿A dónde se habrá ido?, qué curioso, ¿no creé?, que desapareció justamente en el día de su cumpleaños. No, no noté nada extraño... Bueno, sí... la vi algo distraída, andaba como ida... para serle sincera no le di importancia, siempre fue callada, reservada, así que no pensé que estuviera pasando algo malo con ella, supuse que era la crisis de llegar a los sesenta, ya sabe, siempre cada diez años llega la crisis, que la de los treinta, que las de los cuarentas, que la de los cincuentas, sobre todo a nosotras las mujeres... Yo por ejemplo, ya tengo sesenta y uno, y sigo sin creérmela, siento que ya se me fue la vida, que ya cumplí y sí... es que una se casa, se entrega al marido, a los hijos, a las cosas de la casa, en fin, cosas de mujeres... ¿En qué me quedé? Ah sí, que yo la conozco muy bien, desde chiquita, la mujer sí que se las ha visto duras. Es que pues cómo decirle, su papá murió cuando la pobre aún ni nacía, ella nunca lo conoció, la pobre tiene los dos apellidos de su madre, Gutiérrez Gutiérrez, porque así lo quiso doña Consuelo. De chiquillas éramos muy unidas, imagínese: nos íbamos al cañón y... No, la verdad no supe de qué murió don Genaro... Bueno acá entre nos, le voy a contar, a lo mejor esto sirve para aclarar el caso o qué sé yo... Yo me enteré que el papá de la Tella no murió, cuando doña Consuelito estaba embarazada, su papá las abandonó. Lo escuché una vez, cuando éramos chamacas, mi mamá y su mamá eran muy amigas, y yo entre el juego del sen sen sen y las risotadas de nosotras,

clarito escuché que ellas en la cocina hablaban del papá, quesque desapareció un día y nunca regresó, mire nada más qué coincidencia, precisamente lo que estamos viendo ahorita con la desaparición de la Tella, sólo espero que esté bien y que regrese.

\* \* \* \*

—Ándale hija, tráeme ese costal. ¡Corre chamaca!, que tenemos pedidos que entregar.

—...

—¡Estela!

—¡Voy!

\* \* \* \*

De chiquillas la Tella y yo éramos tremendas, nos encantaba andar de chuchas, de pata de chucho por todos lados. Las tardes, después de la vendedera nos íbamos a La Pila a chacotear, pasábamos horas en la fuente, íbamos a la tienda de don Chago a comprar chucherías, pero en especial, nos encantaba darnos una escapada al Cañón del Sumidero. En aquellos tiempos, mi papá, que diosito tenga en su Santa Gloria, trabajaba como guía, entonces a veces nos aventábamos los recorridos de gorra. ¡Ah, cómo disfrutábamos! Me encantaba ver a mi papá y escucharle hablar como merolico de la historia del lugar y las características, me sentía tan orgullosa de él, era mi héroe. Yo no sé cómo retenía tanta información y la repetía fluidamente, así de corridito. Lo escuché tanto que me lo aprendí, pero nunca he podido decirlo como él, mi papá tenía su gracia no se crea. Me encantaba sentir el aire mientras la lancha avanzaba y se adentraba a ese imponente escenario. Esas tres paredes que forman una

ve de vaca y que alcanzan hasta mil metros de altura, hasta la fecha me parece una experiencia única, aunque tiene mucho que ya no voy. En fin, en aquellos tiempos éramos felices y soñadoras. Sobre todo la Tella, ah como soñaba esa mujer, ni de grande dejó de soñar, siempre en la luna. Me acuerdo que cuando éramos chamacas decía que iba a ser actriz o cantante, y siempre quería tener público, nos íbamos toda la muchachada a La Pila y le hacíamos bolita, decía que algún día viajaría muy lejos y sería famosa y la veríamos en la tele y nos mandaría saludos. Yo la verdad me emocionaba, me la imaginaba mandándome saludos y besos por la televisión y diciendo mi nombre: ¡Ramona! ¡Ramona! ¡Ramona! ¡Besos para Ramona! ¡Gracias por todo el apoyo! ¡Los amo Chiapa de Corzo! ¡Pronto volveré!

\* \* \* \*

—Tella, hija, ve con doña Remis y tráeme dos tamales de chipilín, de paso llegas con la Lupe y dile que me mande mi pozol, ya luego, el martes me reporto con ella... ¡Córrele chamaca! ¡De veras que parece que tienes atole en las venas!

— Pero...

—Te digo que le digas que yo me reporto con ella luego, ¡ah, tan bruta chamaca! ¡Órale!

\* \* \* \*

¿Que cómo qué? ¿Que cómo preparo el pozol? Pues... es sencillo... Pues... ¿Cómo le digo? Yo, en lo personal yo... Pues... me levanto tempranito tempranito, y pongo a cocer a veces tres, a veces cuatro, depende del día verdad, botes de maíz, ya cuando revienta el grano, este...

se muele, se muele el nixtamal. Y también se pone a tostar cacao, y lo mismo, lo hecho al molino para que se muele. Se revuelven las dos, en agua, muy importante, con la mano que es lo que le da el sabor, se le pone azúcar para que tenga saborcito, y pues ya depende de la persona, si lo quiere así al tiempo o si quiere algo fresco le ponemos hielito.

\* \* \* \*

Y en jícara o vocho de morro, espeso o líquido, a temperatura ambiente o con hielo, el mundo disfruta del pozol, bebida ancestral.

\* \* \* \*

Estela tenía nueve años. Trabajaba junto a su madre en el puesto de licuados y fruta. Soñaba con algún día salir de ese lugar, y viajar, conocer el mundo, como en la televisión. Sería una famosa cantante, y su cuerpo irradiaría sensualidad y la ciudad reunida en La Pila le rendiría homenaje e irrumpiría en aplausos, chiflidos, piropos. Saldría en las revistas y todos los muchachos del mercado comprarían su ejemplar en el puesto de don Chago, y besarían los *posters* en los que ella aparecería. Forraría sus paredes y sería la mujer más codiciada de Chiapa de Corzo.

\* \* \* \*

Me acuerdo que cuando éramos chiquillas, la Tella y yo esperábamos con ansias la fiesta de los parachicos, nos encantaba. Yo le decía a mi mamá: “cuándo será la fiesta”. Y ella me decía: “en enero”. Uy, se me hacía eterno el tiempo, contaba los meses y a cada rato le hacía la mis-

ma pregunta a mi mamá... Mi madre, tan paciente que era. Me encantaba disfrazarme e ir tras el resto, bailando y cantando. Nos encantaba.

\*\*\*\*

Ataviados con máscaras de madera esculpida y zarapes, bailando y cantando al ritmo de la marimba, los parachicos inundan las calles, dan alegría a los márgenes del río Grijalva en honor a Nuestro Señor de Esquipulas, San Antonio Abad y San Sebastián Mártir, este último patrón de los parachicos. Los bailarines recorren las avenidas portando imágenes santas, van tocando sonajas de hojalata: chinchines, siguen al patrón. Una multitud los acompaña, en especial los niños que tratan de imitar sus movimientos.

\*\*\*\*

El bullicio da inicio el 8 de enero, cuando los chuntá, hombres disfrazados de mujeres, recorren las calles con faldas floreadas.

\*\*\*\*

Cuando era chamaca en la escuela nos dijeron de una leyenda, que según en el siglo... Bueno hace mucho tiempo, sobre las aguas del río Grijalva, una señora muy rica, llegó a Chiapa de Corzo buscando la cura para su hijo, que estaba muy grave. Y anduvo buscando a curanderos que le dieran una “cura para el chico”, de ahí lo de parachicos, y que la encontró aquí, al ver que era gente muy humilde, la mujer quiso agradecer, se fue a su tierra, pero regresó con víveres. Y los indígenas en honor al detalle de la señora se hicieron máscaras con caras de piel blan-



ca que dizque para no asustar al niño y bailaban alrededor de él y le hacían reír... bueno esa es una leyenda, pero hay otras, quién sabe si sea verdad o no.

\*\*\*\*

Danzas por la mañana, reciben los rayos de sol, danzas por la noche, luna cómplice. Techos color plata. Y la fiesta dura casi un mes.

\*\*\*\*

Pásale pásele, empanaditas, chipilín con bolitas, puerco con arroz, tamal bola, taxcalate, pepita con tasajo, tamales de chipilín, frijol con pellejo.

\*\*\*\*

Estela recibió los quince años trabajando en el negocio de su mamá, con las inquietudes propias de la edad y las tardes de convivencia en La Pila con Ramona y los chicos de la cuadra. Consuelo le organizó un banquete en complicidad con los comerciantes del mercado, hubo música, bebidas y emotivas palabras.

\*\*\*\*

Es que antes los del mercado sí éramos como una familia. Ya no es igual, ya ve, ahora con las nuevas generaciones y tanta cosa rara que usa la gente para comunicarse, ya como que poco a poco cada quien anda en su mundo. Yo me acuerdo que antes sí se armaban los festines en el mercado, ni qué decirle de los domingos, un domingo en el mercado era la locura. Eran los días de más venta, de más friega, pero también de más convivencia. Entre todos nos apoyábamos, nos echábamos la mano pues, que con mercancía, que con el cambio, que con monedas, en fin.

Por lo general hacíamos de comer y nos reuníamos entre varios, se armaban unos banquetes, y ahí nos tenía trague y trague entre cliente y cliente. ¡Qué tiempos!

\*\*\*\*

¿Estela?, una mujer intachable. La conozco de hace un buen, desde que llegué a este mercado, hace cincuenta años... no, espera... ya mejor ni le sigo, dejémoslo en cincuenta. Es que yo soy de San Cristóbal, pero hace un tiempo ya que me vine a Chiapa, por cosas de trabajo, tenía treinta cuando me vine para acá, ahí sácale cuentas. Ándele, ochenta. Pues me salieron mal los planes y terminé de vendedor aquí en el mercado y haciendo la lucha, poco a poco me hice de mi puestecito y... Bueno, el punto no soy yo, sino Estela, una mujer intachable, le decía. Seria, trabajadora, responsable, cumplida, nunca batallé con sus cuotas... Ah es que soy tesorero del mercado. ¿Enemigos? No, para nada, esa mujer es un pan de Dios. ¿Envidias? Nombre, para nada, aquí en el mercado todos somos amigos, casi casi como una familia, a veces surgen diferencias, como en todo lugar, pero nada que no se resuelva, aquí somos pura gente buena, buena y trabajadora. ¿Mi nombre? Clemente... Clemente Rosas Félix.

\*\*\*\*

Fausto, ¿Cómo? Fausto Leal Rosales. Sí, yo conocí a la Estela desde chiquillos, Pero... ¿Por qué la pregunta? Sí, fui su novio... Me atrevo a decir que fui su primer amor, su primer hombre pues. Cuando chiquillos me caía gorda, incluso me parecía fea, pero la vida está llena de sorpresas, me acuerdo que ya con los años la fui viendo de manera distinta, y en especial el día de sus quince años

se miraba incomparable, se miraba mujer. Y pues ahí fue donde empezó todo, me acuerdo que después de ese día, la comencé a esperar a la salida del mercado. Y las encaminaba, a su mamá y a ella a la casa. Luego la invitaba a dar la vuelta a la placita, y ahí nos daba la noche, platicando y coqueteando, me encantaban sus ojos, tan expresivos y su voz, pausada y de mujer. Luego los domingos, nos íbamos al Cañón del Sumidero, me encantaba verla extender los brazos, sentirse libre mientras el viento alborotaba su cabellera oscura... en fin. No, para ser sincero no tengo idea qué pudo haber pasado con ella, es que ya casi no nos hablábamos. Sí, me la topaba en la calle o en algún lugar y nos saludábamos, pero hasta ahí, nunca más volvimos a tener una relación cercana después de que rompimos.

\* \* \* \*

¿Fausto? Uy, el Fausto fue el amor de su vida, aunque la Tella no lo quería reconocer, aunque se volvió a enamorar mi amiga nunca lo superó. Sus ojitos se le ponían brillosos de nostalgia, alegría y tristeza, una mezcla de todo, cada vez que escuchaba sobre el Fausto. Y es que fue su primer amor, ya ve que dicen que el primer amor no se olvida, aunque yo no estoy muy segura de eso... Yo tuve muchos novios, bueno no vaya a pensar que fui una cualquiera, me refiero a que me di la oportunidad de conocer a varios muchachos antes de casarme con mi esposo, pero para ser sincera, yo a mi esposo no lo cambiaría por nada, como dice el anuncio de los dulces esos de dos colores... ay, cómo se llaman... ¡Duvalín! Usted sí que sabe, no fue el primer amor, pero es el que más amo,

me tocó un buen hombre. En fin, le decía que el Fausto fue el amor de toda la vida de la Tella, y le contaba que nunca lo superó, porque no podía ni verlo, mucho menos hablarle. Me acuerdo que nomás lo mirábamos que se aproximaba y de volada me decía: “Ramona, ahí viene Fausto”. Se ponía toda nerviosa y nos teníamos que meter al primer changarro que viéramos abierto para no saludarlo.

\*\*\*\*

¿Por qué terminamos? Pues, cosas de la juventud. Siempre me quedé con la espinita de reconquistarla, pero no sé... me daba cosa. Después de que se murió mi esposa, tuve la inquietud de ir a buscarla, como en los viejos tiempos, plantarme en la puerta del mercado y esperarla a la salida, acompañarla a su casa, como cuando teníamos quince años. Pero ya teníamos cuarenta y tres. Recuerdo el día que me le declaré. Estábamos en la plaza, y nos compramos una nieve de garrafa, yo probaba la nieve y sentía caliente la garganta, de los nervios. Yo tenía mucho qué decirle, pero no sabía cómo empezar, sentía que el mundo giraba alrededor de mí, y que tenía las miradas de todos fijas, esperando a que yo me le declarara para señalar y burlarse; luego ella, callada, disfrutando su nieve de mamey.

\*\*\*\*

Grito en las entrañas: Bésame.

\*\*\*\*

Nos acabamos la nieve, nos quedamos en silencio, nos dieron las siete de la noche. Comenzaron a prender las

luces de la plaza. Me dijo: “Vámonos, ya es tarde”. Se puso de pie, me puse de pie y sucedió lo esperado. La tomé del brazo y la acerqué así bruscamente a mí, no sé de dónde me salió tanto valor e intensidad y la besé.

\*\*\*\*

Cuerpos, los cuerpos, los poros, cantares de grillos, labios que trepidan, ojos que calcinan, sexos que aúllan.

\*\*\*\*

Creo que nunca más volví a ver a la Tella tan feliz como con el Fausto, bueno sí con Javier, o ya ni sé, es que cada quien es distinto, los dos tenían lo suyo... Ni siquiera cuando se iba a casar con Javier la vi tan viva como con Fausto, pero era normal, el primer amor, la inquietud de la juventud, las ganas de romper al mundo y crear uno nuevo. Ay, qué poeta me vi, ¿verdad?, qué pena, qué va a pensar de mí, pero sí, después de él, no volví a ver esa mirada. ¿Por qué terminaron? Pues, duraron dos años... y un día, en el mercado, llegó una muchacha morenita, y pues se armó la trifulca en el puesto de la Tella. Resulta que esta muchacha era vecina de Fausto y pues, estaba embarazada. Fue a decirle a mi amiga que dejara en paz a Fausto, que se alejara porque estaban esperando un hijo y se iban a casar. Imagínese, la pobre, toda desconcertada. Salió disparada del mercado.

\*\*\*\*

Pues... Rosa, que diosito la tenga en su santa morada. Ella... llegó a la cuadra cuando yo tenía dieciséis, para esto, ya tenía casi un año de novio con Estela. Rosa vivía a tres casas de la mía. Era muy guapa y extrovertida.

Comenzó a ir a la casa porque se hizo amiga de mi hermana Juana, y pues... yo llegaba por lo general ya tarde, después de dejar a la Tella en su casa, ya pasadas, las siete de la noche. A veces Rosa se quedaba a cenar. Todo empezó con miradas. En el comedor. Me ponía nervioso. Me intrigaba que una mujer tuviera tanta seguridad como para buscarme la mirada delante de mis papás y mi hermana, y el juego de pies bajo la mesa. Pasaron varias semanas hasta que un día llegó a la casa y no estaban ni mis papás ni mi hermana. Y pasó lo que pasó.

\* \* \* \*

—¿Y ahora tú?

—Nada.

—Sigues achicopalada por lo del pendejo ese.

—Pues...

—Pero no entiendes, Tella, te lo he repetido hasta el cansancio, los hombres no sirven para nada, no son de fiar. Ya ves tu padre...

—Él fue diferente, él murió.

—Pues sí, pero era un bueno para nada, a eso me refería.

\* \* \* \*

No supe qué me pasó, digo, con Rosa fui feliz, pero siempre me quedó la cosquillita de saber cómo hubiera sido mi vida con la Estela, hasta la fecha, aunque ya estamos grandes claro. Al principio sólo fue atracción sexual, es que Rosa era muy desinhibida, muy intensa, disfrutaba de su sexualidad de una forma descomunal, desbordante y eso me excitaba, me ponía loco. No tenía límites. En cambio, con Estela las cosas eran diferentes, más con-

servadoras y era yo quien debía tomar la iniciativa para todo, algo más ingenuo... pero la amaba. Entonces estuvimos así, Rosa y yo, teniendo nuestros encuentros sin compromiso, porque ella sabía que yo tenía novia. Hasta que quedó embarazada.

\*\*\*

—¿Y qué vamos a hacer?

—¿Cómo que qué vamos a hacer? ¿A qué te refieres?

—Pues, con el niño.

—¿Hablas en serio?

—Es que yo...

—...

—No sé, no tenía planeado esto.

—¿Y yo sí?

—No lo sé, pero es que... terminando la prepa, yo iré a la uni...

—Es por ella verdad, es lo que te preocupa.

—No, bueno sí, y también la escuela...

—No inventes cosas, es por ella, pero ahorita resuelvo eso.

\*\*\*

Así fue como terminaron la Tella y Fausto. Los papás de Fausto eran personas conservadoras y de palabra. Tenían un negocio de viajes turísticos y les iba muy bien. Eran de los más acomodados de la cuadra. No me gustaría decirlo así, pero casi obligaron al pobre Fausto a casarse con Rosa, que a pesar de todo, no era mala; digo, la Tella era mi amiga, pero debo reconocer que Rosa era una mujer con cualidades, ser humano al fin de cuentas.

Al igual que Fausto, que usted y que yo. Complejos. El punto aquí es que mi amiga, ya no volvió a ser la misma.

\*\*\*

A sus diecisiete, Estela Gutiérrez Gutiérrez, se enamoró y desamamoró de una forma que impactó su vida. Y no lo superó.

\*\*\*

—¿Y luego?

—...

—No vas a decir nada.

—...

—No tienes nada que decir.

—...

—Entonces... es cierto.

\*\*\*

Cuando Estela fue a la agencia de viajes, en donde ayudaba a mis papás después de clases, no tuve cara ni palabras ni voz ni ojos para ella. Me sentía tan miserable, deshonesto. Me quedé calladito, contenido ante la voz inquieta de ella, que exigía una explicación. No pude. Nunca pude hablar y cerrar ese ciclo. Todavía, cuarenta años después, a lo mucho que llegaba era a hacerle una seña en forma de saludo si nos topábamos en la calle. Y mira, ya estoy hablando en pasado, como si ya no estuviera. Espero que la encuentren pronto. Es una mujer excepcional.



## INFIERNO EN LAS VÍSCERAS

Cuando Manuel recibió la noticia no se inmutó. Mientras su esposa estalló en sal que quemaba hasta las vísceras y escurría a chorros, él sólo cerró la hoja con los resultados, la metió en el sobre, y preguntó: ¿Cuánto tiempo? “Pueden ser tres o seis meses”, recibió como respuesta. Suspiró.

\*\*\*\*

El camino a casa fue inhóspito. Manuel miraba el tablero del camión en que viajaban, estaba tapizado en calcomanías con frases de amor, superación personal y muchas fresas. *No parece un chofer masculino*, pensó, después vio que en el llavero que se asomaba del bolsillo del pantalón del conductor, colgaba la fotografía de dos niñas. Entones entendió el que tuviera el vehículo tapizado por cursilerías. Inmediatamente pensó en su esposa y su hijo, no quería imaginar lo que vendría, aunque era inevitable.

Dalia dirigía su mirada hacia la ventana, sus lágrimas seguían en cascada, silenciosa cascada. Quería abrazarlo, decirle cuánto lo amaba, que todo estaría bien, que

seguramente habría solución, que buscarían otras opiniones, que tal vez era un error, pero se contuvo. Sonaba una balada en las bocinas que retumbaba en sus oídos, no estaba de ánimos para música. Manuel comenzó a tararear la canción. A Dalia le pareció extraño.

\*\*\*\*

*Cuando dos almas se quieren...* El sol de medio día. *Por más que se alejen...* El humo tras los cristales. *No se puede nunca olvidar...* La mirada de él: perdida. *Por eso cuando yo muera, cielito lindo...* La mirada de ella, húmeda. *Nunca me dejes de amar...* El tráfico. *Si vas al campo donde los cuerpos reposan ya...* ¡Suben! ¡Bajan! ¡Oiga, frénele bien!, casi se cae la señora. *Busca mi tumba que ahí solita la encontrarás...* A cinco a cinco, la bolsita de cacahuates. *Llévale flores, muchas gardenias y un rosal...* Llévase su pelapapas/ rallador/ destapador. *Que sean violetas y no me olvides nunca jamás.* ¡Súbale! ¡Súbale! Centro.

\*\*\*\*

—Habrá que ver a otros especialistas

—...

—Es que no puedo creer que... estás muy joven Manuel.

—Pues sí.

\*\*\*\*

A Manuel parecía no importarle nada. No lo vi llorar, no lo vi lamentarse. Ese día que regresamos de la clínica a casa, preparé la cena, puse la mesa, nos sentamos, yo estaba desmoronada, comiendo con el bocado atorado en la garganta; él cenó como si no pasara nada, eso sí, no

me miraba, sólo veía su plato, los ojos en la mesa. ¡Qué cosas! Ya cuando terminamos de comer rompí el silencio, traté de darle ánimos, de decirle que había esperanza, que era muy joven, que iríamos con otros doctores, que seguramente había tratamientos, algo... Pero creo que la que necesitaba los ánimos y la esperanza era yo. Me hacía pensar muchas cosas, parecía como si la idea de morir no le desagradara, como si por fin se libraría de esa vida que tuvo y que decía que no era vida, como si estuviera harto de todo, de mí, de nuestro hijo, de su mamá, de vivir y por fin descansaría.

Sí, sí aceptó, fuimos a pedir la opinión de varios médicos, pero todos nos dijeron lo mismo, ya no había remedio, el cáncer estaba muy avanzado... Era difícil de creer, todo fue tan inesperado... tan extraño... Manuel se miraba bueno y sano, nunca se quejaba, la enfermiza era yo, y míreme, aquí viva aún. ¡Qué cosas!, ¿no? Meses antes de que nos dijeran la noticia, comenzó con dolores de estómago, pero no les daba importancia, yo le decía: "Atiéndete, vamos al doctor", pero luego se le pasaba el malestar y ya... hacía desidia. Así pasó el tiempo, hasta que empezó con soltura que duraba días, a mí se me hacía muy raro, pero él le echaba la culpa a que comía mucho en la calle, y es que sí, le encantaba pararse en cualquier puesto de tacos a comer, iba mucho a las tostadas de cueritos de la calle Primera, a los pescuecitos fritos, los tacos a vapor, a cualquier lugar que oliera rico, decía, y si había tortillas de harina "ni me las calienten", decía, "así frías", bromeaba... Ay, Manuel... Un día en su trabajo, porque era peón del parque Teniente Guerrero, no sé si ya le había dicho, se dobló del dolor de estómago y lo tu-

vieron que llevar al hospital. Ay, no, muy feo todo. ¡Está canija la vida!

\* \* \* \*

Fue esa mañana en el parque de zona centro. Manuel hizo la rutina de todos los días. Encender las fuentes, barrer la plaza central, trapear el kiosco, regar los árboles y las palmeras. Desde que iba camino al trabajo sentía una maraña en las entrañas, no le dio importancia. No quiso desayunar como comúnmente lo hacía, en el puesto de tacos a vapor que se instalaba a un lado del área infantil, frente a la iglesia. Era miércoles, a las 11:33 de la mañana, el parque lucía solo, más de lo normal. El bullicio de autos en caravana por la calle Tercera. Manuel sentía que el estómago le estallaría, un dolor que cada vez se intensificaba más. Decidió ir a comprar un jugo de manzana. A media plaza no pudo más, sus pies parecían fusionarse con el piso, se puso de rodillas y tocándose el abdomen se colocó en posición fetal, las lágrimas se asomaron. No pudo levantarse.

\* \* \* \*

El cemento. Bola en el estómago. Las hormigas. Bola en el estómago. Cláxones a lo lejos. Arde el estómago. Niños que corren y brincan y cantan. Grita el estómago. Humedad en las palmas de las manos. Se incendia el estómago. Huellas en los chicles pisados. Infierno, infierno en el estómago. Las rodillas, la cabeza, adheridas al cemento. Infierno, infierno en las vísceras, bola, dolor, ardor, incendio, infierno.

\* \* \* \*

Fue horrible verlo decaer. Después de la noticia, duró casi... el año. ¡Qué cosas tan más difíciles! Luego las quimioterapias... Las citas con el especialista... Salía muy debilitado de esas cosas. Comenzó a adelgazar, se puso flaco flaco flaco. Lo incapacitaron y tuvimos que irnos a vivir a casa de su mamá porque me puse a trabajar y no había quién lo cuidara, ni a él ni al niño. Fíjese que cambió mucho conmigo, porque en los últimos tres años la relación había decaído, por no decir que estaba rota, pero con la enfermedad se suavizó conmigo, qué más le quedaba, ¿verdad? Así es la vida... Nunca fue cariñoso, ni enfermo demostró cariño, pero me miraba distinto, y por las noches me tomaba de la mano, la apretaba por momentos, como si lo que no podía decirme con palabras, lo expresara de esa forma. Me partía el corazón.

\* \* \* \*

¿Qué sucede en la cabeza del desahuciado mientras se enfría el café?

\* \* \* \*

Manuel domaba su dolor, como era su costumbre. Cuando sentía que se quemaba por dentro, empuñaba las manos y contenía la respiración mientras sus pestañas se entrelazaban, y la vena que corría por su frente se pronunciaba. Había días en los que el tormento era tan insostenible que le daba de puños a la cabecera de la cama. Se tragaba el llanto para no expresar dolencia.

\* \* \* \*

Mi hermano siempre fue reservado, desde chico, era muy

apegado a mí, y no me lo podía quitar de encima, no le gustaba casi jugar con otros niños, yo le decía: “hazte pa'allá, vete a jugar con los niños”, pero él nomás quería estar ahí, pegado conmigo, yo ya tenía diez. Mi carnal era muy noble, muy reservado. ¡Ay, inocente! Yo era una chispa, una tremenda y me lo ponía como campeón para que agarrara la onda. Él apenas iba a cumplir los siete. Luego ya cuando crecimos, que empezó a irse a la vagancia y los malos pasos en los que anduvo, parecía que no le importaba nada, nunca se quejaba, nunca mostraba alegría, entusiasmo, vivía como en automático, sin sueños, sin esperanzas. Como si estuviera muerto, pero vivo, ¿me explico? Ya cuando nos distanciamos, que fue cuando yo me vine a Los Ángeles y duré como diez años sin cruzar a Tijuana, le perdí el rastro, luego pasó lo de la cárcel... y menos... Me enteraba de él por lo que me contaba mi mamá por teléfono...pero bueno, te decía que ni cuando estaba en sus últimos días se quejó. Me tocó visitarlo, bendito Dios, un domingo antes de que falleciera, alcancé a despedirme de él.

\*\*\*\*

—Manuel.

—Carnala... ¿Cómo estás?

—Bien, y tú, ¿cómo te sientes?

—Ahí la llevo, no me quejo.

\*\*\*\*

Ni a pocos días de morir mi hermano se quebró, se quejó o lloró, nada de eso. El muy inocente todavía se atrevió a preguntarme: “¿Cómo estás?” Con una sonrisa muy forzada. Sí, sí se miraba decaído, era normal, pero muy

tranquilo, prudente. Bendito Dios alcancé a despedirme de él, sino fuera por ese sueño que tuve, quién sabe si lo hubiera alcanzado. Resulta ser que soñé, verás... Que estaba yo, ahora verás... estaba como en un desierto, o algo así, y había mucha arena, como tormenta de arena, caminaba y miraba de lejos la silueta de mi hermano, no lo miraba tal cual, pero sabía que era él ¿me entiendes? Entonces yo lo seguía y la silueta se alejaba, como que huía de mí, hasta que llegó un momento en el que se detuvo y escuché la voz de Manuel, así clarito, clarito escuché: “Aquí estoy bien, en este lugar estoy bien, no te preocupes, ya estoy descansando”. ¡Imagínate!, me desperté llorando. ¡Ay, desdichado! Y que le marco a mi mamá tempranito, y me dice: “Nombre hija, está vivo de milagro, no creo que dure mucho, ya anda en las últimas, déjate venir”. Y pues con la pena, pero tuve que pedir unos días en el trabajo y dejar al chiquillo con Ramiro, mi esposo, e irme para Tijuana un fin de semana y mira, precisamente el miércoles después de que fui, se murió. Cómo es Dios ¿no?, que me avisó, quería que me despidiera de Manuel, o el mismo Manuel me mandó llamar, o mi mamá con sus rezos, o los tres, no sé, fue muy raro. Lo que me sacó de quicio fue que yo quería estar con mi hermano, no despegarme de él, aprovechar para platicar, escucharlo, darle confianza de que se abriera conmigo en sus últimos días, pero luego luego mi mamá empezó con sus ideas de que la acompañara a rezar la iglesia, a darle gracias a la Virgen, que porque ella había prometido que si yo alcanzaba a despedirme de Manuel, iba a ir a llevarle flores y rezar, ahí perdimos toda la tarde del sábado.

Ideas de mi mamá, imprudente que era.

\*\*\*\*

—Ve con ella.

—Ay, Manuel, yo vengo a verte a ti.

—No pasa nada, aquí está Dalia.

—Nos vemos al rato.

\*\*\*\*

Entre velas. El Padre nuestro. Entre flores. El Ave María. Entre inciensos. El Rosario. Olíbano y mirra. El Yo confieso. Entre cuchicheos. El Credo. Amén.

Gracias, virgencita santa.

\*\*\*\*

Nomás pude estar con él el domingo, porque el sábado que regresamos ya estaba dormido en el suelo. Pero eso sí, no me le despegué en todo el día. Reímos, aunque bueno, él con su dolor, la risa era algo tensa, pero muy valiente mi hermano, qué valor de no quejarse. El lunes temprano me regresé. “Cuídate mucho carnal, nos vemos pronto”, le dije, pues qué más podía decirle, yo estaba que no podía ni hablar, sentía el nudo en el gaznate y si hablaba segurito me soltaba a chillar. Él me tomó la mano y estuvimos así, agarrados, calladitos por minutos.

El miércoles me marcó mi mamá, Manuel se había muerto.

\*\*\*\*

La voz serena, vacía, resignada. El mensaje a distancia. La oreja en el auricular, el impulso de taparse la boca, apretar los ojos, contener el caudal. Un silencio por ende. El no saber qué decir. Mirar tras la ventana. La inmensi-



dad del cielo. Llanto.

\*\*\*\*

Estábamos viendo la televisión y Manuel me dijo que le ayudara a recostarse. En los últimos meses dormía en el suelo, era la única manera en la que podía descansar, bocabajo. El niño dormía. Yo miraba el noticiero, en realidad no lo estaba viendo, es decir, no le prestaba atención, estaba preocupada por Manuel y no me concentraba en lo que decían en la tele.

\*\*\*\*

Ansia, impulso de gritar, salir corriendo y chillar y rabiarse y tocar el suelo y arrastrarse.

\*\*\*\*

No podía doblarme, tenía que ser fuerte, él sufría ya mucho como para tener que aguantar mis tristezas, a veces le decía que iba a la tienda porque de plano ya no aguantaba el dolor, la angustia, el llanto, sentía el pecho así oprimido, ya sabe, el nudo en la garganta, me iba al terreno baldío, donde había unos carros abandonados y a chillar se ha dicho. Es que la verdad fue muy difícil, era mucha la presión, la tristeza de verlo así.

\*\*\*\*

“Lo que todavía no me perdono es haberme quedado dormida”.

\*\*\*\*

Cuando Dalia despertó, ya el café se había enfriado. La mamá de Manuel rezaba de cuclillas frente al cuerpo. Había cubierto a su hijo con una sábana blanca. Tres

veladoras posaban junto a él.

\*\*\*\*

Nunca me voy a perdonar el haberme quedado dormida, ¡qué tonta!, no debí dormirme, Manuel se quedó así, se murió con el brazo estirado, con los dedos tiesos apuntando hacia mí, así mire, así, hacia el sofá, seguramente en su desesperación me quería pedir ayuda o despedirse de mí, y del niño, no sé, no quiero ni imaginar qué sintió... Pero yo dormida, ni cuenta me di, no me pude despedir de él, se fue, se me fue, se nos fue, es canija la vida.

\*\*\*\*

Un día después de que lo desahuciaron, Manuel fue a trabajar, durante el camino iba abstraído, percibía todo a su alrededor lejano. Ya en el parque, se sumergió en su rutina. Hizo todo en automático, era un ente que de tan deshecho podía pasar desapercibido ante cualquier visitante. Se preguntaba ¿por qué?, por qué le había tocado vivir así, tan de prisa, sin sentido, tan vacío. Al barrer la plaza central y juntar la tierra imaginó que eso pasaría con él, su ser se reduciría a polvo. Se sentó unos minutos en una banca. Después se llevó las bolsas que había llenado y las llevó a la bodega. Salió, abrió la llave de agua y desenredó la manguera para regar palmeras y los árboles, se preguntó qué edad tenían, cómo era posible que vivieran más que él.

\*\*\*\*

De acá para allá, buscando un sentido, probó de todo, alteró sus sentidos, voló a otros mundos, encendió mil focos, respiró dos mil bolsas, pupilas dilatadas, fue despojo,

pies sin calzado, barba con piojos, limosnero de esquina, portador de pastillas, dador de cristal, domador de fieras, preso tras las rejas, carne para los cerdos, placer para las fieras, fluidos en los callejones, carroña, miseria, dolor, angustia, bajeza, vómito, orines, suelo.

\* \* \* \*

Entró a la iglesia, recordó su infancia, los domingos que iba a la Catedral de Nuestra Señora de Guadalupe junto con su madre y su hermana. Revivió esa nostalgia por el olor tan particular de una iglesia. Tenía años sin entrar, desde aquella vez, a sus dieciocho, que lo agarraron vendiendo “burritos de marihuana”, según publicó un periódico local. Se sentó y se puso a rezar. Los ojos contenidos.

\* \* \* \*

Y entre incienso y romero y mirra y cera y flores y humedad, cerró los ojos, con fe, respiró un aroma a trascendencia, eternidad.

Surgir, perecer: vivir, caer.

## AVE QUE NO TEME A LA PROXIMIDAD

Al señor Morrison lo conocí un domingo de abril. Ese día fui a la playa. Era una mañana vestida de neblina. Llegué al malecón. Me paré como siempre, bajo el arco e inicié el ritual que hago cada vez que pongo mis manos en la barra de cemento que divide a la ciudad con el imponente mar.

\* \* \* \*

Cerró los ojos. En sus oídos el choque de las olas con la orilla del mar. Inhaló. La sensación en los poros. La piel estremecida. Abrió los ojos.

\* \* \* \*

Bajé a la arena. Me senté. Me dispuse a apreciar el mar.

\* \* \* \*

Acudir al mar es un hábito que Víctor tiene desde la adolescencia.

\* \* \* \*

Respirar, observar, escuchar, tocar, perderse en él. En el mar. Inmenso mar. Amar a mar, a mar amar.

\* \* \* \*

Es un lugar en el que se identifica vulnerable, sale de la rutina de la ciudad, escapa del bullicio y se deja envolver por el encanto del rugir de las olas al llegar a la orilla; deja los egos y las máscaras para sentirse poca cosa ante tan imponente extensión de agua salada, que nunca descansa.

\* \* \* \*

Cuando era adolescente frecuentaba el mar dos o tres veces por semana, ahora, lo hago sólo los domingos.

Así fue como conocí al señor Morrison, tan gallardo. No sé si conocer sea la palabra correcta. Ni siquiera sé si lo conocí realmente... Lo vi cruzar la frontera que divide al mar. De entre las aves que volaban esa mañana, Morrison captó mi atención, se miraba con determinación, se dirigía directo hacia mí y no me equivoqué, en pocos segundos ya lo tenía a un costado, a uno o dos metros.

\* \* \* \*

Víctor se asustó. Su primera reacción fue ponerse de pie ante tremenda ave. Morrison buscaba su lugar y extendía y cerraba las alas mientras se plantaba sobre la arena, parecía que intentaba emprender vuelo. Pensó que estaba lastimado. Eso le dio tranquilidad y poco a poco se fue relajando. Se volvió a sentar en la arena, mientras el pelícano a dos metros aproximadamente, estaba inerte, viendo hacia el mar. Parecía disfrutar el paisaje. El silencio. Entonces decidió acercarse, arrastrarse hacia él discretamente, para no asustarlo.

\* \* \* \*

Me acerqué, me acerqué y me acerqué hasta quedar a medio metro. Me fascinó la idea de que el ave no sintiera temor de mí, ante la cercanía.

\* \* \* \*

Le intrigó. Había precaución y emoción en su ser al sentir la compañía de tal criatura que parecía no tener problema alguno con la proximidad ante un humano.

\* \* \* \*

El señor Morrison es o era un pelícano de pico fino y largo, de plumaje entre blanco y pardo, el cuello oscuro, el pecho claro. Parecía algo viejo. Su tamaño de lejos pasaba desapercibido, pero de cerca impresionaba. Tenía algunos pelos o plumas volando sobre su cabeza, desgarrado. Y sus ojos, casi cerrados, me daban serenidad, paz. Su silencio y mi silencio creaban complicidad, ni las olas ni los infantes traviesos ni los perros ni los vendedores ni nada interrumpían la armonía que ambos compartíamos.

Algunas veces le hablaba, movía su cabeza o pescozo, se quedaba quieto y parecía como si se preparara para escucharme. Con el señor Morrison lloré, reí, bromeé, soñé, construí, aprendí, crecí. Un domingo de agosto desapareció. No supe más de él.

\* \* \* \*

Caminó sin destino por toda la orilla del mar intentando distinguirlo entre las aves, pero nada. No supo más.

## EL CAMINO DE LOS MUERTOS

Morir es solo el inicio de un viaje...

\*\*\*

Bienvenidos a este reino, disfruten su estancia en Mictlán, nuestro reino. Aquí gobernamos los muertos. Siéntanse como en casa, aquí no hay distinción. Gordos, flacos, ricos, pobres son bienvenidos, siempre y cuando hayan muerto de forma natural. Adelante, este es el camino de los muertos.

\*\*\*

El noveno piso, el inframundo, el recorrido largo y sinuoso, para llegar allá, al descanso eterno.

\*\*\*

En la oscuridad desciende, entre cavernas va, se dirige a Mictlán, ese lugar al que una vez que se entra, ya no hay salida, sólo para el tecolote y la lechuza.

\*\*\*

¿Y tu perro?, ¿trajiste tu perro? No, no, no. Necesitas un perro, ¿cómo que para qué?, bajarás por lugares violen-



tos, subirás montañas, cruzarás ríos caudalosos... Necesitas la ayuda de un perro, éste te cargará en su lomo.

\* \* \* \*

Desnudas entre montañas, entre el cerro de navajas, nieve que quema, viento que corta, como cuchillo, manos que flechan, aguas negras, nueve ríos, nueve inframundos... van las almas.

\* \* \* \*

Aquí estoy, en el noveno inframundo, ante el gran Mictlán, por fin, el anhelado descanso.

## ELLA ERA UNA TUMBA

Después de la primera desilusión en asuntos de las relaciones de pareja Estela no volvió a entregarse por completo. Fue más selectiva y cautelosa al momento de involucrarse con muchachos que mostraban interés en su persona, a pesar de los desacuerdos de su madre, quien no podía permitirse que se ocultara el sol, sin recordarle a su hija, lo bajos, inútiles y desgraciados que eran los hombres.

\* \* \* \*

Pues sí. Sí tuvo sus noviecillos, dos que tres pretendientes, pero pasaba, no sé, como que ella misma los alejaba sin querer. Todo empezaba muy bien y así de pronto desaparecían o dejaban de mostrar interés... o terminaban siendo sus amigos. A mí se me hacía muy moderno eso, porque yo nunca pude ser amiga de un ex novio, digo, siempre queda algo... no sé. Incluso después de que me casé, no pude ser amiga de mis pretendientes, sí los saludaba por cortesía, pero ser amigos: no. Y ella sí, hasta terminaba siendo su consejera amorosa. Yo le decía: "Si serás mensa, en lugar de reconquistarlos, ahí andas dán-

doles consejos para que enamoren a otras”. Pero a ella parecía no importarle. No me decía nada, sólo me escuchaba y se quedaba pensando. A veces pienso que nunca la conocí, eso es lo que me desesperaba de ella, que no platicaba sus cosas, si uno no le preguntaba o indagaba o escarbaba, ella era una tumba, no compartía su sentir, sus pensamientos, su vida.

\* \* \* \*

—Cuéntame algo.

—Cómo qué.

—No sé, algo, háblame de ti, ¿cómo estás?

—Pues... no hay mucho qué decir.

—No sé, cómo te sientes, sales con alguien, te gusta alguien.

—Pues no.

—A veces siento que no te conozco.

—Ay, Ramona, qué cosas dices.

—Pues yo te cuento todas mis cosas y tú nunca me cuentas nada, todo lo que sé, es porque yo te tengo que preguntar y casi casi sacarte la información a la fuerza.

—Es que no hay nada así importante que contarte.

\* \* \* \*

Cuando decidí casarme con Lucho, mi esposo, ella fue la primera persona a la que le di la noticia. Ya teníamos veintitrés. La verdad me sorprendió, porque esperaba menos de ella, pero nombre, se puso las manos en la boca así como sorprendida y de pronto gritó y yo me emocioné y también grité. Ese día gritamos, brincamos y lloramos al mismo tiempo. Luego estuvo conmigo en los preparativos y la compradera de todo, los arreglos,

la iglesia... ¿Conoce la Capilla de San Jacinto?, es hermosa ¿verdad?, ahí nos casamos el Lucho y yo, nos casó el antecesor del padre Abel... bueno le decía que la Tella fue la primera que me vio con el vestido que me hizo su mamá, porque doña Consuelito era buena para eso de la... del este... de la cosedera o la costura o como se diga pues... hasta la despedida de soltera organizó mi amiga, la verdad se portó a la altura. Ay, la Tella, en dónde andará metida.

\*\*\*\*

La plaza principal. Bajo la ceiba, árbol sagrado. Capilla de San Jacinto. Sonrisas. Miradas curiosas. Vestido blanco. El sonido de la marimba. Tarde de fiesta. Tañer de campanas. Lluvia de arroz.

\*\*\*\*

No hay fiesta sin marimba, ni marimba que no sea una verdadera fiesta, instrumento que hace llorar, a veces de tristeza, generalmente de alegría.

\*\*\*\*

MAR-IN-BAH (tablas tendidas que producen eco)

\*\*\*\*

Hechas de corazón de hormiguillo, hermanadas por una cuerda. Y al golpe de los bolillos se produce el sonido, tan armonioso, maravilloso, no hay chiapaneco que no haya disfrutado de ese sonido que suaviza y altera emociones.

\*\*\*\*

La marimba es la voz, el alma de Chiapas.

## FIRMAS DE UN POR SIEMPRE

Antes de morir, Manuel me confesó que tenía un hijo con otra fulana. Sí, así como lo oye, no le digo que está canija la vida, es dura. Yo no me sorprendí, ya me las olía, pero no pude evitarlo, me solté en llanto. No pude decirle nada, sólo llorar, cómo reclamarle algo en ese estado, ya no podía hablar bien, estaba muy débil, hablaba pausado y los pómulos se le miraban... ay no, no... así mire, huesuda la cara. ¡Qué cosas! Me dijo que buscara al niño, que lo procurara para que el nuestro tuviera contacto con él, y los hermanitos se conocieran... No pude decirle que no. Pero después que murió, la verdad no cumplí mi promesa.

\*\*\*\*

—Perdóname.

—No...

—Perdón... te has portado como nadie y yo... no me porté bien contigo.

—No digas...

—Es que yo... me amaste, y mucho, pero fue un amor exagerado... y yo...

—Ya, ya lo pasado, pasado.

\*\*\*\*

Y es que no sé por qué, no es que yo quisiera pero... desde que nos casamos, fui muy celosa, siempre tuve miedo, siempre pensé que él me iba a engañar, que me iba a dejar. Le hacía unas escenas que ahorita que lo recuerdo, me da hasta vergüenza y digo ¡Qué cosas! Yo también me equivoqué... Los dos nos equivocamos. Me ponía celosa de todo, de las de la iglesia, de las compañeras de su trabajo, de las fulanas que andaban en el parque, de las vecinas, hasta de su madre, imagínese.

\*\*\*\*

—¿A dónde vas?

—A marcarle a mi mamá.

—¿Otra vez?, pero si le marcaste ayer.

—...

—¿Es en serio?

—Shhh, ya está sonando.

\*\*\*\*

Ese día me emberrinché. Estaba embarazada. Imagínese. Harta que para todo mencionara a su madre. Que si esto mi madre, que si lo otro mi madre, todo era su madre, andaba muy emocionado porque se habían reconciliado. ¿Le parece normal? A mí no me lo parecía, creo que Manuel exageraba. Esa tarde íbamos a entrar al cine, compramos los boletos y antes de entrar me dijo: “Espérate, déjame ir a marcarle a mi mamá”. Me dio un coraje.

\*\*\*\*

Caminó hacia la esquina, había un teléfono público y sacó monedas de su pantalón.

\*\*\*

Mientras él hacía eso, yo estaba que ardía, así que como no me contestó lo que le pregunté, me fui, lo dejé ahí.

Hubiera visto cuando regresó. Yo llegué antes a la casa. Estaba enojadísimo. Yo sabía que Manuel era violento, pero esa vez, esa noche que me estrujó y casi me fulminaba con la mirada, ay, no, qué cosas... Me asusté, parecía que echaba fuego por los ojos, me dijo: “Una más que me vuelvas a hacer, y esto se acaba, me escuchas, una más y hasta aquí termina todo”. Me aterró, porque en verdad nunca me había visto de tal manera.

\*\*\*

Había en él una tristeza intensa que reclamaba abandono y a la vez una rabia contenida.

\*\*\*

Y es que ya le había hecho muchas. Semanas antes de eso, una vecina hizo fiesta de cumpleaños y nos invitó... Mire, nomás de recordar... ay, no, qué canija vida... Andaba ahí una fulana que según era gringa, muy escandalosa y moderna para mi gusto, y le echaba unas miradas a Manuel, le dije: “Vámonos”, pero no me hacía caso, él estaba ahí, sentado tomando y tomando, era feliz mientras hubiera alcohol, ni platicaba ni nada, sólo tomaba, le encantaba la tomadera. Llegó el momento en que me harté y mejor me fui a la casa. Pero no me podía dormir, daba vueltas y vueltas y vueltas, me daba coraje imaginar a la fulana coqueteándole y luego él, borracho, pues...

ya sabe cómo son los hombres borrachos, así que fui a buscarlo. ¡Hubiera visto! La fulana y Manuel bailando, ¡ah no! Eso sí que no, y me les fui encima. Y él me agarró así con los dos brazos, así mire y me sometió, me aventó así al suelo, y yo ahí tirada en la tierra, Manuel me gritaba: “Vete, vete a la casa”. Pero yo no me movía. “Lárgate, vete”, y yo nada más ahí tirada chille y chille. Entonces empezó a patearme y a decirme que me iba a matar, lo bueno que luego luego unos señores que eran vecinos y estaban en la fiesta, lo agarraron y me dijeron que mejor me fuera, pero yo seguí terca, y le gritaba: “Manuel, Manuel, vámonos para la casa”, ahí tirada, hincada, suplicándole. En una de esas se agachó y agarró una piedra y me la aventó... Me pegó aquí mire, aquí en la pierna, ¿me creerá que en ese momento ni me dolió?, lo bueno que no fue en el estómago, imagínese, yo ya estaba embarazada y viviendo esas cosas... Entonces los muchachos, entre todos lo agarraron y lo sentaron, pero él se resistía y me miraba con un odio, una rabia, me apuntaba con el dedo... ay no, muy feo. “Doña, por su bien, váyase”, me gritó un muchachito que estaba en la fiesta. Y entre dos señoras, que también eran vecinas, me levantaron y me acompañaron a la casa.

Lloré toda la noche, y Manuel se amaneció allá. No se crea, hubo más cosas, me podría pasar toda la vida contándole, pero definitivamente, esa del cine que lo dejé solo fue la definitiva, después de eso, ya Manuel se descaró.

\* \* \* \*

Estaba hastiado de vivir. Cuando conoció a Dalia se enamoró de su mirada, su sonrisa, de la inocencia que



proyectaba en cada palabra, pensó que tal vez podría empezar una vida nueva, estaba motivado a encontrarle un sentido a su existir, quiso reconciliarse con su madre, con el mundo, consigo mismo. Tenía pocas semanas que había salido de la penitenciaría, tras una condena de siete años, decidió ser simpatizante de una religión que conoció estando en prisión, fue así como conoció a Dalia. Después de varios domingos de miradas y sonrisas discretas, decidió invitarla a salir. Las citas se prolongaron a meses, hasta que concluyeron en matrimonio.

\* \* \* \*

Y hubo aplausos y besos. Tinta sobre papel. Firmas de un por siempre.

\* \* \* \*

No me extrañó que tuviera otro hijo la verdad, yo en el fondo ya sabía que tenía a otra. Comenzó a ausentarse. Una noche, dos noches, tres, bueno, con decirle que una vez se me desapareció una semana, ¿usted creé?, nombre, ¡imagínese!, andaba como loca buscándolo en todas partes, y el señorón resultó que andaba en Chiapas, sí, así como lo oye, según él me dijo que se fue con unos amigos, pero ya después supe que andaba con esa tal Bibi, con la que tuvo al chamaco.

\* \* \* \*

Día 1: Ve por la ventana. El sol de mediodía quema. Come cereal con leche, no tiene ánimos de cocinar. Termina la telenovela de las cuatro. Los niños juegan en las banquetas. El megáfono de las tortillas.

Música del carrito de nieve. Son las seis de la tarde. Ella se asoma por la ventana. Parece un cuadro que va desapareciendo conforme se oculta el sol. Se desdibuja. Oscuridad.

Llegan las estrellas. Ella tras el cristal. Espera la silueta.

Día 3: Amaneció con los ojos clavados a la ventana. El niño llora. Prepara una mamila. El vecino calienta el motor del carro. El gato rasca la puerta. Se queda dormida.

Dan las dos de la tarde. El niño llora, quiere mami-la. Ella le da leche fría, tiene flojera de entibiarla. Se para en la ventana, quiere romper el cristal con la esperanza. El megáfono anuncia las tortillas. Termina la telenovela de las cuatro. Los niños juegan en las banquetas.

La música del carrito de nieve. Son las seis de la tarde. Ella se asoma por la ventana. Parece un cuadro que va desapareciendo conforme se oculta el sol. Oscuridad.

Llegan las estrellas. Su aliento tras el cristal. Espera la silueta.

Día 5: Ella amanece junto al refrigerador. Tiene hambre. Tiene asco. Incertidumbre. El niño llora. Ella llora. Rasca el suelo, se quiebra dos uñas, grita, se desborda. Se desmorona. El niño llora. Ambos lloran. Ella maldice, a él, al niño, a ella misma, al mundo entero, lo maldice, los maldice, se maldice. Sollozos. Se queda dormida.

Despierta, son las cuatro y media. Enciende el televisor, la telenovela ya está a la mitad. Los niños juegan en las banquetas. El megáfono de las tortillas.

La música del carrito de nieve. Son las seis de la tarde. Ella se asoma por la ventana. Parece un cuadro que va desapareciendo conforme se oculta el sol.

Llegan las estrellas. Ella tras el cristal. Espera la silueta. Se desdibuja. Oscuridad.

Día 7... Moronas, me desmorono, nos desmoronamos.

\*\*\*\*

Esa tarde Manuel estaba en el parque. Era un lunes común, la vio sentada en la banca, intentaba quitarse una mancha de salsa que había caído a su blusa. Decidió acercarle una charolita con agua. Ella sonrió, él sonrió.

\*\*\*\*

Humedad en ella, sus pechos, humedad en él, su boca, humedad en ambos. Y los cuerpos, y los ojos y los miembros.

\*\*\*\*

Desde esa vez no pudieron evitar los encuentros, en la bodega de intendencia, en un motel de la calle Primera, en la casa de la hermana de ella, en un callejón de la Zona Norte. Con su cabellera rojo-naranja y el olor a gardenias, se aparecía casi todos los días en el parque, comían juntos. Para evitarle problemas, Bibi llegaba, se sentaba en una banca junto al kiosco, si él se acercaba, es porque estaba libre, si él pasaba sin voltear a verla, era porque Dalia andaba ahí o estaba por llegar.

\*\*\*\*

Andaba con una mujerzuela, perdón... una mujer de la vida galante. Una chiapaneca, o no sé, porque yo digo que fue con ella con quien se fue a Chiapas aquella vez que se desapareció. No dudo que allá hayan concebido a... ay, no sé, no quiero imaginar. Fue después de ese viaje, que comenzó con los síntomas del cáncer.

\* \* \* \*

Manuel aprovechó sus vacaciones para irse a Chiapas con Bibi, tenían ya siete meses de relación; mientras con Dalia, las cosas estaban cada vez peor. Salió un lunes de casa, como cualquier inicio de semana y se ausentó por diez días. No le dijo a su esposa que había tomado vacaciones en el trabajo, ni alistó maleta, se fue con el overol de mezclilla azul que vestía en un día común de trabajo, no se despidió, provocó una discusión la noche antes de, para no tener que darle explicaciones a su esposa ni verle a los ojos al salir.

\* \* \* \*

Ella estaba acostada. El gris tras la ventana. Escuchó el rechinido de la puerta. El cerró con llave. Hacía frío. Ladrido de perros. Luminarias que se apagan. Brisa en las pestañas.

\* \* \* \*

Así de la nada desapareció. Recuerdo que lo estuve esperando y nada. Era lunes, preparé caldito de pollo y con el mismo, hice un mole. Arrocito rojo y agua de horchata. A Manuel le fascinaba el mole y con tortillitas de harina, ¡nombre!, se las comía como si fueran obleas, así como iban saliendo del comal, así se las comía, no dejaba que se hiciera la torre de tortillas. Bueno, le decía, Víctor ya tenía dos años. Y pues... nada. Manuel comúnmente llegaba a las seis de la tarde, aunque en las últimas semanas era impredecible, a veces llegaba a las ocho de la noche, otras a las diez, y había días en que pasada la madrugada, eso sí, borracho y algunas veces drogado, o golpeado, es que era muy agresivo, siempre andaba echando

bronca, ay, no, ¡qué cosas!, éste hombre recayó muy feo. Si se descaraba, había días que no regresaba, podían pasar dos, tres días y de pronto aparecía, llegaba a la casa como si nada. Imagínese cómo me sentía, con la criatura y sola. Total, que ese día no llegó, yo lo esperé hasta las ocho para cenar y nada. Pasó martes, miércoles, jueves, y el viernes fue cuando ya me preocupé. Entonces fui a buscarlo al parque. Pasé la vergüenza de mi vida, cuando uno de sus compañeros de la bodega, me dijo: “A caray, pues Manuel está de vacaciones”, ¡figúrese usted!, yo con mi cara de tonta.

\*\*\*\*

Contuvo la expresión de asombro, intentó sonreír ante el impulso de llorar. Acomodó su cabello tras la oreja izquierda, en esos momentos deseó que se le disolvieran las piernas, el cuerpo entero y escurrir por la coladera que estaba justo bajo sus plantas.

\*\*\*\*

“Gracias”, le dije a este señor... ¿Cómo se llamaba? Julián o Damián... Ju... ay, no recuerdo, lo importante es que me fui casi corriendo con el chiquillo en brazos, sentía la mirada del señor en la espalda, como diciendo: “pobre tonta”.

\*\*\*\*

El semáforo en rojo. Las miradas en la espalda. El niño llora. Miradas. Cruza la calle. Las risas. Olor a rancio. Camina con paso acelerado. Miradas, las miradas. Siente que las piernas se le desmoronan, las miradas las risas las burlas. Humo de vehículo en sus pulmones. Los bra-

zos se le desmoronan, no quiere soltar al niño. Miradas, las miradas las risas las burlas. Todo se torna amarillo, oscuro. Se desvanece.

\*\*\*\*

Pues me desmayé. Bendito Dios que es muy bueno, unas muchachas yo no sé si ellas o alguien más... pero me ayudaron, era un consultorio de algo de las alergias, y yo caí justo en frente de ahí, salieron y me ayudaron, sobre todo con el niño, que no le pasó nada por cierto. Yo sólo terminé con un raspón en el brazo, pero nada, todo salió bien. Ya de ahí nos fuimos a la casa.

\*\*\*\*

—Se siente mejor  
—Sí, gracias  
—¿Quiere que le marquemos a alguien?  
—No, ya me siento bien.  
—¿Segura?  
—Sí, gracias.

\*\*\*\*

Una noche antes del escape Manuel y Dalia habían reñido. No era extraño que eso sucediera, ella no sospechó lo que sucedería al siguiente día. Fue domingo, él se había ido se juega el sábado y llegó a las seis de la madrugada con olor a trasnochado. Dalia había llorado toda la noche. El niño dormía en su habitación. Manuel no podía ni con su alma, sin desvestirse ni cepillar sus dientes se dejó caer sobre la cama. Le tocó las nalgas. Ella se apartó. Intentó extender el brazo para rodear la espalda de su esposa, ésta decidió ponerse de pie. Sentía un infierno en su interior.

Fue un domingo común, Manuel se despertó a las once de la mañana haciendo rabietas: que el vaivén de la lavadora no le dejaba dormir, que la casa olía a rayos y que el niño apestaba a pañal curtido. Dalia prefirió ignorarlo y seguir en sus labores de ama de casa. Pasadas las dos de la tarde decidió hacer una sopa de verduras y picadillo. Manuel estaba en la habitación, miraba el televisor. Cuando le avisó que ya estaba la comida servida, éste dijo que no tenía hambre. Dalia comió con su hijo, a quien le dio en la boca cucharaditas de sopa tibia. Como sentía repudio por el olor a crudo de su marido, decidió pasar la tarde en la sala, cuidando de Víctor. El sol anunciaba su ocaso, Dalia se dispuso a duchar al niño. En el momento que cubría de jabón la escasa cabellera de su primogénito, escuchó la voz de Manuel en el comedor.

—Esta cosa está fría.

Prefirió no decir nada. Siguió enjabonando al niño. Tarareaba una canción.

—Dalia. ¡Qué es esto! ¡Está desabrido! Y lo peor... frío.

Conteniendo un caudal que se desbordó en segundos, Dalia contestó: “Pues caliéntala y ponle sal. Haz algo por la humanidad, o qué, ¿también quieres que deje al niño en la tina y vaya a darte de comer en la boca?”.

\*\*\*\*

Un estallido se escuchó en el comedor. Trizas de cristal. Aluminio en el suelo. El niño lloró.

\*\*\*\*

—Eres una inútil, poca mujer —gritó el hombre de la casa.

Cuando Dalia salió del baño con el niño envuelto en la toalla, vio la mancha de humedad y restos de verdu-

ra escurriendo por la pared. Se encerró en la habitación de Víctor y no salió hasta la mañana del lunes, cuando Manuel ya se había ido.

\*\*\*\*

Yo no sé que le pasó a Manuel o qué pensaba, cuando lo conocí no era así, poco a poco se fue portando agresivo. Los primeros cuatro años de matrimonio no fue así, digo, no fueron rosas, tuvimos nuestros problemas, por mis berrinches y mis celos, y su mamá que era muy metiche, pero bueno, él no sé... se contenía yo creo. Sí, era agresivo, pero no como en los últimos cuatro años, bueno... tres, porque el último fue cuando ya estaba enfermo. En esos dos años conocí a un Manuel que no sé en qué momento llegó, siempre fue reservado, pero en ese tiempo exageró, haga de cuenta que yo vivía con un mudo, o mejor, que yo no existía. Ni yo ni el niño. Todo era hastío, gestos, nariz arrugada, ceño fruncido, regaños, órdenes, críticas, que si esto, que si lo otro, que si qué gorda, que si qué fea, que si qué malo, en fin. Y si yo le contestaba, lo encendía y me iba como en feria. Mire, escuche... ¿escucha?, ¿no?, ¿no alcanza a escuchar? ¿Ahí? Escuche cómo suena cuando abro la boca, ¡ah!, pues, no sé qué le pasó a mi quijada, que cada vez que la abro como si fuera a bostezar truenas... Pues es que... una vez que le pregunté por unos boletos de cine que encontré en su overol, se puso como fiera, pero yo estaba de necia y necia, gritándole y hostigándolo para que me dijera con quién había ido al cine, porque era evidente que conmigo no. Pasaron años sin que fuéramos... pues desde la vez que le hice el berrinche, cuando estaba embarazada, ya nunca



regresamos a una sala de cine. Entonces con quién había ido, claro, ahora sé que fue con la fulana esa, con la que tuvo a Saúl, porque déjeme decirle que así se llama el chamaco que tuvo con la fulana, Saúl. Y lo supe, porque después de muerto, como qué serían... a ver... todavía vivía doña Conchita, la mamá de Manuel... Víctor tenía catorce... Once años después de que se murió Manuel, sucedió que coincidimos sus dos mujeres y sus dos hijos en casa de su mamá. Así como lo escucha. ¡Qué cosas verdad!, pero bueno, ya habían pasado muchos años, yo fui cortés y saludé a la fulana y al muchachito, que por cierto no tenía nada de parecido a Manuel, en cambio mi Víctor, es el retrato de su padre, el mismo cuerpo, la misma cara, los mismos gestos... todo. En fin, esa fue la única vez que los vimos, no les seguimos el rastro y ya después de que murió doña Conchita, pues menos. Pero le contaba que yo estaba de necia, que me dijera con quién andaba, que se sincerara, si ya tenía otra y que no habría problema, ahí quedaba todo, aunque por dentro sentía que se me rompía el mundo y lo que menos quería escuchar era eso, quería pensar que era un sueño y pronto iba a despertar. Y así de la nada, se levantó de la cama y me dio un trancazo en la mandíbula, si no fuera porque alcancé a detenerme en el tocador, quién sabe qué hubiera sido de mí. Ese día lloré toda la noche y él ni se inmutó. Y bueno, podría seguir contándole todas las cosas que me hizo Manuel, y nos quedaríamos toda una vida hablando de eso, el chiste es que en los últimos meses se portó muy mal conmigo, con el niño, muchos gritos, muchas humillaciones, mucha agresión física, y el abandono. Las drogas lo llevaron a la perdición, las dro-

gas y el alcohol. De pronto llegaba golpeado, quién sabe con quién tanto se peleaba en sus noches de derroche. O en qué líos de falda se metía, ay, no, no, muy triste, muy canijo todo.

\*\*\*\*

—¿Qué?

—¿Pos Qué?

—¿Pos qué de qué o qué?

—¿Putazo o qué?

Fieras que se despellejan. Bestias o humanos bestias. Impulsos. Respiros. Sangre.

¡Saquen a esos borrachos!

\*\*\*\*

Diez días después. Manuel, regresó a casa.

\*\*\*\*

Llegó muy campante el hombre. Sonriente, con una bolsa de cosas, entre ropa y productos de uso personal, jabón, desodorante y cepillo de dientes. Lo vi entrar y lo abracé. Aunque sospechaba que se había desaparecido por andar con la otra, también me invadía el miedo, la incertidumbre, de que algo le hubiera pasado. “Yo me muero, me muero si algo le pasa a Manuel”, le decía a su mamá, pero ella ya conocía a su hijo y sólo me miraba, sin decir palabra. Es que le tuve que avisar, ya después de tres días desaparecido, no era normal. “Que no te sorprenda, así es, a mí me hizo muchas el cabrón”, me dijo Conchita... Bueno, el chiste que es cuando regresó lo abracé y me le colgué del cuello, le sobé su bigote y su barba cerrada que tanto me gustaban y le dije: “qué

pasó, dónde estabas Manuel”. Sentía que el corazón se me salía.

\*\*\*\*

Y estalló. Lloró y lloró en su pecho, en su hombre. Mientras él, inerte, sólo se dejaba abrazar.

\*\*\*\*

—¿Dónde andabas, Manuel? ¿Qué pasó?

—Por ahí...

—Cómo que por ahí, no, Manuel, no es justo, yo ya estaba muy preocupada, diez días, diez días Manuel.

—Chiapas, andaba en Chiapas.

—¿Chiapas? Pero... por qué, con quién.

—Con unos cuates.

—¿Quiénes? ¿Por qué no me dijiste...

—¿Para qué? Para que armaras un escándalo y te tiraras al suelo haciendo tus berrinches, y sabes qué, ni sigas que me voy y ahora sí quién sabe si regrese.

\*\*\*\*

A pocas semanas de que muriera, Manuel me contó todo, me dijo que el viaje a Chiapas había sido con la mujer esa, una tal Bibi, y que había tenido un hijo con ella. Me pidió perdón... ¿Yo? Pues qué le iba a decir, ya ni llorar era bueno, ni prudente viéndolo en la condición en que estaba, sí se me escurrieron unas lágrimas, pero nada más. Me tenía tomada de la mano y la apretaba con la poca fuerza que le quedaba. Yo la verdad no quise reprocharle nada, ni preguntarle detalles.

\*\*\*\*

No, yo me perdí mucha vida de mi carnal. Supe ya después, por mi mamá, que había tenido una aventura y que hasta un hijo había de por medio, pero hasta ahí. Ya cuando murió, yo misma le dije a Dalia que dejara las cosas así, no tenía caso, para qué buscar a la mujer y al muchachito, para qué andar metiéndose en problemas. Así quedó todo, mi mamá me contó que de vez en cuando iban a visitarla, pero yo ya no supe nada de ellos.

\*\*\*\*

A veces recuerdo y me pongo a pensar, no sé... qué hubiera pasado si las cosas se hubieran hecho de forma diferente, si yo no hubiera sido tan celosa, tan berrinchuda, tan aprensiva con él, tal vez yo tuve la culpa, tal vez él sólo quería vivir en paz y yo con mis cosas... Tal vez luego de todo lo que había vivido sólo buscaba estar tranquilo, y yo nomás me empeñé en revivir al diablo que tenía atado al salir de la cárcel, no sé. ¡Está difícil! Es que cuando nos conocimos, él miraba distinto, hablaba distinto, de pocas palabras, pero con una serenidad, era cariñoso, a su modo, pero yo podía sentirlo, fuimos felices, sé que por un tiempo fuimos muy felices, pero después, no sé... Yo tuve mucha culpa, en fin, así fueron las cosas.

Empezar, extinguirse: emerger, decrecer

## SAL QUE NO DISTINGUE FRONTERAS

El primer domingo junto a Morrison fue silencioso. Yo estaba sentado en la arena. Él en sus dos patas, pero tranquilo, a mi costado. Ambos silenciosos. El viento agitaba su plumaje, hermoso, así como a su vez agitaba mi cabello. A ambos nos movía, nos agitaba algo.

\*\*\*\*

Dos seres en silencio, estáticos, mirando el mar.

\*\*\*\*

La segunda ocasión en la que coincidimos, que fue el domingo que precedió a nuestro encuentro, le pregunté quién era. Como era de esperarse, no respondió. “Sólo a un soñador se le ocurre hablar con un pelícano, y lo peor, esperar que éste le responda”, pensé en voz alta. Le pregunté si tenía familia, si era joven o viejo, si ya había sido padre, si había recorrido el mundo, si era feliz.

Nada.

Entonces entendí que nuestra relación iba a ser así: yo hablaría, él se dedicaría a escuchar. Lo vi como una forma de terapia, un psicoanalista. Él parecía entenderme, o escucharme o qué sé yo, tal vez estaba ahí por

casualidad, sin saber porqué o por el solo hecho de estar  
conmigo, de sentir mi compañía.

\* \* \* \*

Sentirnos, acompañarnos mutuamente.

\* \* \* \*

Sonido de mar. Borde que divide a dos naciones. Olas que  
luchan contra el muro. Sal que no distingue fronteras.

## REÍMOS DE NUESTRAS DESGRACIAS

Evocar a los que ya no están, a los que se van, pero en estas fechas regresan. Y jugar a la muerte, con disfraces, maquillajes y colores, ver el lado positivo de la muerte. Y reír y divertirnos y cantar y embriagarnos.

\*\*\*\*

María, vete preparando que ya en dos días comienza el festejo.

\*\*\*\*

—A cómo el ramito de cempasúchil.  
—Treinta y cinco el que le guste.  
—Mmm... gracias.  
—Lléveselo a treinta.

\*\*\*\*

Así celebramos los mexicanos a los muertos, entre duelo y celebración. Comienzan los preparativos para el festín en un ambiente jocoso y religioso.

\*\*\*\*



Me llama la atención el cómo los mexicanos hacen fiesta a la muerte y la ven como un personaje omnipresente, como una diosa, una protagonista, un personaje crítico, incluso es invitada a la mesa, y lo hace de manera sonriente. ¡Salud por eso!

\* \* \* \*

Somos mexicanos, y así somos, nos reímos de nuestras desgracias, ¡y qué! ¡Y qué!

\* \* \* \*

El primero de noviembre es en Memoria de Todos los Santos, recordamos a todos los niños que se han ido, y el día dos es el bueno, recordamos a los fieles difuntos, ¿cómo la ves?

## IMPONENTE MONSTRUO DE AGUA

Estela se volvió a enamorar. Fue una tarde de mayo frente al parque central. El sol alumbraba su oscura cabellera, destellaba un negro azulado. Esa mañana se escapó del puesto con el argumento de cólicos propios de su género, y su madre le aconsejó que se fuera a casa a descansar. Se fue a una banca de la plaza central. A soñar. Como era su costumbre. Su aroma a naranjo se desprendía y viajaba junto al aire.

\*\*\*\*

Aroma mujer. Mujer que enamora, amora-aroma. Mayo que enamora, amora-aroma. Mujer aroma.

\*\*\*\*

Javier leía el periódico, mientras saboreaba un licuado de taxcalate. “Qué hombre tan guapo, seguramente le compró ese licuado a mi mamá, qué tonta eres Estela, si no te hubieras ido del puesto, tal vez hubieras atendido a ese mangazo”, pensó.

Estaban frente a frente. Banca a banca. Él hizo una pausa en su lectura, dirigió su vista al frente. La sorprendió. Ella desvió sus ojos impulsivamente hacia la ceiba

que imponente, estaba a las espaldas de él. Javier sonrió. Continuó con su lectura, pero entre punto y coma, no perdía oportunidad de mirar a Estela. Ella se puso nerviosa, hurgaba en la mugre de sus uñas. Decidió regresar al puesto, le entró el remordimiento de dejar a su madre sola con el negocio. Su aroma a naranjo llegó hacia él. La vio alejarse por la plaza central. Un caminar incierto e incitante a la vez, le intrigó y la siguió, la vio entrar al mercado que estaba a una cuadra y media de la plaza, en el que había comprado su licuado. Entró al mercado y la buscó entre los puestos. Ahí estaba su cabello azabache, recargado sobre la barra. Estuvo varios minutos observándola, una voz lo desconcentró.

—Tamalitos de chipil, joven, pásele, pásele.

Estela seguía recargada en la barra, mientras Consuelo lavaba dos licuadoras. Javier salió del mercado.

\*\*\*

La Tella siempre andaba en las nubes, ausente. Desde chiquilla. Yo le contaba mis cosas y ella siempre en la lela. Parecía como si su cuerpo estuviera físicamente ahí, en el momento, conmigo, pero su mente en otra dimensión. Siempre soñando con otras vidas, con vivir en otra ciudad, con ser otra mujer, tener otro nombre, otra familia, otra casa... ¡Ay!, esa mujer, cómo la quiero chingado, hemos pasado por tantas cosas, pero eso sí, siempre juntas.

\*\*\*

—Me das un licuado de taxcalate.

Estela sintió una bola en sus entrañas. Era él, el joven que había visto en la plaza. No pudo decir palabras.

Tomó el vaso de licuadora, vació medio litro de leche, una cucharada de azúcar y dos copitos de taxcalate. Los licuó. Tomó una bolsa de plástico, vertió el líquido, insertó un popote e hizo un nudo con tal destreza que sorprendió a Javier.

—Qué bárbara, sorprendente.

Ella sonrió con timidez. Sus ojos mostraban los aleteos de mariposa que sus palabras ausentes trataban de disimular.

—¿Cómo te llamas?

—De qué tengo cara.

—Mmm... pues no sé... Patricia... Leonila...

Estela no pudo evitar reír. Le pareció gracioso, Patricia le sonó muy elegante. Leonila le dio risa.

—¿Me dirás tu nombre?

—Para qué.

“¡Tella! Ayúdame con estas bolsas, ándale chamaca”, se escuchó al fondo del pasillo. Era doña Consuelo, quien cargaba seis bolsas de fruta y verdura. Estela quiso ocultarse bajo la barra, que la absorbiera la tierra, aventarse por el lavabo e irse al sistema de drenaje.

—Así que eres Tella —dijo Javier, mientras se alejaba para encontrarse con Consuelo y ayudarle con las bolsas.

No pudo ni moverse. Hacía mucho que no se sentía así, tenía tiempo sin que un hombre le provocara tantos encuentros y desencuentros en su ser. Javier regresó y puso las bolsas sobre la barra, doña Consuelo no encontraba manera de agradecerle el detalle. Él se despidió de ambas, Estela sólo asintió sin decir palabra.

—¿Quién era ese joven tan guapo?

—No sé.

—Ya había venido, me compró un licuado, ¿lo conoces?

—¡Nombre! ¿Cómo cree?

\*\*\*\*

Javier regresó al puesto. Vivía en San Cristóbal de las Casas, tenía veinticinco años, la misma edad de Estela. Era contador público, y viajaba a Chiapa de Corzo una vez a la quincena para encontrarse con algunos clientes. Cada visita aprovechaba para pasar al puesto de licuados y ver a la mujer con aroma a naranja y cabello azabache, ojos soñadores y tristes.

\*\*\*\*

—A qué hora sales.

—¿Cómo?

—A qué hora sales, a qué hora cierran.

—Pues... cerramos a las cinco.

—Te invito un café, ¿qué dices?

—Es que yo... tengo que limpiar, quedarme a limpiar.

—Pues te ayudo, así terminas pronto y...

—No, mira, es que mi mamá...

—Quieres que hable con ella.

—No.

Javier habló con doña Consuelo, le explicó que quería invitar a su hija a tomar un café al cierre del mercado.

“Tú sabrás”, dijo la madre sin voltear a ver a ninguno de los dos, mientras le quitaba las espinas a una decena de nopales. Ellos sonrieron a manera de complicidad. Griterío, revolución en las miradas.

\*\*\*\*

Puntual, a las cinco de la tarde, Javier estacionó su auto frente el mercado. A los siete minutos de espera vio salir a Estela. Bajó del auto y le abrió la puerta del copiloto. Ella le dijo que prefería caminar. Dejaron el automóvil frente al mercado y caminaron a la plaza central, fueron a un café a media cuadra. Silencio y nervios.

\*\*\*\*

Él pidió un doble expreso, ella un chocolate mexicano.

—Y entonces eres de San Cristóbal.

—Sí, vivo allá.

—Con tu familia.

—Sí, mis papás y un hermano, mi hermana la mayor vive en el DF.

—Y eres contador.

—Así es.

—Y cómo sé que no me mientes.

—Pues, aquí estoy... dime qué hacer para que me creas.

Rieron. La plática se extendió por casi tres horas.

—Ya pasan de las ocho, vámonos.

—Sí, ya es tarde, tu mamá debe estar esperándote.

—Y a ti te queda un viaje en carretera.

—Sí, vámonos.

\*\*\*\*

Después de esa cita no perdieron contacto. Javier viajaba casi todos los fines de semana para visitar a Estela. Pasaba los mejores momentos de la semana junto a ella, por lo menos eso parecía. Le fascinaba su ingenuidad, el cómo se sorprendía ante cosas poco ordinarias. Veía en ella gran fragilidad, una mirada triste, pero dispuesta a

dar amor. Lo que más disfrutaba era que no tenía que aparentar nada con ella, ni ella con él. Irradiaba sencillez, honestidad.

\*\*\*\*

Uy, la Tella se enamoró locamente del Javi ese, andaba que caminaba sin tocar el piso, la hubiera visto, todo era felicidad. Es que el chavo estaba guapérrimo, era un mangazo, tenía el cabello así colucho, y esponjado esponjado, unos ojos acá intensos y unas manos, que bueno, para qué le cuento... Para esas fechas que andaba de enamorisqueada, yo ya estaba embarazada de mi hijo el mayorcito. Y me entraba un antojo de paletas de guayaba, sí, de hielo. Así que nos íbamos a la placita y nos sentábamos en el pasto a comernos nuestros helados, mientras ella hablaba y hablaba y hablaba, fue de las pocas veces que habló más de sí misma, por lo menos conmigo, no se quitaba de la boca al tal Javier. Me decía que ya quería que lo conociera, que me iba a quedar impresionada de lo guapo que estaba y lo educado y fino que se miraba. “Esta se está volviendo loca”, pensaba para mis adentros, pero no. Precisamente, a las dos semanas de eso, la Tella cumplió años y el galán le dijo que nos invitara a mí y a mi Lucho para ir a San Cristóbal a celebrar. Vino hasta acá por nosotros en su auto y nos llevó a... para ser sincera, fue la primera y única vez que fui a San Cristóbal... no recuerdo bien cómo se llamaba el lugar... Eso sí, la que andaba que no le calentaba ni el sol era la mamá de la Tella, no le gustaba nadita que anduviera de enamorada, decía que el Javier era un bolo, que seguramente la haría sufrir. Ella también estuvo invitada ese día, pero no quiso ir.

\* \* \* \*

—Entonces te irás.

—Sí, mamá, ándale, vamos.

—No, tengo mucho qué hacer.

—Pero qué tienes que hacer.

—Cosas que hacer, aquí en el puesto, no voy a cerrar por ir a perder el tiempo contigo y tu galancito.

—...

—Mira, la verdad algo no me gusta de ese muchacho, está muy guapo pero...

—Mamá, a ti no te gusta él, ni otro muchacho, no te gusta nadie.

—Es que hija, no ves más allá.

—¿Ver?, qué tengo que ver mamá.

—Estás cegada hija, así es eso, así es el amor.

—Así era usted, así estaba con mi papá, ¿no? Es normal, ¿no?

—Era diferente.

—Por qué, por qué diferente...

—Anda, ya metete a bañar que ya es tarde y no tarda el bolo ese en llegar por ti, tocar la puerta e impregnar el mercado con su perfume de fufurufo.

\* \* \* \*

El Javier se portó a todo dar con nosotros. Fuimos a comer a un restaurante muy fino, luego anduvimos caminando por todos lados, fuimos al Zócalo, a la Catedral, a un mercadito, luego a una iglesia con unas escaleras que parecían no tener fin, pero ya estando arriba, el paisaje era increíble, era como un mirador, ese día las nubes se miraban increíbles. Yo me divertí mucho, y bueno, la Te-



lla ni se diga, andaba culeca. Luego, ya antes de irnos, Javier nos dijo que iríamos a su casa. Nombre, de haber sabido me pongo mejores garras. ¡Qué casonón tenía el hombre ese! Bueno, sus papás o no sé. Era una casota, de tres o cuatro pisos, sabrá Dios, yo conté tres, la Tella contó cuatro y un patio con fuente y toda la cosa. Conocimos al hermano más chico de Javier, sus papás no estaban. Nos quedamos en la sala mientras Javier le dijo a la Tella que lo acompañara al segundo piso. Estuvimos unos quince minutos yo creo, luego ya, nos fuimos.

\* \* \* \*

El camino de regreso fue incómodo. Estela iba callada. Ramona se quedó dormida, estaba cansada de caminar, los pies hinchados, característicos del embarazo. Javier sintió la tensión, hizo algunos comentarios sobre la carretera y la ciudad. Al llegar a Chiapa de Corzo, primero dejaron a la pareja en su hogar. Javier se estacionó a una cuadra de la casa de Estela y le preguntó: “¿Qué pasa?”.

\* \* \* \*

—No me habías dicho que eras riquillo.

—Qué cosas dices.

—Es en serio.

—¿Era necesario decírtelo?

—...

—¿Eso me haría mejor o peor persona?

—No... pero es que yo...

—A mí me gustas tú, te amo, eso es lo único que importa.

\* \* \* \*

Pues la cosa se formalizó. Duraron un año así de novios y ya la Tella iba por los veintisiete, cuando el hombre le pidió matrimonio. Según me contó fue algo muy divertido. Fueron a la cascada el Velo de novia, ¡ay!, hasta la fecha no se me ha hecho conocer ese lugar, luego uno se envuelve en la rutina, además, quiera o no, el salir de la ciudad ya es un gasto y luego con los chamacos y la crisis como está, pues no se me ha hecho. Qué curioso verdad, aquí vienen muchos turistas a conocer Chiapas y uno que es de aquí a veces ni conoce, no aprovecha para conocer su misma tierra, ¿usted conoce el Velo de novia?, dichoso usted, en fin, le contaba que se fueron los tórtolos de excursión, y visitaron la cascada esa, que según me describió la Tella, no se compara nada con lo que ve uno en las postales, dijo que era una experiencia única, en la que uno se siente poca cosa ante imponente monstruo de agua, habrá que ir para saber. Pues resulta que uno de los del parque estaba de acuerdo con Javier y que cuando estaban en uno de los miradores se acercó y les preguntó: “¿Es de ustedes este anillo?”, la Tella dijo que no, pero Javier dijo: “Sí, es de mi esposa”. Entonces ella como que se desconcertó, pero cuando vio la risita de él, supo de qué se trataba y que allí en el mirador, con la brisa del agua en sus caras y el señor del parque como testigo, el muchacho le pidió matrimonio y hasta foto se tomaron y todo, muy romántica la cosa.

\*\*\*\*

“Qué paz, qué imponente, qué belleza, podría morir aquí, en este lugar”.

\*\*\*\*

Empezaron los preparativos para la boda.

\*\*\*\*

Estela quería casarse en la misma iglesia que su amiga, Javier no quería boda por la iglesia, sólo por el civil. Hubo disgustos entre los novios. Diferencias y horas de hablar sin parar, otras de silencio. Al final el novio decidió complacer a la novia, se casarían en la capilla del padre Abel, pero el enlace civil sería en San Cristóbal, en casa de sus papás, y en el jardín, la recepción.

—Pero va a ser un movero de gente, los del mercado y mis amigos no tienen forma de ir hasta allá.

—Tú no te preocupes por eso, yo me encargo de todo.

## LOS BARROTÉS SE DESMORONABAN

Manuel pagó una condena de siete años en la cárcel. Se le acusó de tráfico de drogas, así como de lavado de dinero.

\* \* \* \*

Fíjate cómo son las cosas, mi mamá me habló bien asustada. Resulta que antes las cosas eran muy diferentes, no había tanta modernidad. Pues verás que yo le mandé un dinerito a mi mamá, y ella fue a sacarlo al banco. Quién sabe en dónde lo habrá escondido mi mamá, porque era muy curiosa, donde menos te esperabas encontrabas billetes hechos rollos por la casa. De pronto en un calcetín, en un zapato de los que tenía en el ropero y casi no usaba, a veces en las bolsitas de plástico que guardaba en los abrigos, en fin, mi mamá siempre fue una mujer muy ahorrativa, eso sí, fue como fue de estricta y dura y seca y fría, pero siempre fue bien trabajadora, lavaba y planchaba ajeno, vendía cositas, que productos de belleza, que dulces, que hielitos, en las fiestas patronales siempre tenía su puesto de garnachas, sí, mi mamá nos traía fritos a mí y a mi carnal, nos puso a trabajar desde chiquitos y

nos tenía bien contado el peso, pero ella también le echaba ganas. Bueno, el chiste es que yo le mandé un giro y pues ella fue al banco a cambiarlo.

\*\*\*\*

Mija, qué crees que pasó. Estaba yo escuchando la radio, ya sabes que me gusta escuchar al Celerino Pallares, y bueno, dieron un anuncio del Banahórcate, el banco al que me mandaste el dinerito.

\*\*\*\*

*A todos los radioescuchas que acudieron a retirar dinero en dólar el pasado jueves cinco de abril entre las diez y doce de medio día a la sucursal Banahórcate de la avenida Revolución y conserven el efectivo, se les pide que acudan a la sucursal.*

\*\*\*\*

Al siguiente día volvieron a hablar del tema, el Celerino Pallares dijo en el radio que por error hubo varias fajillas con billetes falsos. ¿Lo podrás creer?

\*\*\*\*

Concepción lavaba los trastos. Se quedó viendo fijamente la ventana. Una mariposa se posó sobre la enredadera que se asomaba por el cuadro. El sol de mediodía reinaba en la ciudad. Pasaron cuarenta segundos, hizo cuentas mentales: domingo, lunes, martes, miércoles, jueves... ¡Ay, Dios mío!

\*\*\*\*

El muy infeliz de mi carnal le robó a mi mamá. Sí, así como lo oyes.

\* \* \* \*

Esperanza hurgó por cada rincón de la casa, buscando los dólares. Se sentó en la cama, intentó hacer memoria, estaba segura que los tenía en el abrigo guinda que se compró en el mercadito cuando estaba embarazada de Martha y nunca estrenó... pero no estaban ahí. Recorrió toda la recámara, se extendió a la sala y como última opción la cocina. Buscó en el fondo de cada taza. Revolvió una, dos, tres veces la ropa sucia. Intentó hacer memoria de las actividades que había realizado desde el jueves, de las visitas que había tenido... ¡Ay, cabrón!, expresó cuando tuvo la revelación.

\* \* \* \*

Mi carnal, el muy infeliz, había ido a visitarla el domingo, así de la nada se apareció, como muchas veces lo hacía, por eso a mi mamá no se le hizo extraño. Dice que fue con el pretexto de que según le iba a llegar una carta de Chiapas, porque déjame decirte que en su juventud, antes de cumplir los dieciocho, mi carnal se dio vuelo, andaba con unos drogadictos que lo mandaban no sé a qué lugares, yo creo a vender o a comprar, no sé la verdad, pero se iba de viaje, se desaparecía semanas. Una vez hasta me trajo unos recuerditos de Chiapas, me acuerdo muy bien, muy bonitos, me trajo un vestido de chiapaneca y unos dulces de leche muy sabrosos, él desde la adolescencia ya andaba para arriba y para abajo, vivió muy de prisa... y te decía, que según había dado la dirección de la casa. Y mi mamá toda crédula. Ni cuenta se dio cuando el desdichado le esculcó el ropero y se llevó el rollito de billetes.

\* \* \* \*

Manuel deambulaba por la Zona Norte con una maleta térmica en la que portaba burritos de marihuana, aparentando ser burritos de machaca. Además traía en uno de los bolsillos de la chamarra, un rollo de billetes con el número veinte como denominación. Por la desfachatez de su aspecto, llamó la atención de la unidad de policía que daba la vuelta precisamente en la esquina que Manuel esperaba a sus clientes. Los agentes decidieron bajar de la patrulla, ponerle contra la pared, con las manos arriba y esculcarle. Uno de ellos le despojó de la cartera, papeles en los bolsillos del pantalón, dos boletos de camión y un rollo de billetes que portaba en la chamarra. Billetes de veinte dólares. Por su parte, el otro policía examinaba los burritos, que no contenían precisamente carne en su interior.

\* \* \* \*

Pues mi mamá me dijo que lo acusaron de vender drogas ahí en la Zona Centro, muy astuto mi carnal, mira que vender burritos de marihuana, sólo a él se le ocurrió y bueno, resulta que los billetes que le quitaron, fueron los mismos que el desdichado le había robado a mi madre, y eran falsos, así que hasta de lavado de dinero se le acusó.

\* \* \* \*

La primera noche en la cárcel Manuel no pudo dormir. Sentía ansiedad. Las manos le temblaban, el cuello de un lugar a otro, respiración agitada. La cabeza a reventar. Hacía frío. Tiritaba. Quería desaparecer. Deseaba que en ese momento la tierra se abriera y lo engullera. Pensó en el exterior. Afuera nadie le esperaba. Lo único valioso

que tenía era a su hermana, pero ella ya estaba muy lejos. Y su madre... prefería no pensar en ella. Entre la oscuridad y el impávido ambiente la quijada le temblaba. Reflexionó sobre su andar, sobre el cómo fue a dar a ese lugar. Tenía ganas de llorar, gritar, golpear las paredes de la celda, romperse el puño, colarse entre las rejas y huir, salir corriendo, ir lejos... muy lejos. Se quedó dormido. Pasaban de las tres de la madrugada.

\*\*\*\*

Sonó con barrotes. Era niño de nuevo. En la casa de su madre, el patio estaba repleto de barrotes, de todos grosores y tamaños. En el sueño aparecía Concepción y le decía que si no terminaba de apilar los barrotes en una de las esquinas del terreno, no le compraría la cachucha que tanto anhelaba. Él se apuraba, a pesar del arduo sol, para terminar sus labores y recibir su premio. Pero cada vez había más barrotes, parecía no tener fin y la torre que iba construyendo poco a poco se derrumbaba. Entonces él hacía rabieta y lloraba, lloraba y lloraba. Era una labor que no parecía tener fin, cada vez los barrotes se desmoronaban y él no paraba de intentar apilarlos, mientras suspiraba de tanto llanto.

Cuando su mamá se dio cuenta de que estaba sentado sobre los barrotes caídos, llorando, decidió llevarlo a rastras al baño y cerró la puerta con llave por fuera. El niño gritaba, pedía auxilio, sentía que se le iba el aire... Despertó.

\*\*\*\*

—Mamá, qué bueno que me marca, me habló la hija de la Chila.



—Y eso, tú.

—Que agarraron a Manuel otra vez. Está en la peni...

—Cabrón, que ahí se quede, que aprenda el cabrón.

—Debería ir a echarle una vuelta.

—Y que todos se enteren que soy la madre de un drogadicto y ladrón, no eso no, alcahueta no soy, si está ahí es por algo, yo no voy a ir a poner mi cara de lástima con los polis y aplaudirle el que me haya robado, faltaba más.

—Vaya a verlo, mire que si yo pudiera cruzar iba, aunque sea para llevarle algo de cosas, ya sabe una cobijita, luego ahí hace mucho frío, ya ve lo que nos contó una vez el nieto de la madre Raquel.

—No.

—Bueno, mamá, le marco a la casa de la Chila el domingo, no quiero que salga muy cara la llamada, en cuanto me paguen compro una tarjeta y le marco.

\*\*\*\*

El día número treinta y tres en prisión, Manuel recibió una visita.

\*\*\*\*

—¿Y qué pasó?

—Pos, ya ve jefa...

—...

—No creí que vendría.

—...

—Qué tal está todo por allá, ¿ya lo sabe la Martha?

—Fue la que me avisó.

—Y... ¿cómo se enteró?

—Pues la hija de la Chila... mira te traje una cobija.  
—Es la onda jefa, gracias.

\* \* \* \*

Concepción venció su orgullo y decidió estar con su hijo. Vio tentado, no sólo su orgullo, también su dignidad al soportar cada domingo el protocolo para entrar a la cárcel y ver diez minutos a su hijo.

\* \* \* \*

—¿Y ahora tú? Ese ojo qué.  
—Pos ya ve, jefa.  
—Te peleaste.  
—Pos, aquí está cabrón, hay que sobrevivir en este infierno.  
—Agarra la onda, Manuel, mira que si tienes buena conducta puedes salir antes, pórtate bien.

\* \* \* \*

El recibir la visita de Concepción cada semana, cambió la percepción que Manuel tenía sobre su madre. Poco a poco la relación fue tomando un rumbo positivo. Esperaba con entusiasmo que llegara el domingo para hablar con su progenitora aunque fueran diez minutos. Los mejores de la semana.

\* \* \* \*

Mire, jefa, aquí la cosa está pesada, según estoy aquí por drogas, por un delito de tráfico de drogas, y bueno, por lo de los billetes, que yo no sabía... Curiosamente aquí rola más droga que allá afuera, si viera... Todo es una porquería, hay droga, sexo, violencia, corrupción. Yo, la mera verdad, poco a poco le he dejado de entrar a eso,

no se crea, está cabrón, pero quiero salir.

\*\*\*\*

Contrario a algunos rehenes, Manuel poco a poco se alejó de los vicios y las rencillas, aprovechó su estancia en la penitenciaría para leer. Se inscribió como voluntario para trabajar en la biblioteca. Fue así como estudió varios libros. Era autodidacta. Aprendió sobre electrónica, finanzas, macramé, dibujo, carpintería, derecho, le gustaba leer historias de aventura. Asimismo hurgó en libros sobre religión. Quería saber quién era Dios, el Dios en el que no creía, ese al que su madre le rezaba los domingos en la iglesia cuando era un niño, mientras él bostezaba e inventaba mundos durante la misa. Comparó creencias sobre ese Dios que lo tenía abandonado. Ese que no existía en su mundo. Ese que no le daba las respuestas inmediatas. El Dios al que maldijo muchas noches en las calles, mientras alucinaba y sentía que se iba de viaje a otras dimensiones.

\*\*\*\*

Le apodaban el Melo. Nunca supo por qué.

\*\*\*\*

Manuel estuvo a punto de ser bautizado por los mormones, pero se dio cuenta de que ese no era su camino. Lo que no le dio confianza es que en el mismo instante en que le dieron el mensaje ya lo querían bautizar ahí, en la cárcel, y pues se le hizo raro. Total que no se bautizó. ¡Ay, no, qué cosas! ¡Ay, cómo es la vida! Imagínese si se hubiera hecho mormón, nunca lo hubiera conocido.

\*\*\*\*

Aunque recibió sentencia por siete años, Manuel salió de la cárcel al cuarto año, debido a su buena conducta.

\*\*\*\*

El día que salió de la cárcel, escuchó por última vez las rejas, vio la cara de su madre esperándolo afuera y el movimiento de ciudad fronteriza que no había visto en cuatro años. Una convicción surgió en su ser.

\*\*\*\*

Manuel quiso creer en Dios. Empezar.

Florece, marchita: germinar, arrancar.

## ASIDO AL PASADO

Buenos días, Morrison, qué bonita mañana, ¿no crees?... Estoy algo pensativo, ya voy a cumplir treinta y tres y... bueno, es que no sé cómo decirte... no sé cómo empezar, no me gustaría que creas que soy un... Deja que te cuente. Mi papá murió precisamente cuando acababa de cumplir los treinta y tres. ¿Me explico? Y me pregunto: ¿Qué pensaba? ¿Qué pasaba por su mente? ¿Qué le afligía? ¿Cómo veía su proximidad a la muerte?

\*\*\*

—Victor, ven. Mira, yo me voy a ir de viaje, un viaje muy largo, al cual ni tu mamá ni tu abuela ni tus tíos y tías ni tú van a ir. Ven, siéntate. Tienes que ser un niño fuerte y obediente, cuidar mucho a tu mamá y querer a tu abuela, a tus tíos. Estudiar y trabajar mucho. Ahora tú serás el hombre de la casa, te encargo mucho a tu mamá, cuidala mucho.

—Y, ¿cuándo vas a regresar?

—...

\*\*\*

Lágrima que escurre, recorre el costado izquierdo de la nariz, llega a los labios. Silencio. Los ojos del niño esperando una respuesta. Los ojos del padre en cascada.

\*\*\*

Si yo perdiera la vida a esta edad se me truncaría todo, siento que apenas voy despegando, que este viaje apenas inicia... ¿Qué pasará cuando te vas antes de cumplir con lo que te propones? ¿Qué sigue? ¿A dónde vas después de...? ¿Regresas? Con qué cosas te abrumo Morrison. Tienes aspecto de ser un pelícano experimentado. Cuéntame de ti, qué ha sido de tu transitar por este mundo. ¿Has pensado en la muerte? ¿Tienes miedo? Yo no sé si existan otras vidas o no, sólo pido que me alcance el tiempo para hacer todo lo que me proponga...

\*\*\*

Víctor decidió contarle su vida al pelícano, desde que era pequeño hasta ese momento. El llegar a los treinta y tres, la edad que tenía su padre cuando murió, le causaba conflicto en diversos aspectos, entre ellos, tres muy importantes: su salud, su padre y su existencia terrenal. Creció escuchando que podría heredar el cáncer de su progenitor, ya que cuando él murió, Víctor tenía tres años y medio. “Es propenso a desarrollarlo cuando esté grande”, “Tienes que tener mucho cuidado, estarle haciendo chequeos”, “El cáncer es hereditario, ya ves a la prima de Juanita cómo le fue”, “A ese niño hay que hacerle exámenes cada año, no le vaya a pasar lo que a Manuel, ya ves, ni síntomas tenía y de pronto, todo lo que le pasó, nos agarró de sorpresa”, fueron frases que creció escuchando por parte de sus familiares y que in-

conscientemente le llevaron a programarse para recibir los treinta y enfrentar el cáncer.

\* \* \* \*

—Mijo, ya te hiciste el examen.

—...

—Me preocupas, ya ves tu papá, no tenía ni un síntoma y de pronto: ¡Pum! Ya no tuvo remedio, háztelo, por prevención.

—...

—Es por tu bien, mira, soy tu tía y te quiero, por eso te lo digo. Yo te pago el estudio, te acompaño, pero háztelo, Ya tienes treinta y uno. Mira que tu papá sufrió mucho, lo hubieras visto, se pudrió, se acabó, quedó en los puros huesitos. Ay, no, muy feo.

\* \* \* \*

El otro conflicto al que se enfrentó al aproximarse a los treinta fue el redescubrir a su padre. Le surgió la inquietud por descubrir en qué pensaba su padre cuando falleció, qué quería, qué esperaba, cuáles eran sus proyectos, quién era antes del cáncer, qué pensaba de él, de su hijo. En la familia poco se hablaba del tema, y su madre por evitar el dolor, prefería no rebosar en detalles.

\* \* \* \*

Resentimiento. Odio.

\* \* \* \*

Entre café y café, mientras las señoras se secreteaban en la cocina, el niño jugaba a tirar soldaditos con canicas, llegó a escuchar historias no propias para un menor de edad, que le llevaron a crear una imagen negativa de su padre.



\* \* \* \*

—Pues Manuel era canijo, a pesar de sus cosas, yo le perdoné todo. Es que tuvo una infancia difícil, desde joven se fue de su casa y andaba de un lado para otro, si no hubiera sido porque estuvo en la cárcel, quién sabe si hubiera tenido una muerte decente. Yo le aguanté todo, todo, todo, los maltratos, las ausencias, las humillaciones, hasta el que tuviera un hijo con otra... una tal Bibi, una mujer de la calle.

—Ay, no, de veras, cómo le sufriste con Manuelito, que Diosito lo tenga en su Santa Gloria.

\* \* \* \*

Víctor escuchaba las conversaciones entre su madre y las amigas, no tenía conciencia de lo que era tener una “infancia difícil” o una “muerte decente”, tampoco sabía lo que significaba “mujer de la calle”, pero por los tonos y las voces bajas de su madre, deducía que no eran cosas buenas.

\* \* \* \*

En otro asunto, llegó a la etapa en la que se planteó, si realmente estaba haciendo lo que quería en la vida, y advirtió que a sus treinta y dos, apenas comenzaba el camino. Llegaron los reproches, los arrepentimientos. “Debí perder menos tiempo”. “Debí empezar desde joven”. “Si mi mamá me hubiera inculcado tal o cual cosa, tal vez yo ahorita sería...”. Una maraña de ideas que en lugar de permitirle reconocer su presente y avanzar, le frustraba y lo mantenía atado al pasado.

## ENTRE FLORES NOS DESPIDEN

Llegan los altares, entre el cielo y la tierra. De dos niveles los más comunes. Y se pica papel como símbolo de unión entre la vida y la muerte.

\*\*\*\*

Tapicen los escalones, de tela negra y blanca que ya vienen los muertos.

\*\*\*\*

—Ve con doña Refugio, y pídele poquita sal.

—¿Sal?

—Sí, mijo, sal.

\*\*\*\*

Y con sal se purifica el espíritu y el cuerpo no se corrompe.

\*\*\*\*

—¡Qué rico te quedó el pan! Cómo se prepara.

—Oh, es secreto de la abuela, ya sabes, la receta secreta.

—No, ya en serio, ¿cómo lo haces?

—Si serás ingenua, claro que no lo hice yo, lo compré en la panadería de don Goyo.

—Ya decía yo que estaba demasiado bueno.

—Si serás.

—Pero he leído que lleva azahar y anís y cáscara de naranja, eso es lo que le da sabor.

—Sabrá Dios.

\* \* \* \*

Alimento para las ánimas.

\* \* \* \*

Cruz de semillas, tejocote y lima. Dulces, calaveritas, pan de yema y mezcal.

\* \* \* \*

Ponle estas varitas de incienso, alejan los malos espíritus.

\* \* \* \*

—Mamá... y el perro qué significa.

—Es un ayudante, se encarga de que los espíritus pequeños estén tranquilos.

—Qué chistoso se ve.

—Es un itzcuintli.

—Qué chistoso.

\* \* \* \*

Elemento de la vida: el agua.

\* \* \* \*

No puede faltar la flor de los veinte pétalos: cempasúchil.

\* \* \* \*

Cempasúchil amor, cempasúchil gratitud, cempasúchil amistad, cempasúchil que iluminas el camino de regreso a las ánimas, cempasúchil, cempasúchil, cempasúchil...

\* \* \* \*

—Ya quedó.

—Se ve bonito.

—Válgame, Dios, se me había olvidado lo más importante.

—¿Qué?

—La foto del difuntito... ¡María! Tráeme el álbum de fotos que está abajo del mueble de la televisión.

\* \* \* \*

Nacer y morir. Florecer y marchitar. Crecer y decrecer. Despertar y dormir. Abrir y cerrar. Brotar y encoger. Nacimiento, muerte.

\* \* \* \*

Pues Julián ya chupó faros, pero no hacía caso, bien dicen que el que por su boca muere, hasta la muerte le sabe, ni modo, ya entregó el equipo, se nos adelantó, así pasa, uno propone y Dios dispone, llega la muerte y todo lo descompone, por lo menos ya no va a estar en malas andadas, muerto el perro, se acabó la rabia, aunque a veces los vicios no importan... Total, en este mundo matraca, de morir nadie se escapa.

\* \* \* \*

Calaveras para reír, calaveras para burlarse, calaveras para recordar, calaveras para retar a la muerte, calaveras sobre los vivos, calaveras sobre los muertos, calaveras composiciones en verso, calaveras de palabras populares, calaveras que nos recuerdan que todos nos vamos a morir y seremos calaveras.

\* \* \* \*

Dicen que Juan el esposo de Magui, no andaba muerto, andaba de parranda, sabrá Dios en qué congala se fue atorar, duró semanas sin dar señal de vida, yo hasta le dije de broma a la Magui: ya colgó el pico. Imagínate, se soltó en llanto la mujer. Creo que no está consciente de su situación, ¿qué futuro le espera con ese hombre, tan borracho y desobligado?, la Magui puede rehacer su vida, bien dicen, el muerto a la sepultura y el vivo a la travesura, es joven y merece algo mejor, en fin, lo que mata no es la muerte, sino la mala suerte y la Magui carga con ella desde chiquita.

\*\*\*\*

Calaveras para reír, calaveras para llorar, calaveras para entretener, calaveras para reflexionar, calaveras para enamorar, calaveras para desencantar, calavera tilica y flaca calavera.

\*\*\*\*

Quihubole, qué te pasó, ¡asústame panteón!, nomás se murió la Dolores y te tiraste a la bebedera, no manches manito andas bien trácalas, bien dicen: “el muerto al pozo y el vivo al gozo”, o “los muertos al cajón y los vivos al fiestón”. Ya párale, cuate, no vaya a ser la de malas amanezcas tieso un día ahí en la banqueteta.

\*\*\*\*

Me preocupa la Mildred, qué chistoso decir ese nombre, muy acá, muy fufurufo, en qué estarían pensando sus papás con ese nombre. Mildred Inocencia Pérez López. Nombre, pues guau. Ya anda con los kilitos de más, mira que ya había bajado bastante de peso, andaba como pa-

vorreal por todos lados luciendo su cinturita y echando miradas de reajo muy por encima del hombro, pero pues, después de que la dejó el padrote, volvió al atascadero. Ya he hablado con ella, pero bueno, como que le echa ganas unos días y luego se da sus atracones, espero no le pase nada malo, ya ves aquella ocasión que casi se nos petatea por indigestión, yo pensé que ya no iba a vivir para contarla, en fin, es su vida, bien dicen que el que por tragón se petatea, hasta el pan de muerto se lleva, y de gordos y tragones, están llenos los panteones...

\* \* \* \*

Calaveras de políticos, calaveras de cantantes, calaveras de actores, calaveras de pintores, calaveras de escritores, calaveras de famosos, calaveras de estrellitas, calaveras de estrellados, calaveras de no talentosos, calaveras de escandalosos.

\* \* \* \*

Pues a la Lupis la echaron de la casa de don Agustín, ya ves el sabio refrán ese que dice: “muerto el ahijado, se acabó el compadrazgo”, era de esperarse, ya los hijos de don Agustín la miraban feo, ya ves que el muerto y el arrimado a los tres días apestan; y es que esos engreídos se hacen como la mamá del muerto, hacen que lloran para no dar café, son marros los condenados, agarrados a morir y pues como la Lupis ya está grande, y don Agustín era su protector... Si el miedo no anda en burro, esos desgraciados han de saber que el señor le heredó algo. En fin habrá que esperar a que lean el testamento, y ver cómo repartió sus bienes don Agustín, que descanse en paz y diosito lo tenga en su Santa Gloria.

\* \* \* \*

Calaveras para niños, calaveras para adultos, calaveras para todos, calaveras para las calaveras.

\* \* \* \*

A mí que ni me cuelguen ese muertito que yo no tengo nada que ver, ya colgó los tenis, ya déjenlo en paz. Además, como si les importara. Era un vago, nadie lo pelaba, lo miraban como apestado. Uyuyuy, ahora sí cayendo el muerto y soltando el llanto... como si de veras les doliera. Hipócritas.

\* \* \* \*

Mejor morir borracho pa' no sentir tan gacho, se me antoja una bien muerta, ¿vamos por una?

\* \* \* \*

Y entre flores nos reciben y entre ellas nos despiden.

\* \* \* \*

Calaveras.

## GRITO A PUNTO DE LLANTO

Pues al final no se casó. Sí, así como lo oye, no se casó. Pues ya sabe cómo son esas historias de fantasía, esas que sólo se viven en la televisión, porque en la vida real, la vida duele y te aterriza. Bueno, a mí la vida no me ha tratado tan mal, diosito me dio un buen hombre, medio menso y lento, pero bueno.

\*\*\*\*

A ocho semanas de la boda Javier recibió una oferta de trabajo en una empresa de telecomunicaciones que se expandía por todo el territorio nacional y llegó a abrir una sucursal en San Cristóbal, fue a dejar su ficha curricular y logró concertar entrevista. Por su título universitario expedido por una institución de prestigio en Monterrey y la maestría en el extranjero, así como su desenvolvimiento en los dos filtros de la entrevista, le ofrecieron un puesto en el corporativo ubicado en la Ciudad de México.

\*\*\*\*

—¿Te irías conmigo al Distrito Federal?

—¿De luna de miel?

—Podríamos ir de luna de miel, claro.



—Yo preferiría ir a un lugar en el que haya mar.

—Me refería a irnos a vivir al DF, Estela.

—¿A vivir?

—Sí.

—No lo sé, nunca he pensado vivir en otro lugar...

—...

—Toda mi vida yo...

—Estela, puede que... me ofrecen trabajo allá.

—Pero aquí...

—Aquí no salgo de los mismos clientes.

—¿Y tus papás?

—Ellos me apoyan, Estela no podemos quedarnos aquí y vivir una vida... Yo no pienso vivir siempre haciendo trabajitos aquí, y tampoco pienso vivir de mis padres, como hasta ahora, ellos forjaron su propio patrimonio, del que formo parte, pero es trabajo de ellos, de mi padre sobre todo... yo tengo que forjar el mío, el nuestro.

—Y yo...

—Tú te vas conmigo.

—Es que yo, mi mamá... No podría, ella necesita mi ayuda, el mercado.

—Piénsalo, no me digas nada ahorita.

—Te amo, te amo y no quiero perderte, quiero estar contigo siempre, siempre.

\*\*\*

Estela no pudo dormir esa madrugada. La idea de salir de la tierra en que nació, la que le vio crecer, le inquietó. Cuando era niña soñaba con ser famosa y viajar, pero conforme fue creciendo, se fue acostumbrando a su presente, no se imaginaba viviendo en otro lugar, lejos de

todo, de su madre, de Ramona, del mercado. Tuvo un conflicto, un choque de emociones, por instantes le fascinaba la idea de comenzar de cero junto al hombre de su vida, cumplir su sueño de la infancia, andar y conocer el ritmo de la vida capitalina; en otros momentos, las tripas se le revolvían, sentía miedo de dejar todo y fracasar, culpa, culpa de irse y dejar a su madre sola.

\*\*\*\*

Tictac. La almohada pica. Tictac. La luz que se cuele entre cortina y cortina molesta. Tictac. Los ojos duelen. Tictac. Remolino de ideas. Tictac. Decidir. Tic. Abrir los ojos. Tac. Cerrarlos. Tictac. Abrir y cerrar. Suspirar. Aventar las cobijas. Tictac. Ver el reloj. Tic. Suspirar. Tac. Taparse la cara con la almohada. Tictac.

Se quedó dormida a las 4:33 de la madrugada.

\*\*\*\*

Mudar. Salir de casa. Amar. Empezar. Mudar. Viajar. Cumplir sueños. Crecer. Mudar.

\*\*\*\*

Pues ellos siguieron, a mí la Tella ya muchos años después de todo lo que pasó me confesó, acá entre nos, que si el Javier se le hubiera puesto necio, se hubiera ido con él, que lo amaba, pero pues... no sé qué pasó, bueno, nadie supo bien qué pasó, creo que ni ella.

\*\*\*\*

Las dos semanas después de que Javier le hizo la propuesta de vivir en el Distrito Federal, las cosas seguían normales, aunque había tensión. Se respiraba en los silencios, en las sonrisas, en las miradas. Él quería abor-

dar el tema, saber qué pensaba ella, si estaba dispuesta a irse y comenzar una vida juntos. Ella tenía miedo de hablar, porque estaba segura de que aceptaría irse con él y eso implicaba enfrentar a su madre, cambiar su realidad. Pensó que tal vez callando y dejando que pasaran los días, lograría que Javier hiciera de lado la idea y todo volvería a la normalidad, a los planes que había antes de la entrevista de trabajo, a vivir en Chiapa de Corzo, y ser felices, tener hijos, ir a misa los domingos y llevar a los niños a La Pila para que corrieran por la plaza, mientras ellos abrazados, los observarían desde la banca en la que se conocieron.

\* \* \* \*

Un martes, Javier fue a Chiapa de Corzo sin avisar, un cliente le llamó de improviso y viajó a la ciudad de su prometida. Cuando terminó sus asuntos de trabajo, decidió sorprender a Estela, estaba decidido a sacarla del mercado por unos minutos y decirle que quisiera o no, se iría con él al Distrito Federal, que la amaba y no aceptaría un no. Compró un algodón de azúcar en la plaza. Entró al mercado y se paró a tres puestos, justo en la entrada de los baños. Se quedó viendo por minutos a su amada.

Ella se miraba feliz, preparaba un licuado de taxcalate. Sonreía mientras vaciaba el contenido del vaso en una bolsa y automáticamente anudaba el plástico e insertaba el popote al mismo tiempo, con una habilidad digna de admiración. Su cabello recogido dejaba al descubierto sus orejas, su cuello, su rostro de perfil, de extraña belleza. Reía a cada comentario a manera de broma que hacía don Clemente, el presidente del mercado. Doña

Consuelo también sonreía y correspondía a las bromas del señor, su opaca mirada emitía cierto brillo. Duraron minutos bromeando, mientras Estela enjuagó el vaso de la licuadora, cerró cajas, limpió la barra y contó monedas. Se miraba contenta, irradiaba inocencia, fragilidad, ingenuidad. Decidió irse.

\*\*\*\*

Faltaba un mes, exactamente un mes para el bodorrio. Y así de la nada, ya no supimos del tal Javier. Cuando la Tella le marcaba del público afuera de la tienda de don Chago, le decían: “El joven no está”. Y la pobre toda preocupada porque en aquellos tiempos no existían los celulares ni mensajes ni nada de eso. El hombre marcaba ahí con don Chago y le avisaban a la Tella y ella salía desbaratada para platicar con su galán. Le marcaba los lunes, los miércoles, los viernes, y ya, los domingos se miraban. Y pues... la Tella y yo todas apachurradas, yo temía lo peor, pero no le quería decir nada; aunque ahora que lo pienso, que se hubiera muerto no era lo peor, ya no sé qué hubiera sido peor, que desapareciera así nomás, o se muriera. El asunto es que el hombre ni sus luces y pasó una semana y nada, pasó otra y nada.

\*\*\*\*

—Estela, ¡Estela!, te están hablando muchacha.

—...

—A ver, quítate, ponte a pelar los nopales. ¿Qué le sirvo joven? ¿Un licuadito de avena con canela? Muy bien, ¿con azúcar? En un ratito está listo...

\*\*\*\*

—Si vieras qué mal te ves con esa carota —le dijo doña Consuelo entre dientes.

—Es que se me hace raro que no me ha marcado.

—Ay, hija, ya te he dicho, todos son iguales, no sirven para nada.

—No, mamá, Javier no es así como dices.

—¿Ah no? Y entonces, por qué tienes esa cara.

—Tal vez le pasó algo, o está enfermo.

—Qué enfermo va a estar, enfermo de la cabeza, ¡eso! de la cabeza están enfermos todos los hombres.

\* \* \* \*

Pasaron dos domingos y ni sus luces. Y faltaban ya dos semanas para el casorio. Yo la miraba muy angustiada, así que le dije a mi marido que se lanzara el lunes tempranito para San Cristóbal a buscar al Javier.

\* \* \* \*

Vas y si lo ves no le vayas a reclamar nada, sólo le dices que la Tella está retepreocupada y que se reporte. No te vayas a poner al tú por tú Lucho, no quiero problemas. A lo que vas, a darle el mensaje y te me regresas.

\* \* \* \*

—¿Javier? Quién lo busca.

—Soy...soy un amigo.

—¡Ah!

—Sí.

—Él no está aquí, se fue.

—A qué hora regresa o cómo lo puedo encontrar.

—Se fue de San Cristóbal, ya no vive aquí.

—Pero...

—Me disculpa, pero tengo un día pesado, buena tarde.

\*\*\*\*

Lucho regresó a mediodía con la noticia de que el galán ya no vivía en San Cristóbal, se había ido. Entonces la Tella se puso de pie y salió corriendo. Estábamos en mi casa. Y yo le grité y le grité, traté de alcanzarla, pero nada... iba hecha una diabla.

\*\*\*\*

Estela regresó al puesto. Tomó unos billetes y decidió salir sin avisar. Doña Consuelo no tuvo tiempo ni de gritarle.

Decidió abordar una camioneta rumbo a San Cristóbal, alcanzó la de las dos de la tarde. A las cuatro ya estaba frente a la casa de Javier. La empleada doméstica la pasó a la sala. Bajó a recibirla la mamá de Javier.

\*\*\*\*

—Tú eres...

—Estela.

—¡Ah! Claro.

—Necesito hablar con él.

—Mi hijo no está.

—Entonces... sí se fue... ¡Se fue! ¡Se fue! Adónde —dijo Estela con voz vacía.

—Ya no está en San Cristóbal muchacha, se fue lejos de aquí.

—Al DF, ¿verdad?, se fue al DF.

—...

—Dígame por favor, dígame, necesito ir... hablar con él, decirle...

—Si él quisiera estar contigo te lo hubiera dicho y estaría contigo.

—Pero es que yo no hablé con él, no le dije que yo...

—Mira muchacha, se fue y dio instrucción de que no diéramos ni un informe de su destino, y es mi hijo, lo respetaré. Ahora si me disculpas, tengo cosas que hacer.

\*\*\*

Estela salió de casa de Javier ensimismada, sentía que el mundo se evaporaba y sus pies flotaban, alcanzó a detenerse del cancel, recargada miró al cielo, el anaranjado atardecer parecía quemar sus pupilas, sus ilusiones. Sintió que el aire le faltaba, inhaló. Tomó fuerzas para soltar la reja y mantenerse en pie. Volteó a su derecha, volteó a su izquierda.

—¡Señorita, señorita! —escuchó—. Era la empleada doméstica, quien entre los árboles que daban a la puerta de la cochera, asomaba un brazo. Estela se acercó.

—El joven Javier se fue al Distrito Federal, yo oí claro cuando les dijo a sus papás que se iría para allá, que le ofrecieron trabajo en Telesux, con equis al final, búsquelo. No pude conseguirle la dirección, pero pregunte aquí, a un lado de la Casa del Pan está una oficina de esas.

Estela no reaccionó, no dijo palabras, ni gracias. Cruzó la calle y volteó a ver la mansión de los papás de Javier, se imaginó la escena: Javier salía de prisa, guapo, gallardo como sólo él, un taxi le esperaba para llevarlo al aeropuerto, a Chiapa de Corzo, ¿habría pensado en ella al salir de casa? ¿En el viaje en taxi? ¿Al llegar a Chiapa? El caudal se avecinó a sus ojos, suspiró y caminó sin sentido, sin prisas, ente sin luz. Anduvo hasta llegar al zócalo, se sentó en una banca y el río encontró salida, lloró con la furia de una felina. No le importaron los transeúntes

ni los vendedores ambulantes ni la pareja que discutía en la banca contigua a su izquierda ni un muchachito que le coqueteaba sin pudor.

\* \* \* \*

—Entonces soy sólo un juego.

—No... claro que no.

—...

—Es que tú sabes que yo no puedo...

—¡Eres un pendejo! —gritó la mujer que estaba en la banca, a la izquierda de Estela—, en un arranque se puso de pie, el hombre que le acompañaba reaccionó con el mismo impulso y la zarandó del brazo derecho, ella se llenó de fuerza y coraje, logró zafarse de él. “Eres un pendejo”, volvió a gritar la hembra en plena plaza. El hombre se ruborizó, no quiso ni voltear a su alrededor. Sintió que el mundo se detuvo y toda la atención estaba en él, en la discusión. Estela lo vio todo, pero no dio importancia, pesaban más sus lágrimas que el morbo.

Pasaron los minutos, la pareja desapareció, un jovencito de casi dieciocho años estaba sentado frente a la banca de Estela. Reía de la situación incómoda de la pareja. Saboreaba un dulce artesanal. De aspecto desgarrado, parecía estar bajo influencia del alcohol o las drogas. Le sonrió a Estela con actitud provocadora, sacó su lengua y puso sus ojos en blanco; ésta le lanzó tremenda mirada; él le guiñó el ojo derecho; ella le tonteo con los ojos; al caballero se le desdibujó la sonrisa, siguió degustando su dulce de leche, era un turista con finta de ser nortño.

\* \* \* \*



Esa noche decidió quedarse en San Cristóbal, encontró un hotel y rentó un cuarto. Al acostarse cerró los ojos, los empuñó y quiso imaginarse en otro lugar, lejos de San Cristóbal, de la ciudad en la que nació su amado, quien se había ido sin avisar dejando trancos sus sueños.

No podía dormir.

\*\*\*\*

—Disculpe... algún lugar cerca para beber algo.

—Hay un bar a la vuelta, camina derechito para allá y encontrará El Parachicos.

—Gracias.

\*\*\*\*

Estela sentía que se asfixiaba, los minutos le parecían eternos entre esas cuatro paredes, consideró salir a caminar, respirar, tomar algo. Dio la vuelta en la esquina que le indicó el recepcionista y unas letras rojas, respaldaban a la entrada del Parachicos. Se aproximó, su rostro se pigmentó de luces. En sus ojos destellaba el rojo. Incertidumbre. Decidió entrar. Se sentó en la barra. En el lugar sonaba *No vale nada, la vida, no vale nada*, en voz de José Alfredo Jiménez, el camarero le preguntó qué iba a ordenar. *Comienza siempre llorando y así llorando de acaba...* Pidió una Coca cola con mucho hielo. En la barra solo estaba ella, en la mesa a su derecha un hombre dormitaba sin soltar la caguama, a su izquierda tres hombres maduros jugaban a la baraja, al fondo una pareja se besaba. *Y vámonos muriendo todos, que están enterrando gratis...* Sintió asco. No se terminó el refresco, pagó, decidió salir. Justo en el momento en salía con el rostro a punto de derramarse y la mirada hacia el suelo, entró el jovencito

que estaba en el zócalo, el norteño desgarbado y alcoholizado que se reía de la pareja que estaba discutiendo. Ambos se estrellaron. Estela cayó. Se le nubló la vista por segundos. El suelo fue su refugio.

—Señorit...

—Déjame.

—¿Está bien?

—Suéltame, imbécil.

El muchacho quiso remediar su torpeza, pero Estela emitió un grito a punto de llanto, que lo alejó. Ella se puso de pie, se sacudió el vestido y salió corriendo, el cabello se le movía de lado a lado, las lágrimas saltaban a ritmo del trote. El joven se quedó pasmado por segundos, entre la incertidumbre de entrar al bar, o seguir a la mujer, cerciorarse de que llegaría con bien a su destino. Minutos. Perplejidad. Decidió entrar por un trago. No le pidieron identificación.

\* \* \* \*

Cuando la Tella regresó nos contó todo, y ahí fue donde me di cuenta de que ella no confiaba en mí, de que yo le contaba todo, todo, todo y ella a mí no, nada, nadita. Me platicó que él le había propuesto irse al Distrito Federal y que le dijo que lo pensara, y que las veces que se vieron ya no se tocó el tema, y que tal vez... como ya no le dio respuesta, Javier dio por hecho que mi amiga no estaba dispuesta a recorrer el camino junto a él y mejor se fue.

\* \* \* \*

—¿Por qué no me habías dicho eso?

—No sé... no lo creí importante.

—Pero somos amigas.

—No es eso, me refiero a que no le di importancia a la propuesta... no creí que...

—Es que debiste haber hablado con él.

—Ya lo sé, pero para qué, ya me dejó clarito clarito que no me amaba, que tuvo más peso un trabajo que yo, ni siquiera tuvo los pantalones para despedirse.

\*\*\*

Ahora sí me entiende lo que le digo, yo le contaba todo, todo, todito a la Tella y ella, se guardó por semanas la propuesta que le hizo Javier, yo hubiera salido corriendo al mercado a decirle si hubiera sido al revés, si mi marido me hubiera propuesto algo así, no sé si me entienda. En fin. Así estuvo la cosa. ¿Me entiende?

## LIBERTAD POR UNAS BOTAS

Ay, mi carnal, de veras que sí tuvo una vida muy triste... mejor dicho tuvimos. Fíjate que antes de estar en la Peni, ya había estado encarcelado. Sí, uy, mi carnal visitó los paros de la ocho y la cárcel infinidad de veces, yo hasta perdí la cuenta. Yo trabajaba como secretaria ahí en la estación de policía, en la de la calle ocho... ¿Sabes porque les dicen o les decíamos paro de la ocho? Pues porque todos los fulanos que llegaban detenidos tenían que justificar sus actos para que los dejaran libres y se aventaban cada “paro”, por eso se hizo popular la frase esa, cuando alguien estaba queriendo justificarse de algo, era común escuchar: “A tirar paros a la ocho”. ¿Se seguirá usando? Tiene un buen que no voy a Tijuana. En fin. Te decía que yo trabajé como secretaria, sí, es que así como me ves, acá de pulgosa, limpiando casas y cuidando viejitos, yo estudié secretariado, terminé mi curso y toda la cosa, ¿cómo? Uy, claro, era buenísima, ya ahorita no recuerdo, pero sí era muy buena, mi tirada era estudiar para abogada. Por eso primero comencé a trabajar como secretaria para un abogado, luego, una cuatacha que estudió conmigo, me jaló para allá, para la ocho, sa-

caron a una de las muchachas, no recuerdo por qué y ella movió sus influencias para que yo entrara. Me encantaba trabajar en ese lugar, me tocaba ver de todo, cosas muy feas, como increíbles, otras muy chuscas, otras estremecedoras; pero lo que más me costaba trabajo era verlo a él, a mi carnal, ay, no, vieras, sentía que se me partía el corazón de verlo pasar todo sucio, con los ojos caídos, a veces bueno y sano, otras perdido, no, no, no, muy feo, a veces me le acercaba y el muy cínico, así muy quitado de la pena, me decía: “Quihubo, carnala”, ay, desdichado infeliz, yo con el corazón hecho pedazos, sentía un... no sé, algo difícil de explicarte, no sé si me entiendas, ¿tienes hermanos?, ay, no sé, algo muy feo. Y yo le decía: “Manuel ahora qué hiciste”. “Ya ves, carnala”, me contestaba, pero con una tranquilidad, una resignación, y yo con aquella desesperación de gritarle: “Agarra la onda, infeliz”. Pero bueno, te estaba contando que él ya había estado en la cárcel, sí y lo chistoso, por meterse a una casa a robar y llevarse unas botas. ¿Creerás que por unas botas? Pero es que andaba con malas compañías, esos amigos que ya sabes, en lugar de empujarlo a uno a crecer en la vida, lo arrojan a uno al abismo junto con ellos, para seguir en la bajeza pues.

\*\*\*\*

En la calle en la que vivían Manuel, Martha y Concepción, residía una madre soltera que maltrataba a su niña. Era una mujer desgarrada, siempre ausente, parecía no importarle la hija, había mañanas en las que a la menor se le podía ver desnuda en el patio, con la inocencia de quien va a cumplir tres años. En ocasiones portaba pren-

das mugrosas, rotas, apretadas o demasiado grandes. Un domingo se la toparon en el mercado sobreruedas, la mujer hurgaba entre montañas de ropa, soltó a la niña, ésta se deslumbró al ver una muñeca en el puesto de enfrente, y en un impulso corrió sin darse cuenta que un auto estaba a punto de pasar. El claxon del vehículo sonó con potencia, la mujer volteó y corrió inmediatamente hacia la pequeña. La sometió de un brazo, la zarandó y le dio tremendos manotazos que asustaron más a la niña, quien emitió un llanto escabroso. Manuel y Martha miraron la escena desde el puesto de antojitos mexicanos en el que comían.

—Vieja pendeja, cuide a su niña —gritó el conductor.

\*\*\*\*

Entre griterío. La niña. Entre olor a aceite y grasa. La niña, la muñeca. Entre el crujir de las tortillas doradas. La niña, la muñeca, el carro. Entre los ojos de los comensales. La niña, la muñeca, el carro, el llanto. Olor a orines de perro.

\*\*\*\*

—Esa vieja algún día me la va a pagar, carnala —dijo Manuel.

—Estás loco, ándale, pídemme otra quesadilla.

—En verdad, no es justo que trate así a la chiquilla, para qué la trajo al mundo, para sufrir, mira nada más cómo la trae, como pordiosera, neta que pa' qué traer a niños a sufrir, mejor no haber nacido. Yo no pienso tener hijos.

—Sin cebollita, la quesadilla.

\* \* \* \*

Pues el día llegó, sí, así como lo oyes, pasaron los años y mi carnal cumplió la promesa, el día le llegó a la mujer esa, aunque bueno, en realidad a ella no le pasó nada. Deja te cuento, resulta que un día Manuel andaba bien trácaldas, ya sabes, hasta arriba y pues, los amigos, las malas influencias, las malas amistades en las que andaba lo llevaron a hacer lo que hizo. Pues uno de sus cuates le dijo que la Mireya, porque así se llamaba la mujer esa, andaba fuera de la ciudad, que se había ido a ver a su mamá a Colima, que porque estaba en cama la pobre señora, y que había dejado la casa sola, que le diera ese escarmiento que tanto le quería dar desde hace mucho, porque mi hermano cada vez que se ponía cuete, amenazaba a la mujer esa. Y el otro muy obediente... ay, no, mi carnal, ¡inocente!, pues ahí va a meterse a la casa de la mujer, que acá entre nos, no tenía ni dónde caerse muerta, el chiste es que rompió una ventana y se metió, según me dijo, lo único que hizo fue revolverle toda la casa y deshacer cosas, dejarle recuerditos en la pared, así dijo, sabrá Dios qué sería, pero lo malo fue que la mujer tenía unas botas de hombre muy bonitas, que quién sabe de quién eran, ¿no va el Manuel a medírselas?, y le quedaron al desdichado, ahí andaba el hombre con las botas puestas. ¡Ay, infeliz! Así anduvo hasta que llegó la mujer y los vecinos, algunos de los vaguillos que disque eran amigos de Manuel, le fueron con el chisme de que había sido mi carnal el que entró a su casa, que lo fuera a buscar y se fijara que traía las botas, unas botas que había robado de su casa. Y así fue, la mujer luego, luego corrió a la delegación con testigos y pues agarraron al Manuel, que

para variar, cuando lo detuvo la poli, andaba trácalas y traía marihuana en la chamarra.

\*\*\*\*

Cuando Manuel tenía diez años, le juró a Martha que algún día vengaría a esa criatura. Lo cumplió.

\*\*\*\*

Nombre pues ya te has de imaginar cómo me sentí. Rápido hablé con uno de los abogados con los que había trabajado y pues nada, que le iban a dar cinco años de cárcel por hurto de no sé qué... y por andar portando droga. Y yo toda preocupada, hablando con mis jefes, con todo mundo, pero nada, al fin lo mandaron a la penal, que déjame decirte que antes estaba hasta las afuera de la ciudad, nombre, qué esperanzas que fuera ahí, donde está ahorita, antes había que ir lejos, allá cerca de un basurero, me acuerdo que para ir a visitarlo, una vez me fui trepada en un camión de basura... ¡en serio!, ¿no me crees? Sí, pues es que imagínate, pobretona, sin carro, y desorientada, uno tenía que buscarle y aguantar, porque de donde te dejaba el camión, había que caminar kilómetros y kilómetros de terracería, y una amiga me dijo que los camiones de la basura pasaban por ahí, que estaba cerca, pues les pedí raite y sí, ahí me verás trepada con ellos. ¡Inocente! Ese día le llevé una cobija a mi carnal, para que no pasara tanto frío.

\*\*\*\*

¿Mi mamá? Nombre, esa mujer ni se inmutó. Al principio sí se lo ponía como chancla, cuando el chamaco apenas empezaba a andar en malos pasos, pero ya luego



cuando se fue y duró semanas desaparecido, iba y venía, iba y venía, pues poco a poco como que mi mamá se fue resignando a que el chamaco ya iba a andar en la vagancia y cuando cumplió la mayoría de edad, de plano dejó de preocuparse, o fingió, porque bien recuerdo como algunas noches la escuchaba llorar.

\*\*\*\*

Y entre sollozos, ruega por él. Y en silencio, ruega por él. Y mientras humedece las plantas, ruega por él. Mientras escurren los platos, ruega por él. Mientras se cuece el caldillo, ruega por él. Mientras las sábanas se extienden, ruega por él. Y mientras se consume el cigarro, ruega por él. Camino a misa, ruega por él. Ruega por él... ruega por... por él... ruega. Siempre ruega, día y noche ruega.

\*\*\*\*

—Mamá no va a ir a visitar a Manuel.

—Nombre, para qué, para que luego digan que soy madre de un delincuente, alcahueta, no, yo alcahueta de un drogadicto, no, no, no, el señor tuvo techo y comida y prefirió irse allá a vivir a la mierda, que allá se quede, a mí que ni me relacionen con él, qué vergüenza.

\*\*\*\*

Yo era la que le daba sus vueltas a mi carnal, quien como siempre, parecía ausente, no era grosero, al contrario conmigo siempre fue muy respetuoso, pero a mí me desesperaba que no hacía nada, yo esperaba que me dijera: “Martita estoy arrepentido”, “Carnal le voy a echar ganas, ya aprendí la lección, voy a salir de aquí, voy a estar bien”, pero no, nada, él parecía muy campante allá

adentro, como si estar en la cárcel, ahí encerrado, aislado del mundo, fuera mejor que enfrentar el mundo en que crecimos, ay, no, no sé, ya me puse muy folklórica.

\* \* \* \*

Pues uno de los abogados con los que trabajé como secretaria me dio una esperanza. Me dijo que cada cierto tiempo, les hacían exámenes de la tuberculosis a los reos, y que si encontraban a algunos que salieran positivos, se les dejaba salir porque eran peligrosos para los demás malhechores, podía hacerse una... cómo se dice... pandemia. Se les daba una carta en la que se les dejaba en libertad mientras estaban en tratamiento. Me dijo que hablaría con uno de sus amigos de ahí de la cárcel, para que a mi carnal le dieran esa hoja, y que en cuanto saliera de la cárcel, él se iba a encargar de que mi carnalito no regresara a prisión, no sé cómo le hizo la verdad, qué movimiento hizo o cómo estuvo el acuerdo, el chiste es que Manuel salió de la cárcel, eso sí, el abogado me dijo que definitivamente no podía quedarse en Tijuana, que tenía que mandarlo lejos, a otra ciudad, que no regresara.

\* \* \* \*

—Llévatelo lejos Martita, muy lejos, que ni regrese.

—No se preocupe, de eso me encargo, mi carnal va a desaparecer de aquí.

—Cúidate mucho.

\* \* \* \*

Manuel regresó a la casa. Llegamos casi de noche y le advertí que ni se le ocurriera siquiera asomar las narices por la ventana. Yo estaba que me consumían los nervios. Tenía

miedo que en una de esas los de la policía se arrepintieran o descubrieran el movimiento que había hecho el abogado y regresaran por él; o que mi carnal se alborotara por ir a buscar a los amigos, o los vecinos o qué sé yo.

Mi mamá lo recibió normal, ni expresiva ni grosera, nos sirvió cena, y esa noche no hablamos mucho. En la mañana mi mamá y yo nos fuimos a la iglesia a rezar por Manuel, y ahí en el camino, me dijo que le iba a marcar a un tío en Guadalajara, un tío que cuando éramos chicos, recuerdo que fue a la casa y estuvo unos días de visita y nos llevó unos dulces muy ricos, así como de guayaba, que jamás he vuelto a probar... Eligio... sí, Eligio se llamaba mi tío, yo creo que ya debe estar muerto el inocente, de eso ya pasaron, ahora verás, yo tenía veinte, no pues ya hace cuarenta y tantos, no creo que siga vivo mi tío... y bueno así fue, le dijo que lo mandara en cuanto pudiera, así que con dinerito que yo tenía ahorrado y el que sacó mi madre de su guardadito, pudimos pagar el boleto de avión y lo mandamos a Guadalajara.

Encender, apagar: aparecer, irse.

## RESCATAR SU MEMORIA

Cuando tenía dieciocho años creía que lo sabía todo. ¿Te llegó a pasar Morrison? ¿Cuántos años tendrás? Recuerdo que en esa etapa pensaba que mi vida era plenitud y que todo lo podría resolver, que no me faltaba nada: tenía trabajo, me preparaba académicamente, disfrutaba una relación sentimental y el futuro parecía prometedor. En mis planes, en mis pensamientos no estaba él. ¿Y tú Morrison? ¿Conociste a tu padre? Por tus ojos podría imaginar que no... en fin.

\*\*\*

Hubo una etapa entre su inicio a la edad adulta y los siguientes seis años, en los que llegó a expresar: “No me hizo falta mi padre... tuve a mi madre, a mi abuela, a mis tíos”. Y fue soberbio al opinar sobre él, con lo poco que conocía. Se atrevió a expresar que tal vez, si su padre hubiera vivido, su porvenir sería menos prometedor. Así vivió su década de los veintes.

\*\*\*

No sé por qué, pero conforme me aproximo a la edad de su muerte, mi percepción ha cambiado. Tengo la curio-

sidad por saber de él, por rescatar su vida, su memoria, identificar su gustos, su forma de pensar, su forma de ver el mundo y compararlo conmigo, he querido inventármelo, revivirlo. No sé si me entiendas Morrison, espero no abrumarte con mis asuntos. ¿Tienes hambre? No sabía que comías pan.

## PARA ALLÁ TODOS VAMOS

Calaveritas de azúcar, calaveritas cráneo, cráneos trofeos, la vida que concluye su etapa, para pasar allá, a otro nivel.

\* \* \* \*

Ahí están en hilera los cráneos del sacrificio, del honor a los dioses, con los parietales perforados y el rostro, la imagen del señor del inframundo: Miclantcuhtli, ya está el altar: Tzompantli.

\* \* \* \*

Y llegaron los españoles y las calaveritas de azúcar, el alfeñique, azúcar caliente y limón se fundieron para formar la masa líquida que da forma al cráneo.

\* \* \* \*

Detalles artesanales, anillos en los ojos, espirales en la parte superior del cráneo y la sonrisa, no puede faltar el nombre del muertito, para recordar que lo único seguro que tiene el ser humano es la muerte.

\* \* \* \*

Calaveritas de amaranto, chocolate, con cacahuete o pepitas, calaveritas rellenas de miel, de pasta de almendra. ¡Pásele joven! ¡Pásele vea y pruebe! Que por ver no se paga.

\*\*\*\*

Lleve sus calaveritas de azúcar, para celebrar a los muertos, tenemos la calaverita chica, para la Santísima Trinidad, la medianita, para la muerte y la grande, para el Padre eterno, llévelas, llévelas.

Agasájese el paladar, disfrute la dulzura de recordar que para allá todos vamos.

¡Enhorabuena!



## MÁS ALLÁ DE SU AMOR

Javier esperaba una respuesta afirmativa por parte de Estela. En la empresa le dieron una fecha de ingreso. Esperó a que ella en los últimos encuentros retomara el tema y le dijera que sí, que se iba con él, pero miraba en sus ojos tanta incertidumbre, temía que le expulsara un no. Por ello prefirió callar. A pocas horas de irse ansiaba que sonara el teléfono y fuera Estela desde la tiendita de don Chago, gritando desesperadamente tras la bocina que estaba locamente enamorada y aceptaba irse a la capital e iniciar una vida junto a él.

\*\*\*

El día que Javier fue al mercado a hablar seriamente con Estela, vivió algo que iba más allá de su amor. La vio tan feliz en su ambiente, tan adaptada al mercado, con esa sonrisa espontánea, comprometida y en complicidad con su madre... Pensó que tal vez en la ciudad su vida se tornaría distinta y sería infeliz, vacía; no se perdonaría hacerla infeliz, por los tiempos, las horas extendidas en el trabajo, el bullicio de la ciudad a la que ella no estaba acostumbrada. Por eso decidió irse así, sin despedirse, sin

avisar, sin saber si algún día iba a regresar, si volvería a verla.

\*\*\*\*

Estela no pudo guardarle luto a su dolor. Tenía que trabajar. Toda la semana anduvo con los ojos caídos, la nariz y las mejillas estiradas, tuvo que tomar fuerzas, lavarse la cara, recogerse el cabello y seguir, ir al puesto a ayudarle a su madre, quien al verla, dejaba de pelar nopales, suspiraba, movía la cabeza a manera de negación y continuaba en su labor.

\*\*\*\*

La pobre andaba como alma en pena, distraída. “Hey, Tella”, le tenía que decir uno para despertarla de su mundo, y así se quedó, ya no hubo poder humano que le hiciera cambiar.

\*\*\*\*

Después de lo de Javier, ya no hubo más. Se obstinó.

\*\*\*\*

Ahora sí que no compartía nada, eso sí, era buena para escuchar, pero para hablar, ni pío. No sabías qué había en esa cabecita loca. Dicen que hay amores que marcan de por vida, hay cosas que se pasan por alto para seguir pero no se olvidan, y eso le sucedió a mi amiga. Después de Javier, no le conocí a nadie, ni uno solo, nada. Y mire que a pesar de no ser tan agraciada, tenía su pegue. Uy, ahí en el mercado seguido le caían pretendientes, algunos de por aquí, otro que andaban de paso, hasta con... el presidente del mercado anduvo rondando a la Tella, pero no, nada. Era como si esperara a que algún día Javier regresara.

\* \* \* \*

El segundo domingo, después de que supo que Javier se había ido y los planes de boda habían quedado rotos, Estela despertó. Los ojos le pesaban. El rayo que se colaba entre cortina y cortina hastiaba. Se metió bajo las sábanas. Ya eran las ocho de la mañana, doña Consuelo ya se había adelantado al mercado. Estela se agarró a la cama, no quería, no tenía ganas de salir al mundo.

\* \* \* \*

—Y la Tella.

—Pues ya sabe doña Remis, anda con el mal de amores.

—Ay, esta muchacha.

—Son las doce de mediodía y es hora que no se para por aquí.

—Quiere que mande a la Pina a buscarla.

—No, no, déjela, estos días la pobre apenas y puede, yo mejor ni le muevo, anda como muerta, pero así es esto, ya se le pasará.

\* \* \* \*

Faltando tres minutos para la una de la tarde del domingo, Estela se puso de pie. Pasó toda la mañana en cama, queriendo estar y no. Le molestaban las cobijas, las sábanas, la almohada, el rechinar de la cama al moverse, la misma cama, el ruido de afuera, la luz entre las cortinas, la habitación, estaba molesta con la vida. Se sentó en una esquina de la cama, la habitación parecía tragársela. Se puso de pie. Se acercó al espejo. Mejor no quiso ver. Salió al pasillo y lo vio, ahí, colgado en la pared del pasillo, el vestido de novia que le había hecho su madre. Fue a

la cocina, tomó un cuchillo y de regreso a la recámara descolgó el vestido. Lo aventó sobre la cama. Estaba cubierto por un plástico transparente. Sacó de debajo de la cama unas zapatillas. Quiso deshilar el vestido, hebra por hebra, hasta que se convirtiera en un ser amorfo, en hilos que no le recordaran a nada. Pero no se atrevió. Se paró frente a la cama, vio el vestido extendido junto a las zapatillas.

\*\*\*\*

Los demonios atados en sus vísceras fueron liberados y emitió un gemido hueco y triste que se prolongó por minutos, mientras las lágrimas caían sobre sus pies, como las primeras gotas de lluvia que tocan la tierra, entonces se puso de cuclillas y abrazó el vestido junto con las zapatillas con tal fuerza que pudo haberlos hecho polvo. Y lloró, lloró, lloró hasta quedar hecha nada.

\*\*\*\*

Se quedó dormida. Le despertó el ruido que hizo Consuelo al abrir la puerta principal. Se puso de pie, tomó el vestido lo envolvió en el plástico junto con las zapatillas y lo escondió en una bolsa negra que tenía bajo la cama. Fue a la cocina y puso agua a calentar para bañarse.

\*\*\*\*

- ¿A dónde vas?  
—A ningún lado.  
—Y esa agua.  
—Me voy a bañar.  
—Y luego.  
—...

—Qué le hiciste al vestido.

—Ya no existe.

\* \* \* \*

El agua quemaba. Tomó una jícara y la sumergió. Al sentir el primer impacto de agua, sintió cómo su cuerpo se desprendía. Repitió el acto cuatro veces, hasta humedecer todo su ser. Se cubrió en jabón y talló su cabello, después el cuerpo, repujó su cuerpo como hacía mucho tiempo no. Hasta dejar roja la piel, hasta gastar la epidermis, pero sin sangrar. Cuando el jabón llegó a todos sus rincones, entonces enjuagó y dejó que todo fluyera, que la vida escurriera entre la espuma y se fuera, que las lágrimas se perdieran en la coladera.

## LO DEJARON EN LA CALLE

Mi carnal le echó ganas allá en Guadalajara, estuvo trabajando con mi tío en el rancho, dicen que era un buen muchacho, cuando marcábamos, el tío decía que sí, que de pronto le entraban sus crisis por eso de la droga, la ansiedad, pero que lo ponía a trabajar como burro para que se olvidara de eso, y que se estaba desintoxicando de tanta basura que se había metido. Le decían a mi mamá que era un buen muchachito, reservado, pero educado, que no se metía en problemas, era obediente, trabajador. ¡Nombre! ¡Imagínate!, nos hablaban de alguien desconocido para nosotras, yo estaba muy feliz y mi mamá también, aunque no lo quería expresar, pero por lo menos se quedaba muy tranquila después de cada llamada.

Fue en ese tiempo que yo decidí cruzar la frontera y venirme para acá, a probar suerte, porque pues en Tijuana no iba a salir de secretaria, mi mamá planchaba y lavaba ajeno, cosía y tenía sus cuartitos de gallinero en renta, pero pues eso no alcanzaba y yo de estudiar no había forma, así que me vine para acá con una amiga y ya lo demás, ya lo sabes, me casé y tuve mis dos hijos, duré años sin cruzar para Tijuana, hasta aquella vez que

ya Manuel ya estaba en las últimas y las circunstancias me hicieron ir.

\* \* \* \*

En una de esas que mi mamá me marcó para acá, fue cuando me dio la noticia de que mi tío le había avisado que Manuel se había escapado, que anduvo bien más de un año, pero después empezó a juntarse con unos chavajos del rancho y que de pronto se desaparecía días, iba y venía, hasta que un día no se supo de él. Yo ya no pude hacer mucho por buscarlo, y mi mamá pues menos, ya estaba grande.

\* \* \* \*

—Quiubole Manu, nos vamos o qué rollo.

—No sé... la verdad sí he pensado pero...

—Mira allá en la capital, es otra onda, aquí con los rucos no saldrás de andar de su peón, nomás te están usando quesque para desintoxicarte, que no chinguen, puro cuento, vámonos, allá es otra onda.

—No sé.

\* \* \* \*

Un domingo, Manuel dijo al tío Eligio que iría a la ciudad a conseguir las botas para una fiesta que ofrecería uno de sus camaradas. Caminó hasta la central y tomó el camión. Nunca regresó.

\* \* \* \*

—Nombre carnalito, esto sí que será vida.

—¿Y esto?

—Uste' pruébele, no pregunte, aproveche ahorita que hay, elévese mi carnalito... ¡chido!

—...

—Bienvenido a la Ciudad de México, carnal.

\* \* \* \*

Manuel me contó que vivió un tiempo en México, en la capital, nunca me dijo cómo fue que terminó allá, bueno, es que vivió mucho, desde adolescente anduvo de acá para allá en malos pasos. Y terminó en el Distrito, a los veintiuno, ya bien vivido y en la vagancia, lejos de la familia, de su mamá y su hermana. Fue su peor etapa. Porque se fue a vivir con unos amigos que al final lo dejaron en la calle, sin nada. Creo que compartían un cuarto. Eran dos, pero un día despertó y ya habían vaciado todo, le robaron la ropa, la cartera, unas botas piteadas. Todo. ¡Ay, no, qué canijos! Lo dejaron en la calle.

\* \* \* \*

—Oiga joven, es que si no me paga no hay casa.

—Me espera unos días... mire que...

—No, no, no puedo esperar, mañana mismo desocupa.

—Pero...

—No me haga hablar a la poli, que sé muy bien lo que hacían usted y sus amiguitos en la casa.

\* \* \* \*

Manuel anduvo de acá para allá en México. No tenía documentos, nadie le daba trabajo y menos porque andaba en las drogas. Dormía en las calles, robaba para comer, para su vicio, pues ¡Ay, no, qué horror! Hasta eso siempre fue bien trabajador, nada lo detenía, me dijo que limpió carros, vendió dulces, fue de esos chalanos de mecánica,



encontró trabajo como guardia de seguridad, pero el vicio le ganaba y lo terminaron corriendo. Hasta que un día, en la central de abastos en la que se acomodaba a desarmar cajas y cargar mercancía a cambio de propinas, consiguió un raite para Tijuana y regresó... y pues, ya ni para qué le cuento, aquí siguió con lo mismo de las drogas y todo eso, hasta que lo metieron a la penitenciaría, y ahí sí tuvo que cumplir condena, por cuatro años.

\*\*\*\*

Como te decía, desde pequeño mi hermano fue retraído, muy buen muchachito, pero desorientado, yo no sé qué habrá pasado, por qué se refugió en las drogas, o de qué huía, o qué pensaba, porque ambos tuvimos la misma infancia y nos fue como en feria, pero bueno, yo soy una cosa y él otra, yo me refugié en la escuela, en prepararme, en vivir de cierta forma, venirme para Estados Unidos, huir del infierno que era vivir con mi madre, pero él... No supo canalizar eso, se fue por lo fácil. Fíjate que desde chiquito Manuel fue así muy tranquilo, apaciguado, me acuerdo que una vez andábamos en la línea vendiendo... Vendíamos alcancías y objetos de yeso, sí ya sabes, que la virgencita, que el puerquito, que el águila, que la hamburguesa, y andábamos... bueno ya te imaginarás, acaloradísimos con el solazo, la boca seca, la guerra entre vendedores y los carros ahí en la línea. Pues a Manuel le gustó una cachuchita de esas, muy parecidas a las del Chavo del ocho, y le dijo a mi mamá que quería una, y ella: “al rato”, “al rato”, “al rato”. ¿Crearás que nada? El pobre muchachito nomás me miraba y miraba a mi mamá cuando recogimos todas las cosas y se acabó

el día. Me acuerdo que me dio tanto coraje, no porque no se la comprara, sino porque le prometió y nada que le cumplió. Pues un domingo que mi mamá se sentía mal y no fue con nosotros, porque seguido se sentía mal, yo vendí varias alcancías un poquito más caras y con las ganancias extras le compré su cachuchita a mi hermanito, uy, lo hubieras visto cómo le brillaron los ojitos a mi Manuelito, feliz el muchachito inocente con su cachucha por todo el Puente México, cuando ya íbamos camino al centro. Hubieras visto a mi mamá, le salía fuego por los ojos cuando lo vio con la cachucha, entonces yo le dije que un gringo se la había regalado, que le habíamos dado una guía para conocer el centro de la ciudad y que a manera de premio, le compró a Manuel su cachuchita y como las cuentas estaban claras, no rezongó, pero tampoco se la creyó, si mi mamá no era tonta, era muy viva y sabía cuando le mentíamos. Al final ni supimos qué pasó con la cachucha, si mi mamá la tiró mientras dormíamos y no sé, nunca supimos de ella, pero por lo menos mi carnal pudo caminar un día con su cachuchita.

\* \* \* \*

En otra ocasión pasó algo bien chistoso, creerás que mi mamá nos mandaba bien desayunados y nos enviaba la muy desalmada, que diosito la tenga en su Santa Gloria, espero y no me venga a jalar las patas en la noche por andar hablando mal de ella, pero lo que es... Pues no nos daba dinero para comer, nos teníamos que aguantar el hambre hasta regresar a la casa. Yo cómo te digo... era muy viva, desde chiquilla y pues daba más caras las cosas para sacar mi ganancia, porque mi mamá nos contaba

hasta el último centavo. Y con eso a veces nos echábamos un taco. Pues un día fue muy bueno, hubo mucha venta, mucho gringo, mucho turista y nos separamos en la vendedera. Yo estaba tan emocionada en la ganadera de dinero que me olvidé por completo de Manuel. De pronto veo que viene llorando, pero llorando el chamaquito, unas lagrimotas y yo “Manuel, qué tienes”, y él estaba trabado, no podía ni hablar. Y yo, “Manuel, dime qué pasó, qué tienes”. Y que me dice: “Es que me compré media orden de birria” y otra vez el llanto. Y yo “cálmate Manuel, no pasa nada”. Y él, “es que estaba muy buena y me la acabé”. Y yo “está bien, ándale, hay que seguir vendiendo”. Y él, “es que como me quedé con hambre, me compré otra media orden” y otra vez la lloradera. Ay, bendito chamaco, pues desacompletó lo que había vendido por andar en la tragazón.

\*\*\*\*

—Me va a pegar, mi mamá me va a pegar.

—Ya cálmate, no pasa nada.

—Es que me gasté todo el dinero...

—Yo te completo lo que te falte con mis ganancias, ya cálmate, carnalito.

\*\*\*\*

En esas fechas, Manuel tendría unos seis y yo nueve.

Iniciar, terminar: surgir, desaparecer.

## SOÑAR EL MAR

Entre semana soñé contigo, creo que el lunes y también el miércoles ¿lo puedes creer? Fueron dos veces las que soñé con el mar. En la primera sí estuviste, en la segunda no recuerdo muy bien... no, creo que no. En el sueño que sí te recuerdo caminábamos los dos por la orilla, pero curiosamente íbamos tomados de la mano, suena raro, lo sé, pero sí, así fue... ¡No! ¡En verdad, Morrison!, no te voltees como dándome el avión... Fue un sueño agradable, una sensación poco común... Lo que sí me preocupa es el otro sueño, en el que te digo que no sé si estabas: iba entrando a Playas y todas las personas corrían en dirección contraria a mí, los carros chocaban, sinfín de cláxones aturdían mis oídos, las personas estaban vueltas locas. Seguí caminando. Llegué a la Plaza Monumental y continué mi trayecto, hice mi rito habitual: llegué a los arcos, me recargué en la barda, cerré los ojos y respiré. De pronto escuché un estruendo y abrí los ojos.

\*\*\*\*

Paisaje estremecedor: un gran terreno de arena y una enorme ola, imponente, se mantenía elevada y sólo hacía efervescencia en la superficie.

\*\*\*

Yo me quedé ahí, con los pies adheridos al suelo. Pensé en correr, pero concluí que sería inútil, el agua me alcanzaría, y en los mismos pensamientos, que fueron en segundos, estuviste tú, Morrison, pensaba en ti, en qué sería de ti, en dónde estarías, si detrás de la ola o si habías logrado escapar, en que ya no nos volveríamos a ver. Yo esperaba a que cayera el caudal, pero este se mantenía elevado, como el de los tiempos de Moisés y el Faraón. Y ya no recuerdo qué pasó, creo que me desperté, porque no recuerdo que haya caído la ola. Tengo dudas sobre si te vi en ese sueño o sólo te pensé. En fin, ¿Cómo estás? ¿Qué tal tu semana? Yo tuve una semana difícil. ¿Sabes? Cuando tenía como diez o doce años, debo admitir que sí necesité a mi padre. Recuerdo que cuando me sentía triste, cuando algo malo me sucedía, me iba al panteón y platicaba con él.

\*\*\*

Y lloraba y le reclamaba. “Si no te hubieras muerto otra cosa sería”, “Si estuvieras aquí, tal vez seríamos felices” y me acostaba boca arriba.

\*\*\*

Las lágrimas gritaban hasta mojar la lápida, se secaban, mientras él veía los árboles, las nubes y escuchaba el viento, el caer de las hojas.

\*\*\*

Me daba mucha paz. Así como la que me das cuando hablo contigo, mi buen amigo.

## MORIR PARA VIVIR

Ya se lo llevó la huesuda

\* \* \* \*

Soy la imagen mexicana por excelencia, soy la Calavera Garbancera, soy de sangre indígena, pero intento parecer europea, por ello a pesar de mi esquelético cuerpo, porto diversos atuendos y elaborados vestuarios. Me considero de actitud alegre, coqueta, soy capaz de hacer dormir al pueblo, por eso luzco mis amapolas.

\* \* \* \*

Y las amapolas delatan los tres colores del maíz teotihuacano y las plumas de avestruz se agitan y señalan la conquista y la nobleza indígena, las órbitas oculares, los orificios nasales y las mandíbulas articuladas al cráneo dan impresiones sarcásticas, junto a los pelados dientes.

\* \* \* \*

Poso junto a mi creador en el Sueño de una tarde dominical en la Alameda Central... obra de Diego Rivera, me gustaría saber qué piensa sobre mí, sabrá que soy una apariencia, sabrá por qué me llaman La Catrina.

\* \* \* \*

Pretenden ser de una clase social mayor y se emperifollan y posan, cual catrina, aunque ello implique el vivir como hambrientos y hacerse cadavéricos.

\* \* \* \*

Soy La Catrina y no hago caso a las burlas ni al sarcasmo de Posada ni Rivera, porto las mejores prendas para cada ocasión, trajes regionales dependiendo el destino, uso corsé, corpiño, refajo, calzoneras y medias. Soy La Catrina.

\* \* \* \*

La alta clase social que reniega de su propia raza, de su herencia, su cultura.

\* \* \* \*

Traviesa, simpática y ocurrente, soy sorpresiva, me gusta vivir a plenitud cada momento, de doble identidad, porque la vida es aquí y ahora.

\* \* \* \*

He cruzado la frontera, sin documentos ni trámites ni filas largas. He impuesto moda y las señoritas y señoras hacen pasarela portando mis trajes en Nueva York y toda la cosa... y ni se diga de Hollywood, muchas actrices deciden disfrazarse de mí en la noche de brujas, es que... una impone pues...

\* \* \* \*

Y he trascendido durante más de un siglo y sigo más viva que nunca, de veras que hay que morir para vivir.



## SIN DRAMA NI CAMA LARGA

Soñé con un collar de perlas. Estaba en un avión, como que iba no sé a dónde, pero iba en avión, sí cómo no, nunca me he subido a uno, me dan miedo, pero en el sueño era agradable, no tan temible como lo imagino. Entonces iba a mi lado una señorona acá muy fina. Estaba cabeceando, yo iba muy normalita, viendo todo a mi alrededor, como chiquilla, me parecía increíble estar en el avión y escuché algo que cayó. Era un collar de perlas, justamente en el pasillo principal, a un lado de mí. Y volteé, era de la señora, se había quedado dormida y se le desprendió el collar. Yo muy despistadamente, con la puntita de mi pie fui arrastrando el collar hasta mí y en cuanto la azafata pasó con su carrito me agaché a recogerlo no sin antes voltear a ver a la dueña del collar, quien seguía dormida. Fue una emoción tremenda, esa cosquillita que te da al pensar que te van a descubrir y no. Total, que yo me echaba el collar a la bolsa. Y ya muy calladita seguí disfrutando el viaje. Pero me quedé dormida. Sí, en el mismo sueño me quedé dormida, ¡qué extraño verdad! Y ándale que el collar de perlas ya no era un collar, sino una serpiente. Y en el mismo sueño

la serpiente se asomó por la bolsa y se fue aproximando hacia mí, subió, subió y subió hasta llegar a mi cuello y enredarse en él. Fue que desperté y trataba de hablar, de gritar, estallar, y con las manos intentaba quitarme al animal, pero apretaba con más, más y más fuerza. Y nadie se daba cuenta de que me estaba muriendo, que me asfixiaba...

\*\*\*\*

Cuando Estela cumplió los treinta, se visualizó sola por siempre. Ya la mayoría de sus conocidas se habían casado, tenían familia, vivían en unión libre, estaban comprometidas o las pretendían. Ella ni una.

\*\*\*\*

Nombre si la Tella tenía mucho pegue, pero con señores ya mayores o casados. Como don Clemente, ese hombre siempre estuvo encaprichado con la Tella, siempre. Le decía que nomás poquito y que un besito, y que un día se fueran a San Cristóbal y puras cosas puercas el cochino. Ay, no, es que lo vieras, miraba a la Tella y los ojos se le hacían verdes. Pero fuera de eso, nada y yo creo que ella misma los espantaba, si alguien se le acercaba o se le hubiera acercado, seguramente ella los ahuyentaba. Se ensimismó y al final, pues se quedó sola. Yo le aconsejaba “Tella, no seas orgullosa, mujer, te vas a quedar sola, al rato tu mamá, Dios y la Virgen no lo quiera, pero se va, es la ley de la vida, y tú, qué va a ser de ti”.

\*\*\*\*

Una mañana doña Consuelo dejó de respirar. Fue un martes. Estaba sentada en su banquito, esperando a que

llegara clientela. Pasó una señora con sus tres hijos. Una niña regordeta entre ocho y nueve años, un flacucho de seis y un diablo de tres. La más grande, molestaba al de tres años, quien gritaba y su sonido resonaba en los tímpanos de doña Consuelo, el de seis se revolcaba en el piso, estaba emberrinchado en que su madre le comprara un algodón de azúcar, la madre del menor parecía no dar importancia, pero el niño gritaba y pataleaba y se arrastraba. Doña Consuelo sintió una impotencia, quiso incorporarse para ir a poner en su lugar al chamaco y enseñarle a la mujer cómo se debía educar a un hijo, pero en cuanto logró sostenerse entre las piernas, un “desguance” diría Petra, la del puesto de verduras, le llevó a desvanecerse y caer entre la charola de nopales recién peladitos.

\* \* \* \*

Doña Consuelito murió de un paro cardiaco, ¡pobre!, no tuvo tiempo ni de despedirse, así de la nada, estando en el puesto, se iba a levantar quién sabe para qué y ¡Pum! Aunque pensándolo bien, fue mejor, no tuvo cama larga, luego es bien feo eso de estar en agonía por meses o años, sabrá Dios, yo siempre le he pedido que cuando me quiera llevar, lo haga así, como a la mamá de la Tella, de pronto, sin tanto drama ni cama larga.

\* \* \* \*

Cuando murió su mamá, Estela vivió emociones encontradas. En momentos sentía pesar por la pérdida del ser que le dio vida, y en otros instantes, le invadían sentimientos de autonomía y libertad que le provocaban nervios, emoción, temor. Sabía que su vida no sería igual, no sabía si para bien o para mal.

\*\*\*

Acá entre nos... Le voy a contar... Pero que esto quede entre nosotros, se llega a enterar la Tella que le conté y me cuelga del árbol más grande que se encuentre en el camino. Pues, le cuento... Resulta que la muy aventada se fue. Sí, así como lo oye. Ay, es que no sé cómo comenzar. Bueno, mi amiga estuvo de luto por casi seis meses tras la muerte de doña Consuelito, un día fue a la casa y me pidió un favor.

\*\*\*

—Estás loca, que vas a hacer allá.

—Pues, ir a buscarlo.

—Pero sola, ¡no!, ¿Cómo crees? ¡Nunca has salido de aquí! ¡Qué vas a hacer allá! Dicen que es un mundo de gente, y... sola, está peligroso.

—Yo sólo quiero hablar, que me diga de frente qué pasó.

—Pero ya pasaron cinco años de eso, ya vas por los treinta y dos, ¿no crees que ya es mucho?, además... en dónde lo vas a encontrar. El Distrito Federal es grandísimo.

—Él me dijo el nombre de la cosa esa para la que trabajaría, me dijo que era para el corporativo.

—Ay, Tella estás reloca.

—¡Ándale!, cuídame el puesto, nomás dos o tres días.

—Está bueno, pues, pero regresas, canija.

\*\*\*

Y se fue la condenada, hasta en avión y toda la cosa, me creerá que yo nunca me he subido a un avión. Pero bueno. Yo me hice cargo del puesto por un día. Regresó

pronto mi amiga, me dijo que no lo había encontrado, en sí, como siempre, no me dijo mucho.

\* \* \* \*

Estela venció sus temores. Se subió a un avión. De Chiapa de Corzo directo al Distrito Federal. No fue tan aterrador como imaginaba. Se agarró al asiento durante el despegue, y cerró los ojos al aterrizar, masticó chicles a morir. Un hueco en las vísceras que no sabía si era por la adrenalina de viajar en avión o por lo que le esperaba en el Distrito Federal y enfrentar al amor que se marchó.

\* \* \* \*

Al llegar al Distrito Federal, Estela, atemorizada por el ir y venir de ciudadanos que arribaban a la ciudad y eran expulsados por la sala de llegada, tomó inmediatamente un taxi de servicio que conoció gracias a insistentes muchachas que con amables gestos y señas competían entre ventanilla y ventanilla por atrapar al cliente. Estela fue víctima de su ignorancia. Viajó segura, pero a un precio exorbitante para su presupuesto.

\* \* \* \*

—Aquí es, amiga.

—¿Aquí?

—Sí, este es el edificio del corporativo.

—Está seguro...

—Sí, güerita, es el único, digo, hay sucursales, pero este es el corporativo.

—Gracias.

—¿La espero?

—No, gracias, bueno... no, así... gracias.

\* \* \* \*

Estela se paró frente al edificio, alzó la cabeza y boquiabierta recorrió con la mirada el número de pisos que conformaban las oficinas del corporativo Telesux. Era un monstruo de vidrios ante sus ojos, recordó aquella vez que se sintió poca cosa ante la cascada Velo de novia.

\* \* \* \*

Sinfin de transeúntes pasaban frente a ella, tras de ella, a sus costados. El radar de motores, los ojos ardían. Bajó la mirada. Hombres de corbata entraban/salían. Mujeres vestidas de corte ejecutivo, entraban/salían, café en mano, portafolio, cabello relamido. Un pánico albergó su ser. Entraban/salían Entraban/salían Entraban/salían

\* \* \* \*

Volteó a su derecha, a su izquierda, dio media vuelta. Observó su alrededor. Era nada en un universo. Un grano de arena en el mar, un microbio en el fango. Se sintió pequeña, pequeña, era como si la ciudad, los imponentes edificios y la glorieta que divisaba a sus espaldas, la quisieran aplastar, desmembrarla, hacerla polvo, soplar y expandirla para ser parte de todo y de nada a la vez. El nervio que anidaba en sus vísceras desde el viaje, buscó salida y sintió cómo una bola quería ser expulsada por su boca, luchó por contenerla y regresarla a su punto de origen, pero era lava en ebullición y vomitó ahí, frente al edificio imponente. El guardia de seguridad, de veintidós años de edad, que estaba en la entrada acudió a su auxilio, la invitó al lobby para que pasara al sanitario, se lavara y le dieran agua. Ahí mismo, Estela pidió un taxi con destino al aeropuerto.

—Se siente mejor.

—Sí.

—¿Cómo se llama?

—Estela.

—Quiere que le llamemos a algún familiar.

—No, me tengo que ir.

—A dónde va.

—Al aeropuerto.

—Espere. Le pediré un taxi.

Ella subió al coche. Él se quedó en la entrada del edificio, pensando en la belleza extraña de esa mujer, en su mirada y en la tristeza en su ser. En que ese rostro ya lo había admirado en algún momento de su vida. Se quedó viendo fijamente hacia la calle, raudal de transeúntes tras el cristal.

\* \* \* \*

Eran las doce del mediodía. Encontró un vuelo a las cuatro. Vagó por las terminales, pero decidió regresar a la que le correspondía, por si de casualidad su vuelo se adelantaba. Se quedó dormida. Cuando despertó, eran las cuatro con veinte. El hambre en sus entrañas. Compró una torta de milanesa con papas y agua de horchata en un restaurante del aeropuerto. Regresó a la sala que le correspondía. Faltando veinte para las cuatro, arribó el avión.

\* \* \* \*

De regreso le tocó ventanilla. Al despegar, recargó su cabeza en el ventanal y poco a poco vio como la ciudad se hacía más lejana y se iba marcando el trazo urbano entre bulevares, glorietas y carros que circulaban en diversos

sentidos, hasta convertirse en puntos. Llegó a la conclusión de que su viaje había sido inútil, que si Javier se había ido sin avisarle era por eso, porque para él, ella era eso que divisó desde el avión, un punto sin importancia, algo lejano a su realidad. ¿Qué sentido tenía plantarse frente a él cinco años después? Irrumpir en su oficina o en su junta de negocios, llena de todas esas personas de traje, sobrias y de cabello relamidos, que la verían como lo que era, una chiapaneca insignificante, un punto más en esa urbe imponente y cruel. Imaginó a Javier saliendo del corporativo y caminando por esa avenida por la que circulaban personas en todos los sentidos y con las que intercambiaba miradas, ella era una mirada, una simple mirada entre tantas. Una opción entre miles. Seguramente ya estaba casado o enredado con alguna compañera de trabajo, mejor no quiso imaginar. Las lágrimas humedecieron el centro de sus pechos.

\*\*\*\*

Después del viaje al Distrito Federal, Estela hizo polvo toda esperanza de algún día volver a ver a Javier. Se concentró en crecer el negocio que le heredó su madre, y se aprisionó al recuerdo de ésta.

\*\*\*\*

Pues la Tella regresó. Pero muda como ella sola. Yo toda desesperada por saber si había visto al Javier, qué le había dicho o si se había perdido... Pero nada... No, nada, sólo me dijo: "Ya se acabó todo". Y se quedó viendo la cuchara con la que meneaba el café. Y bueno, yo esperando la explicación, pero no pude sacarle más, para mí que lo encontró casado o de plano la ignoró o la man-



dó por un tubo el riquillo ese. Quién sabe, es y será un misterio porque de lo que estoy bien segura es de que la Tella no soltará prenda, se llevará esa información a la muerte, ay, Dios bendito, que espero sea en muchos años.

\*\*\*\*

Todos los días, Estela se levantaba a la misma hora, ponía el agua para el café. Tomaba dos tazas de la alacena. Dos cucharas. Y servía dos bebidas. Primero se sentaba en una parte de la mesa, sorbía su café. Después se sentaba en la otra. Y se iba turnando hasta terminar con las dos bebidas, o hasta que determinara que el café ya estaba frío para consumirse.

\*\*\*\*

Ay, madre, estoy... me siento... hay días buenos, días malos, a veces no sé si sea bueno el estar sola o no, de pronto escucho las historias de las muchachas del mercado y digo “bendito Dios que estoy sola, más vale así que mal acompañada”, y es que puras broncas... Pero otros días... no sé... me entra el sentimiento y siento algo en el pecho... algo así bien feo, me gustaría llegar a la casa, y preparar la cena para dos o para más, tener hijos. Por cierto, ¿te sirvo más? ¿Más cafecito?

\*\*\*\*

Y pasaban los minutos, las horas. Sonreía.

\*\*\*\*

Un martes cerró el puesto a las cinco en punto. No tenía ánimos de limpiar ni recoger nada. Decidió darse la tarde. Se había preparado un licuado de chocolate y llegó al puesto de Chepina a comprar galletas. Se fue a la plaza

central y se sentó en la banca en donde conoció a Javier. Tarde naranja, algarabía de niños que corrían alrededor de la pila, viento que mecía sus azabaches cabellos sueltos. Estela sorbía con parsimonia de su bebida mientras trituraba las galletas de coco. Una pareja se sentó frente a ella, exactamente en donde Javier, diecisiete años atrás le había provocado todo en sus entrañas. La pareja se besaba apasionadamente. Estela empezó a incomodarse y a la vez, le pareció fascinante ver cómo esos dos tórtolos se devoraban. Él, moreno, de bigote y barba cerrada, guapo; ella, de buen ver, pero mal gusto al vestir, demasiado llamativa para el estilo de Estela. Tendrían unos treinta y dos. Suspiró. Se sintió vieja, ya pasaba de los cuarenta y dos, y al paso que iba, nunca más volvería a experimentar esa sensación, ese besar con intensidad, a mordida de labio, a mano bajo la falda, brazos brasas. Mejor se fue.

\*\*\*

Ay, madre, hoy fue un día muy bueno, estuve platicando con la Ramona toda la tarde, risa y risa las dos en el mercado, se me pasó el tiempo volando, aunque le hace falta su presencia al puesto, yo le echo ganas... pero... no sé, las cosas no son igual sin usted. La verdad es que al final decidí cerrar temprano y me fui a la banca en la que conocí... Había una parejita de jóvenes muy... y yo... Sólo espero... Hay días en los que quisiera dedicarme a otra cosa. Cerrar el puesto, dejar de ir al mercado y no sé, hacer otras cosas, ya voy para los cuarenta y tres, y no sé si quiera vivir toda mi vida en el puesto... No se enoje madre... yo la admiro porque usted siempre fue bien

entregada al trabajo, pero pues, ya ve, se nos fue y bien joven, siento que no disfruté... A veces me gustaría saber qué pensaba, qué pasaba por su cabeza, por qué nunca me contaba nada, hubo muchas cosas que le faltó decirme, lo sé, no me atreví a preguntar por miedo, y porque me daba cuenta de que le dolía hablar de ciertos temas, qué traía ahí que le provocó ese paro al corazón. Con el respeto que me merece madre... siempre me dio la... no sé, la corazonada de que usted no era feliz.

\*\*\*\*

Las manecillas del reloj suspendidas, el tiempo suspendido. Sonreía ante el llanto.

\*\*\*\*

¿Nunca le pasó por la mente volverse a enamorar? Es que anoche estuve pensando... No sé, estuve pensando, que usted... pues fueron muchos años los que estuve sola, sacándome adelante, a mí, al puesto, pero me parece increíble que no haya necesitado del amor, ¿cómo le hizo madre?, ¿en verdad nunca se ilusionó con alguien, no sé, por ejemplo, alguien del puesto o del mercado o de la calle? Es que me parece increíble. Hoy me sentí muy mal, fue un día difícil. Es que... yo... no sé cómo hacerle... Ay, perdóneme madre, no me gusta llorar pero... Ya tengo cuarenta y tres años, y hay días que se me hace difícil el no pensar en que... Javier... ya nadie llegó a mi vida... y yo... perdón, perdón, no puedo...

\*\*\*\*

El plato servido, intacto. Los cubiertos intactos. El café frío.

\*\*\*\*

Sentí envidia, mucha envidia madre. Le cuento... resulta que llegó la Ramona toda alborotada al puesto, que porque el Lucho se había ganado un viaje a Los Cabos de ahí de su trabajo, que hubo una... una... una de esas cosas que hacen que dan papelitos y números o no sé qué... el caso es que el Lucho se ganó los boletos y se van a ir de viaje, así tipo luna de miel. Y dice que esos días quiere que me quede a dormir en su casa para cuidar a Rubencito, el más chico. Y yo pensando: "Pero si nunca has salido de viaje, pero si jamás has viajado en avión, cómo puedes estar tan tranquila, ya no estás en edad para esas cosas". ¿Seré mala? Yo quiero mucho a la Ramona, y aunque le celebré y le dije que sí. Ya cuando se fue me sentí bien achicopalada, como con envidia, mucha, pero no de la mala, envidia de la buena.

\* \* \* \*

Así transcurrieron los años de Estela hasta llegar a los sesenta. Entre el mercado y prolongadas conversaciones con su madre. Siempre que servía el café, el desayuno o la cena, ponía mesa para dos y platicaba con su madre. Hablaba de sus sentimientos, compartía sus alegrías, sus tristezas, confesiones que nunca pudo contarle en vida. Los días que no tenía ganas de cenar ni de platicar, se sentaba en el sillón marrón de doña Consuelo y se quedaba viendo fijamente a la pared, horas y horas, hasta que le sorprendía la madrugada y decidía irse a la cama.

\* \* \* \*

Otra vez las perlas. Constantemente sueño con perlas, pero qué curioso, madre, ahora fue distinto. Estaba en el mercado preparando un licuado de nopal con piña y

perejil. Entonces prendí la licuadora y dejé que se batieran por un buen tiempo, mientras lavaba unos trastes, de pronto se escuchó un ruidajo, un ruido espantoso. Entonces volteé rápido y apagué la licuadora. Quité la tapa al vaso y resulta que eran perlas, ya no había piña ni perejil ni nopal, sino perlas, las perlas, las estaba batiendo y estaban sueltas. Y pegado a una de las paredes del vaso estaba el hilo en el que estaban las perlas y yo sabía que era el collar, mi collar, el collar que me había robado en el avión y me puse toda loca, vacié las perlas y me puse a meter bolita por bolita al hilo, pero desesperada, era una ansiedad de querer armar de nuevo el collar, algo muy feo madre porque nunca pude meter las perlas al hilo ¿Qué cree que signifique?

## EL QUE SOÑÓ SER Y NO FUE

Manuel tuvo un sueño. La penúltima noche de su vida se soñó niño. Era un niño feliz. El niño que siempre quiso ser y no fue. Estaba en la iglesia. Comía un helado de pistache y jugaba con un carrito de guerra. Veía a su madre rezarle a la Virgen, pero prefería no escuchar sus rezos. De pronto la misa terminó, la gente se empezó a ir y sólo quedaron él y su madre junto ese majestuoso escenario espiritual. Y empezó a sentir miedo, porque los cantos no eran celestiales, sino aturdidores, eran murmullos que no entendía, pero le asustaban porque poco a poco dejaban de serlo para convertirse en alaridos. Sintió cómo un chorro de nieve cayó sobre sus dedos, cuando bajó la mirada, vio sangre, gusanos en el piso, gritó. Se unió a los alaridos, mientras su madre tomaba el rol de la Virgen de Guadalupe en el centro del altar. Hubo interferencia en su ser... y de pronto se transportó a otro espacio y otra etapa de su vida, a los veinte, cuando vivía en la Ciudad de México, pero la habitación era la misma en la que agonizaba sus últimos días, en Tijuana. Escuchó un ruido estremecedor en el patio, milagrosamente se pudo levantar de la silla de ruedas, tomó un bastón

de aluminio que le había regalado una vecina y estaba a punto de acercarse a la puerta, cuando fue sorprendido por un individuo que empujó la madera y le apuntaba con un arma. Manuel tiró el bastón y alzó las manos, el hombre le llamó “Melo”, su alias de la cárcel. A pesar de tener 20 años en el sueño y contextualizarse en la Ciudad de México, Manuel sabía que tenía una esposa y un hijo y cáncer. Le dijo al criminal que se llevara todo lo que quisiera, y que si tenía que matar a alguien, que lo matara a él, pero no a su familia. El hombre lo miraba y poco a poco se fue acercando a él, a su cara. Manuel sudaba, pudo sentir su energía, su aliento nariz a nariz. De pronto se escuchó la voz de Dalia, el hombre se asustó y le disparó en una oreja. Manuel inmediatamente llevó sus manos a la oreja izquierda, mientras veía cómo el delincuente salía de la recámara, brincaba la cerca y huía. No escuchaba nada, estaba aturdido por el impacto, sólo percibía un zumbido que cada vez se agudizaba más y más. Sus manos bañadas en sangre, sentía calor en la cabeza, en la oreja izquierda. Dalia salió de la recámara y pudo observar su expresión al verlo así, de angustia, desesperación. Ella le hablaba y lloraba, él no escuchaba. Su esposa lo estrujaba, gritaba, se jalaba y arrancaba los cabellos, las manos le temblaban, lo sacudía, él trataba de leer sus labios, no entendía. Temblaba. Quiso hablar, tampoco podía. Entonces sintió algo que le llevó a pensar que hasta ahí llegaba su camino, que era el fin, la vista se le nubló y cuando sintió que se desvanecía... Despertó.

Dalia dormía en el sillón. Víctor en la habitación. Su madre regaba el jardín. Eran las 5:33 de la madrugada. Suspiró. Volvió a cerrar los ojos. Ardor.

\* \* \* \*

Mi mamá tuvo mucho que ver con que Manuel fuera así, es que fue muy dura con nosotros, muy cruel, con la mirada nos decía todo, eran miradas de chicotazo... En verdad, no te rías, es en serio, le teníamos mucho miedo. No la juzgo, al fin y al cabo tuvo que ser fuerte porque le tocó criarnos sola. Mi papá, pues sabe... Creerás que nunca supimos de él. Yo lo conocí por fotos, pero en persona nada de nada. Un día escuchando a mi mamá platicar con doña Chila, escuché clarito clarito que dijo que mi papá se había esfumado, se lo había tragado la tierra, a mí me llamó mucho la atención la frase esa, ni sabía qué era... pero me daba miedo, me imaginaba que la tierra tendría una gran hocico con dientes filosos y una lengua larga larga y que tal vez, a mí también me podría tragar, ¡inocente! Ahora verás, tendría unos seis o siete.

\* \* \* \*

Ellas en la cocina, secreteándose. Ellas, mientras el café se consume. Ellas cuchicheando, mientras el cigarro se hace colillas. Ellas.

\* \* \* \*

Yo me levanté de la cama y me puse de puntitas en la puerta, y ellas echándose su cigarrito en el chisme. Y fue así como escuché todo, todito.

\* \* \* \*

Era un viernes. Concepción lavaba pañales a mano en una tina con tallador. El agua gris. El frío en sus manos. Olor a café se escapaba por la ventana que daba hacia la cocina. Antes de irse, él fue y la tomó por la espalda,



rodeó su cintura y le dijo al oído: “Nos vemos chaparra”. Ella siguió tallando, mientras lo veía alejarse entre el basurero que les rodeaba. Fue la última vez que lo vio.

\*\*\*\*

—Nombre pues este cabrón que ni sus luces, ya tres semanas y nada.

—Y ya fue a la policía a ver si ya tienen respuesta.

—Para qué, para hacer el ridículo... nombre, ya lo hice mucho.

\*\*\*\*

El viernes que lo vio por última vez, Concepción preparó una capirotada, era uno de los postres favoritos de Manuel. Las paredes de cartón pintado de amarillo escurrían en vapor, una pequeña ventana en la cocina. Ella preparó todo para recibir a su hombre, quien comúnmente llegaba pasadas las siete de la noche. Las manecillas del reloj avanzaban. La capirotada se enfrió. Uno, dos, tres, cuatro, cinco cigarros consumidos. Dieron las dos de la madrugada. Concepción se fue a dormir con sus hijos, Manuel de seis meses de nacido y Martha de tres años.

\*\*\*\*

Y te digo que esa noche yo pelé bien los oídos porque mi mamá era muy discreta para sus cosas, muy reservada, de más, pero con la mamá de la Chila, con esa sí que se daba vuelo, sacaba todo, y la escuché llorar diciendo que mi papá se había esfumado.

\*\*\*\*

—¿Qué han sabido?

—Nada aún, con los datos que nos dio hemos tratado de hacer la búsqueda, pero pareciera que se lo comió la tierra, y usted tiene muy poca información de él. Seguiremos buscando señora.

\* \* \* \*

Concepción y Manuel se conocieron en Cartolandia, una zona en la que se asentaron personas que llegaban a la frontera, que en su mayoría construyeron sus refugios con cajas de cartón. Panorama triste y árido.

\* \* \* \*

Y los extranjeros pasaban, antes de visitar la avenida Revolución o el callejón Coahuila, se paraban a tomar imágenes de Cartolandia, ese lugar tan fascinante y a la vez desolador.

\* \* \* \*

Los ojos rasgados, pero de mirada inevitable de Concepción, cautivaron a Manuel desde la primera vez que sus pupilas coincidieron a la entrada de Cartolandia. El cabello relamido y la sonrisa de lado de Manuel, hicieron que Concepción, quien acababa de llegar a la frontera, sola y en busca de un mejor futuro, no pudiera conciliar el sueño hasta pasadas las tres de la madrugada.

\* \* \* \*

Se enamoraron. Inició un romance entre ambos que duró cinco años. Juntos lucharon por su amor y por el espacio que habitaban. Tuvieron dos hijos.

\* \* \* \*

Se les exigía que desalojaran sus hogares, porque eran vulnerables a un desborde del río. Fue a inicios de la década de los setenta. Cientos de familias daban vida a la gris fachada de Cartolandia. Era denominada como el basurero más grande del mundo, cientos de casuchas de cartón protagonizaban la zona que recibía a los turistas que cruzaban la frontera.

\* \* \* \*

Allí vivimos, allí crecimos mi carnal y yo, en la Cartolandia, nos decían que éramos los niños del vicio, de la miseria, la degradación, la promiscuidad, yo ni sabía qué era eso, pero nomas de escuchar la forma en la que lo decían, me daba coraje, sabía que no era nada bueno, ¡tan inocente!

\* \* \* \*

Habitar Cartolandia era ser periférico, marginal.

\* \* \* \*

Creo que a mi carnal sí le afectó y se creyó todo lo que nos decían, él sí se dejó envolver por el vicio y la delincuencia, ¡qué triste!

\* \* \* \*

Y se abrieron las compuertas.

\* \* \* \*

Fue una cosa, que ni para qué te cuento, nosotros ya nos habíamos ido, mi mamá andaba metida en las protestas, ahí andaba con sus chiquillos, mi carnal y yo, y bueno, yo era chiquilla, tendría unos diez, pero ay, no, qué feo, hubo un desborde del río, ahí en la canalización y de

pronto comenzaron a alborotarse todos, porque a algunos se los llevó la corriente, mi mamá al principio estaba terca de que no la quitarían de ahí, que no se movería, pero bueno, después de aquello que pasó, ay, no, nomás de recordar los ruidos, los gritos.

\* \* \* \*

Pues corrimos a refugiarnos en casa de una señora que conoció mi mamá en la Catedral, de esas que vendían estampitas de la Virgen a la salida, ella vivía por la Coahuila y bendito Dios nos recibió en su casa porque la Cartolandia fue un caos, en la tele mirabas cómo pasaban vacas, gallinas, volaban tanques de gas, carros, casuchas que eran llevadas por la corriente. Fue muy, muy feo.

\* \* \* \*

Ya cuando era más grandecita mi mamá me contó que fue el gobierno el que planeó ese desborde del río, porque querían borrar del mapa a Cartolandia, que dizque por seguridad, eso les decían, pero mi gente no era tonta, sabían que esos terrenos en un futuro iban a poseer valor... cómo se dice... plus... eso plusvalía, y no estaban tan equivocados, ya ves que la Zona Río ahorita es de lo más *nice* ahí en Tijuana... El otro día por ahí estaba leyendo un librito que tenía mi mamá y que me lo traje para acá después de que se murió, en el que dice que el gobierno quería limpiar la imagen de la ciudad para dar otra cara a los gringos, ya que Cartolandia era lo primero que miraban cuando cruzaban, y bueno, viéndolo de esa manera, creo que estuvo bien, pero también fue injusto que asustaran así a la gente, a mi gente.

\*\*\*\*

Pues a nosotros nos mandaron al reacomodo, pero mi mamá se puso necia que no, que estaba muy lejos, que mejor en el 70-76, pero ya allá no había manera, ya todo estaba entregado, y mira que le fue mejor, porque le tocó terreno exactamente en la calle que divide a la colonia Herrera y la Roma. Muy padre. El terreno tiene vista panorámica, ves el Centro, ves el cerco que divide a México de acá en gringolandia, ves parte de San Isidro, ves Chula Vista, la bahía, luego si te regresas, puedes ver la Casa de la Cultura y el río, el CECUT o La Bola, como le decíamos al principio. En las noches brillan bien bonito las luces de los carros que hacen fila interminable para cruzar para acá. Ay, ya tengo tantos años sin ir, es que pues, se hacen unas filas enormes para cruzar y luego el trabajo y la edad, no te creas ya me da miedo manejar por el *freeway*, ya no tengo la misma vista que antes.

\*\*\*\*

Los primeros años fueron difíciles, como todo. Yo ya iba a cumplir once y mi carnalito ocho, no teníamos agua ni luz, todo era un terregal, pero poco a poco mi mamá fue construyendo su casita, de cuartito en cuartito.

\*\*\*\*

Más de trescientas familias que habitaban entre el boulevard Cuauhtémoc y el Puente México fueron desalojadas a principios de los setentas. La idea: convertir la zona en la verdadera puerta de México.

\*\*\*\*

Y es que no eran para familias humildes esos terrenos.

Abrir, cerrar: expandir, reducir.

## QUÉ SIGUE DESPUÉS DE...

¿Qué pasó, Morrison? ¿Qué te pasó? Te peleaste o qué. Pillo, ¿un lío de pelícanas? Ten cuidado, no me gustaría que algo te pasara... ¡Imagínate! ¡No, a mi buen amigo, no! ¿Qué crees que pasa con los muertos? ¿Qué sigue después de esto? Cuando mi papá murió, mi mamá me decía que él ya había dejado de existir y que se haría polvo, que no era cierto eso de que los muertos se van al cielo o al infierno, simplemente dejan de ser y ya. Pero me confundía, porque cuando íbamos a visitarlo a la tumba, ella hablaba con él, le hablaba de ella y de mí, y lloraba. Entonces yo no entendía, si mi papá había dejado de ser o seguía existiendo. O si ya era polvo. Y cuando nos íbamos, me decía: “Ándale, despídete de tu papá, dile algo”, y siempre besábamos la lápida antes de irnos. Con esas ideologías crecí: al morir, la persona deja de existir.

\* \* \* \*

Crecer. Conocer otras formas de pensar. Los muertos y la muerte. Evolucionar. Despertar. El reino de los espíritus, el umbral, la purificación para reencarnar. Crecer.

\* \* \* \*

¿Tú qué piensas de todo esto? Claro, eres un pelícano, pero ¿sabes?, estuve leyendo que los pelícanos en la Edad Antigua eran sinónimo de sacrificio y esfuerzo, ¡sí!, que los egipcios los consideraban como símbolo de la muerte y resurrección de Cristo, tenían un papel en... El libro de los muertos... y se representaba en las tumbas como símbolo de protección.... Y también leí que el pelícano es el único animal que traga agua salada, en su garganta la convierte agua dulce para su consumo y el de sus polluelos. Eres toda una personalidad Morrison, tienes tu lado interesante, quién te viera, tan místico.

\* \* \* \*

Pelícano: la muerte y la vida futura: el pelícano.

Pelícano: boleto seguro del mundo terrenal al ultraterreno: el pelícano.

Pelícano: Itenet de Egipto: el Pelícano.



## SENTIR VIVO

Estoy aquí sentado, imaginando mi reflejo pasado, junto a la tumba de aquel padre, por quién aún llora mi madre.

Confundido, platicándole al cemento frío, que este amor me hace sentir vivo, este amor que he conocido.

Padre mío, estoy convencido, este amor me hace sentir vivo.

Treinta y tres: a punto de.  
Treinta y tres: ser parte de todo.  
Treinta y tres: morir.  
Treinta y tres: mudar.  
Treinta y tres: renacer.  
33.

## LOS VELOS CAYENDO A LA PAR

Después de estar por minutos, horas, jaurías viendo fijamente la pared, sentada en ese sillón en el que solía descansar su madre, Estela decidió ponerse de pie. Salió a las diez de la mañana. Hora en la que los niños de la cuadra estaban en clase, las señoras fregaban los pisos y los trastos, los del mercado estaban en plena vendimia. Emergió ataviada de novia, con ese vestidito modesto, un poco amarilloso por el paso de los años, un tocado en la cabeza que embellecía su grisácea cabellera y las zapatillas que hasta ese día estrenó. Abrió la cajita de ahorros que le heredó su madre. Apenas y había caminado una cuadra, decidió regresar de inmediato a casa. Con la misma minuciosidad que se había vestido, se desvistió. Advirtió que si salía así y caminaba por la plaza, llamaría la atención de todos y caería en lo ridículo. Guardó su sagrado atuendo en una bolsa de plástico negro, tomó un bolso de ixtle en el que comúnmente cargaba la despensa de la semana y con un cuidado exagerado, metió su vestido. Decidió ponerse un vestido de Chiapaneca, unos huaraches y se hizo una trenza.

\*\*\*\*

Entre lo negro de la selva y el colorido de las flores se eleva el traje de chiapaneca, una pieza singular de fama internacional por la lucidez de su porte, su belleza. Diversos matices han protagonizado su forma, Patrimonio Inmaterial de la Humanidad.

\*\*\*\*

La plaza de La Pila lucía como cualquier viernes a las diez y media de la mañana. Pasó por la banca, en la que hacía más de treinta años se había enamorado de Javier. Todo lucía tan igual, era como si no hubiera pasado el tiempo y los estragos en su piel, en su cabello, en sus ojos, en las venas de sus manos que parecían raíces de árbol, fueran una fantasía. Un sueño del que no podía despertar. Concluyó que el tiempo había pasado, pero ella no, ella se había perdido en él. Había dejado que la vida la pasara de largo, en un respiro. Emitió una pequeña sonrisa mientras fruncía el ceño. Echó un último vistazo a la plaza, alzó la cabeza. Y caminó una cuadra. Tomó un taxi de servicio especial rumbo a San Cristóbal de las Casas.

\*\*\*\*

Le pidió al taxista que la dejara frente al zócalo. Se bajó del auto, con su bolsa de ixtle, caminó frente a la placita. Se sentó en la banca en la que hacía más de tres décadas se había hecho polvo. En la que había visto a una pareja discutir, mientras un muchachito cínico reía al ver la situación. Entonces recordó, que ese impúdico al que se le desdibujó la sonrisa, era el mismo que se había topado al salir del bar aquella noche en que del impacto

se desvaneció... y al hilar los rostros, era el guardia de seguridad que en la Ciudad de México la auxilió y le consiguió el taxi, aunque en esa época él era muy joven, pero eran esos ojos perdidos, ese bigote, los mismos que vio por tercera vez en Chiapa de Corzo, en la banca en que conoció a Javier, en esa pareja que se besaba frente a ella. “Claro, era él. Tres veces lo vi, bueno, cuatro porque un día lo vi dos veces”, dijo. Sonrió y pensó: “Tal vez él era mi príncipe azul”. Rió sola. Un vendedor de nieves de garrafa la miró con extrañeza. No le importó, rió con más intensidad, a carcajadas.

\*\*\*

El sol de las dos de la tarde calaba, las tripas le hablaban. Decidió caminar en busca de un lugar para hospedarse. Encontró un hotel económico en Diego de Mazariegos. Entró al baño, se lavó la cara. Escondió su bolsa de ixtle bajo la cama y salió de la habitación.

\*\*\*

Comió en un lugar de Real de Guadalupe, en esa misma avenida quiso volver a subir las escaleras de la iglesia que daba fin a la arteria y disfrutar del mirador, pero apenas y subió diez escalones, decidió descansar en una de las bancas y prefirió regresar. Dieron las seis de la tarde, poco a poco la avenida se iluminaba. Se respiraba un ambiente bohemio en cada esquina. A una cuadra del parque central encontró una agencia de viajes. Preguntó por los paquetes. Después de escuchar al agente repetir automáticamente los recorridos al Cañón del Sumidero, Chiapa de Corzo, comunidades indígenas, Lagos de Montebello y Cascada el Chiflón, Cascadas de Agua

Azul, Misol-Ha y Zona arqueológica de Palenque, San Juan Chamula, Estela le interrumpió y le dijo que quería ir a cascada el Chiflón al parque ecológico en el que estaba la cascada Velo de Novia.

\*\*\*\*

Eran las siete de la noche, estaba exhausta. Decidió regresar al cuarto de hotel. Se acostó. Apagó las luces. Dejó encendida una lámpara de luz tenue.

\*\*\*\*

No pudo dormir. Pensaba en el hombre. Se volteó hacia la pared, se hartó de ver la pared. La sonrisa cínica. Se volteó hacia la entrada de la habitación, se hartó de ver la puerta. El impacto al salir de la cantina. Se puso boca arriba, vio tan fijamente el techo que de pronto lo sintió cerca, tocando su nariz. El vómito en el piso. Era él. Recordó a ese muchacho de mirada particular, al que se había topado en distintas ocasiones y se preguntó: “¿qué será de él?”. “Seguramente ha de ser muy feliz”, se contestó. Miró el reloj que estaba sobre el buró. Eran las 4:00 a.m. Ya no se permitiría dormir. En dos horas pasarían por ella.

\*\*\*\*

A las 6:05 a.m. escuchó el claxon. Tomó su bolso de ixtle y salió.

\*\*\*\*

Junto a Estela viajaba un grupo de jóvenes, eran siete, y una pareja de recién casados. El chofer le preguntó si iba sola y ella contestó que no, que en otro traslado andaban sus dos hijas y sus yernos, pero que ella había decidido

ir a conocer la cascada Velo de novia y allá se encontrarían. Dijo llamarse Patricia, (primer nombre que le había dicho Javier cuando la conoció, mientras trataba de adivinar cómo se llamaba) ser originaria de Distrito Federal y viuda. Reservada, se limitó a contestar lo que se le preguntaba. Llegaron a los Lagos de Montebello, visitaron tres o cuatro, Estela estaba inquieta, quería llegar al Velo de novia. Hicieron una parada para desayunar quesillo con chorizo envueltos en hoja de plátano y por fin, pasado el mediodía, llegaron a Cascada el Chiflón. El grupo llegó directo al baño, antes de hacer el recorrido, Estela fue a comprarse un plato de fruta con chile en polvo. Cuando ya casi estaba listo el grupo para subir y admirar de cerca la cascada, Estela les dijo que prefería quedarse ahí en la banqueta de la entrada, porque posiblemente llegarían sus hijos. Se había cansado en los lagos, no tenía muchas fuerzas para caminar. Por su edad lo entendieron, nadie preguntó nada, ni el chofer, no le dieron importancia y emprendieron el camino.

\*\*\*\*

Estela se quedó ahí, viendo cómo se alejaban mientras devoraba la papaya, el melón y la piña bañados en chile.

\*\*\*\*

Cuarenta minutos después vio a un grupo de personas que bajaban, esperó a que se aproximaran a la entrada, se puso de pie y se dirigió al puesto principal, le dijo al joven que le había vendido la fruta que sus hijas venían en el grupo que acababa de salir y que se iría con ellas, que si el chofer preguntaba por ella, le avisara de favor. El joven asintió.

\*\*\*

Caminó junto al grupo que iba de salida y en cuanto tuvo oportunidad se escondió tras un árbol. Ahí esperó hasta que la camioneta arrancó. Se vio sola, con el arroyo del agua que pasaba a unos metros, decidió atravesarlo y emprender su huida hacia el monte. A paso lento, pero firme, se adentró a la arboleda y encontró una cavidad en la que decidió esconderse. El corazón parecía salir.

\*\*\*

—¿Y la señora?

—La de canas, la que traía vestido...

—Sí, sí ella, viene en mi tour.

—Me dijo que le avisara que se había ido con sus hijas.

\*\*\*

Nadie sospechó. Los siete jóvenes estaban extasiados con la experiencia de subir a la cascada, la pareja no tenía ojos más que para sí mismos, disfrutaban de la melaza de su luna de miel, el chofer no tuvo malicia, creyó en la señora Patricia.

\*\*\*

—Qué chido, ¿no?

—Sí, se siente una vibra a todo dar allá arriba.

—Es impresionante.

\*\*\*

Llegó la oscuridad. Estela estaba aterrorizada. Escuchaba el caudal de agua que nunca paraba, pero parecía que de noche aumentaba, no supo si así era, o los nervios la



estaban traicionando. Escuchaba ruidos por todas partes. A su izquierda, a su derecha, de frente, a sus espaldas; escuchaba pisadas, hojas secas que eran arrastradas, el sonido que parecía de una sierra, era un circo en su cabeza. A sus posibilidades se puso en posición fetal y se cubrió la cabeza con las manos. Deseaba ver el alba. Así transcurrió toda la madrugada, escondida en ese espacio de tierra rodeado de maleza. Entre orquídeas nocturnas, bromelias, árboles de sabino, árboles palomillo, chicozapote, cedro y caoba; iguanas, conejos, armadillos, serpientes y diversas aves que sobrevivían a la noche.

\*\*\*

Sonidos ambientales y oscuridad.

\*\*\*

Estela llegó a la conclusión de que su vida era así: oscura, mística. Tan negra como la cavidad en la que se escondió, tan larga como esa madrugada de camuflaje entre su cuerpo y la tierra. Tan viva como cada animal e insecto que rodeaban su existencia. Tan intensa como el río que fluía sin parar, sin final. Tan sin final, sin el feliz final con el que una vez soñó, cuando niña.

\*\*\*

Eres una ilusa Estela, yo siempre te lo dije, los hombres no valen la pena, pero eres necia, mujer. Tan necia e ilusa como yo... ¿Sabes? Te mentí. Tu padre no murió, el muy canijo nos abandonó. Así de la nada. Desapareció. Nunca supe si se fue, si se casó, si tenía otra mujer, si se murió, no supe ni quise saber... así como tú con Javier, pero todos los años, todos esos años estuve a la espera

de verlo entrar al mercado, o a la casa, o verlo en La Pila y correr a sus brazos y poner mi mano en su boca y decirle “no me digas nada, no me importa qué haya pasado, ahora estás aquí y te amo”, y ser felices los tres: él, tú y yo, pero... no... la verdad es que no pensaba que los hombres no valieran la pena, sino que esperaba a tu padre. Por eso nunca le hice caso a nadie más, porque tenía la esperanza de que un día... Lo siento, porque tú eres como yo... No quise hacerte daño, sólo protegerte, protegerme, no quería que te hicieran daño, no quería que sufieras lo que yo, y al mismo tiempo, tenía miedo de perderte, eras lo único valioso que tenía, lo único que me quedaba de él, de mí...

Una figura amorfa y fluorescente se alejó.

\*\*\*

Estela abrió los ojos, no supo si aquello había sido un sueño, una revelación o algo real, el negro del cielo comenzaba a tornarse azulado, era tiempo. Adolorida y aturdida, trató de ponerse de pie, a su ritmo. Cuando lo logró, se estiró como cuando era pequeña y su madre la levantaba para ir a la primaria. Recordó esa imagen, sonrió. Se puso de cuclillas y abrió su bolsa de ixtle. Con el cuidado de una novia a minutos de ir al altar, decidió ponerse el vestido, el velo y las zapatillas. Entre la humedad del amanecer puso su cuerpo al desnudo, para convertirse en la novia sesentona más hermosa. Sacó el labial borgoña que tanto disfrutaba y así, a la incertidumbre, se pintó los labios. Eran las cinco de madrugada con treinta y tres minutos. Estela emprendió el viaje hacia el altar.

\* \* \* \*

Regresó a la entrada. Los habitantes de las cabañas aún dormían. Personal del ecoparque turístico descansaba en la oficina. Estela decidió subir al altar. Poco acostumbrada a caminar con zapatillas, resolvió quitárselas y caminar descalza, ya que además de ser cansado, el tacón se hundía en las partes húmedas de tierra. Descalza, pausada, pero firme, Estela caminó los kilómetros necesarios para llegar al último descanso del recorrido, en el que comúnmente los turistas se toman fotografías, mientras el imponente Velo de novia, hace de las suyas a sus espaldas.

\* \* \* \*

Cuando llegó a su meta, Estela sonrió. El piso del mirador brillaba de tan húmedo. Recordó la primera vez que fue, el cómo se había caído de tan viscoso y resbaladizo que estaba el mirador, aquella tarde que ante el paisaje dijo: “aquí podría morir”. Se puso los tacones y a rastras se introdujo. Logró arrastrarse hasta sujetarse del barandal y poco a poco se puso de pie.

\* \* \* \*

Ahí ante el imponente Velo de novia de frente Estela hizo un gesto de risa que terminó en quebranto. Quería distinguir con claridad la caída del agua, pero la brisa que emitía el caudal de cien metros de altura se lo impedía. Estuvo por más de media hora sujeta a los barrotes, llorando, con la misma intensidad de la cascada que rugía frente a ella, estaba bañada, escurría, fluía como lo hacia el Velo de novia, la humedad de su rostro era una mezcla de sal, de dolor, de alegría, de asombro, de brisa

echa agua. Su cabello escurría, el velo adherido al vestido, el vestido resaltando su silueta vieja. Entonces decidió ir más allá, estar en contacto con la cascada, se sujetó bien del último barrote del barandal y escaló el primero de cuatro que lo conformaban, después el segundo. Vértigo. Sintió caer. Se contuvo, logró el equilibrio. Un tercer barrote. Su ser expuesto. Vértigo. Suspiro. Logró el equilibrio. Entonces extendió los brazos y el llanto se prolongó por minutos hasta terminar en carcajadas, desbaratadas carcajadas que recibieron los primeros rayos del sol. Y en un impulso, dejó su cuerpo caer.

\*\*\*\*

Dos velos cayendo a la par.  
Su nuca, sus cabellos al aire.  
Los brazos volando.  
El vestido empapado.  
El corazón deja de latir.  
El cuerpo aún no cae.  
Las pupilas dilatadas.  
El cuerpo cubierto por el agua.  
Caudal que recibe, traga, asila.  
El final.

Tres que pudieron ser treinta y tres, pero él nunca.

Tres que pudieron ser treinta y tres, pero ella nunca.

## POR QUÉ ESE HABITAR

Antes de morir, Manuel tuvo una ráfaga de imágenes en retrospectiva sobre su transitar por el mundo. Inició desde su presente: la silla de ruedas, los gusanos, la cara de asombro de Dalia cuando descubrió los gusanos, los ojos, sus ojos, las lágrimas calladas, al niño jugando con sus soldaditos de plástico, a su hermana Martha despidiéndose, a su madre colocándole un gorrito y acomodándole la cobija. Su último día de trabajo en el parque, la vez que entró a la iglesia en busca de respuestas, el verde, el trinar de pájaros, las palmeras, la banca donde lo esperaba Dalia unos días, y otros Bibi. La noche que Bibi le dijo sobre el embarazo. La tarde que nació Saúl. La mañana de la noticia, del cáncer, la canción de *Cuando dos almas* en el camión, el llavero del conductor, el silencio en casa, los reproches de Dalia cuando regresó de Chiapas, el viaje, la luna de miel clandestina con Bibi, el romance, las caricias, las insinuaciones, a la muchacha que lloraba en la banca mientras una pareja discutía y él a sus casi dieciocho se comía un dulce de leche mientras le coqueteaba, a la muchacha que salió corriendo del Parachicos y se estampó con él, a la mujer que casi se desvaneció

frente al edificio en el que trabajaba como guardia de seguridad, a la mujer que estaba en la banca del parque en Chiapa de Corzo bebiendo un licuado mientras Bibi y él se devoraban... Entonces hiló todo y se dio cuenta de que era la misma mujer... tres veces más una se había topado con esa mujer y no había podido relacionar... Inmediatamente le vinieron a la mente la jovencita llorando en la banca, la jovencita que salió corriendo del Parachicos, la mujer que vomitó frente al edificio en Ciudad de México, la mujer que bebía licuado en la plaza de Armas, eran la misma, el mismo rostro, la misma mirada: triste, triste mirada, el mismo cabello negro. Experimentó alegría, emoción e intriga, quiso respirar y revivir para comenzar de cero, ir tras ella, tras esa señal que se cruzó en su camino tres veces, y no vio, no pudo ver... tal vez era ella la respuesta que siempre buscó para el vacío de su existencia... tal vez era el motivo para resurgir y vencer ese cáncer que lo consumía... pero el café, el café se enfriaba, ya no quedaba tiempo, entonces regresó la borrasca de imágenes al borde del abismo, la oscuridad, a las noches de juerga, a las ausencias de casa, el nacimiento de Víctor, a la fiesta en la que atacó a pedradas a Dalia, en el sábado que ella se fue y lo dejó solo a punto de entrar al cine, en sus celos, en los celos enfermizos de su esposa, en su mamá hablando pestes de su mujer, en la noche de bodas, en la fiesta, en la iglesia, en su relación con Dios, en la cárcel, los días de infierno, el frío de las paredes, el gris que respiraba en cada rincón, en los libros, en su búsqueda por conocer la verdad, el origen, el sentido de vivir, de estar en la tierra, de respirar cada día, de salir a las calles a enfrentar al mundo, a sobrevi-

vir esa vida que para él no era vida... esos libros y esos santos en los que nunca encontró respuestas ni vio la luz. Recordó su peregrinar por la Zona Norte, la tarde que entró a casa de su madre y robó esos dólares falsos, la mañana que vendía burritos de marihuana, su andar por el Distrito Federal, el cómo sobrevivió en las coladeras, cómo fue rata en la ciudad. A sus tíos en Guadalajara, el rancho, la cosecha. La primera vez que estuvo en la cárcel, a su hermana ansiosa por sacarlo de ese infierno. Las botas que se robó de la casa de la vecina. Los viajes que emprendía cada vez que fumaba o inhalaba. La cara de Martha cuando lo veía entrar a la comandancia de la ocho, su rostro de tristeza y angustia, la frialdad de su madre al regresar a casa, la mirada hacia abajo, siempre hacia abajo, nunca cruzaban miradas. Sus primeros años de locura, su primera relación sexual con la hija de la Chila, las luces de la Coahuila, el bullicio de la Zona Norte, la basura, los olores, la mugre. La gorra que su mamá nunca le compró, esos tacos de birria que le supieron a gloria, las alcancías y artesanías que siempre soñó con arrojar al suelo y verlas hechas trizas, entonces llegó la otra revelación... su pupila estaba a escasos minutos de dilatarse, pero antes... llegó al origen de todo, de ese vacío que habitaba en su ser...

\*\*\*\*

Eran las diez de la noche. Martha dormía. El televisor encendido, pero silencioso. La madre, como todas las noches, dedicaba una hora de rezo a sus santos después de fumarse un cigarrillo. Manuel estaba incómodo. Se movía de un lado a otro. No conciliaba el sueño. Tenía



cuatro años. La madre los mandaba a la cama a las ocho de la noche. Estaba prohibido hacer ruido después de esa hora, así como levantarse o salir del cuarto, para ello tenía una bacinilla bajo la cama. El niño escuchaba los sollozos de su madre en lo que simulaba ser una sala. Entonces el muchachito se incorporó y con las plantas de los pies al descubierto, se bajó de la cama. Martha ya estaba dormida. Caminó lentamente hacia la puerta de la recámara que estaba semicerrada. Con movimientos cautelosos, se acercó poco a poco hasta que su pupila se asomaba para observar a su mamá, quien de cuclillas y frente a una tablita, hacía preguntas y parecía hablar con alguien.

\*\*\*\*

—¿Está vivo? ¿El desgraciado está vivo?

—...

—¿Tiene otra mujer?

—...

—Por qué nos abandonó.

—...

—¿Por qué no le importaron sus hijos?

—...

—Desgraciado, es un desgraciado infeliz.

—...

—¿Voy a morir pronto?

—...

—No la juegues, en verdad no la hagas, mira, si te vas a llevar a alguien, yo te pido que te lleves a mis hijos, pero no a los dos, si a uno te has de llevar, llévate a Manuel que es el más chico, porque la Martha está más

grandecita y puede ayudarme más con la chamba; pero a mí no, imagínate, así como vivimos, qué sería de mis hijos si yo me muriera, quién los atendería, quién se haría cargo de ellos, no, no, no, para que anden causando pena mejor muertos, si a alguien te has de llevar que sea a ellos, a mí no, a mí no me llevas. Llévate a Manuel si así ha de ser.

—...

\*\*\*\*

Pupila dilatada por la rendija. Susto en el estómago. El niño tras la puerta, el origen de todo: el odio.

\*\*\*\*

Varias noches, Manuel se levantó y escuchó a su madre hablar o platicar, a esa edad no sabía bien con quién, frente a esa tablita, pero sí escuchó con claridad, la petición de no morir, de que mejor fallecieran sus hijos, pero ella no. Que muriera él, por ser más chico.

\*\*\*\*

Entonces entendió los motivos del porqué, porqué ese habitar en vano por el mundo, y estiró la mano, quiso despertar a Dalía para pedirle que fuera al dormitorio de su madre, que la mandara llamar, quería verla, hablarle y decirle que la perdonaba, o mejor dicho, que lo perdonara, no tenía claro quién debía perdonar a quién o si realmente se trataba de perdón, sólo quería verla a los ojos, lo que nunca pudo hacer durante su infancia, su adolescencia, su vida adulta, tocar su mano, tocar sus rasgados ojos, darle un abrazo, demostrarle que no le guardaba ya ningún rencor... Pero no pudo siquiera im-

pulsarse y tocar a su esposa con el brazo, estiró el brazo, movió los dedos lo más que pudo, queriendo despertar a Dalia, acariciar sus cabellos, para decirle que le hablara a su mamá... Ya no alcanzó, la pupila se dilató y esa vez para siempre, el café se enfrió, el cuerpo se inmovilizó, el corazón dejó de latir.

\*\*\*\*

Silencio.

Él cumplió treinta y tres, y después nunca.

## MORRISON A LAS DIEZ

Ya son las diez... qué raro, no se ve por ningún lado. Tal vez sea por la llovizna, no lo sé. Bueno, da igual, lo veo la próxima semana. Cuídate mucho, Morrison, espero que estés bien.

Treinta y tres: morir.

## EL UMBRAL

Cuando el cuerpo se sumergió al agua, el corazón ya había dejado de latir.

\*\*\*\*

A dos semanas de su desaparición, la policía encontró en una cascada, producto del cauce del Río San Vicente, un velo de novia desgarrado.

\*\*\*\*

Quiero saber si estás aquí, en dónde estoy, siento que me ahogo. ¡Me ahogo! Tengo miedo, mucho miedo. Mamá, papá, Javier... están aquí, contesten. Son ustedes. Tengo miedo, mucho miedo, por favor, prendan la luz... mamá, papá, Javier, ¿están ahí? Tengo frío, este vestido es frío, muy frío, quiero mi vestido de chiapaneca, me oyen, quiero mi vestido de chiapaneca. ¡Mamá! ¡Me ahogo!

Treinta y tres: ser parte de todo.



## A TIERRA EL POLVO

Duerme en un profundo sueño sin sueños.

\* \* \* \*

A la tierra el polvo, a Dios el espíritu.

Treinta y tres: mudar.

## CADÁVER QUE VOMITA EL MAR

Al siguiente domingo lluvioso que no tuvo oportunidad de ver a Morrison, Víctor pasó por alto su ritual, tenía ansia de estar junto al pelícano, de verlo, de reponer el tiempo que no pudieron compartir el domingo anterior. Se sentó en el lugar habitual. Nada. Esperó unos minutos, volteó para todos lados. Nada. Se puso de pie y caminó hacia el bordo. Espuma que baña los muros. Se asomó hacia allá, al otro lado, ni rastro de Morrison, sólo patrullas y helicópteros. Y decidió caminar en sentido contrario por toda la orilla, caminó, caminó, caminó y caminó, hasta que se perdió entre la neblina. Nada.

\*\*\*\*

Soñar el mar. Deseo. Soñar el mar. Deseo de tener. Soñar el mar. Deseo de tener acercamiento. Soñar el mar. Deseo de tener acercamiento con otra persona. Soñar. Soñar el mar.

\*\*\*\*

Alegoría de las aguas de la vida, el océano. Recordar el inicio de todo. El primer capítulo. El Génesis: el espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas. El mar, el

océano, el agua: base de la vida. Símbolo de toda transformación, de toda posibilidad de evolución. El mar... el océano... el agua...

\* \* \* \*

Lo busqué, lo esperé...

\* \* \* \*

Y así fueron los siguientes cuatro domingos.

\* \* \* \*

No lo volví a ver.

\* \* \* \*

Entre las aguas el cuerpo inerte, el pico maltratado, pupilas que se expanden, cadáver que vomita el mar, el mar vomita a Morrison.

\* \* \* \*

Descansa en paz Morrison. O en dónde quiera que estés, sé feliz.

Treinta y tres: renacer.

# VOLAR

Dejar de existir,  
Separar el alma,  
Tomar otro cuerpo,  
Volver a nacer,  
Reencarnar.

\*\*\*\*

En busca del espíritu puro.

\*\*\*\*

Ser ave: volar.

## ELLOS QUE NUNCA

Ellos que nacen, ellos que mueren, ellos que se van, ellos, ellos que nunca.

\*\*\*\*

Ellos, embriones que salieron a la luz, emitieron llanto al respirar un mundo irrespirable. Ellos que crecen. Aprenden a vivir, a sobrevivir.

\*\*\*\*

Ser inicio, retornar a la semana de origen, protagonizar el sexto día.

\*\*\*\*

Ellos, ellos que pudieron ser más, más que intercambio de miradas, más que choque de cuerpos, más que risas disimuladas, lágrimas contenidas en una plaza. Tuvieron la oportunidad de ser caricias, carne, abrazos, crear complicidad y reír y gozar y sufrir y morir. De la mano caminar. Fusionar alientos, fluidos, escuchar el latir de los dos cuerpos en el silencio, calidez en la habitación. Sus vidas se cruzaron, no lo pudieron ver. Sin importar edad. Pero diez años les separaban. Realidades distintas. Tenían que

aprender. Y encontrarse después de la muerte. Caminaron entre velos, no distinguieron lo que la causalidad les puso de frente. Una, dos, tres, pudieron ser treinta y tres o más, pero ellos... ellos nunca.

Por ellos, por ellos que nunca. Por Manuel, por Estela, por ellos que nunca.

\*\*\*\*

A polvo regresar, sentir el soplo, la vida, erguirme, caminar, luchar por mi costilla.

\*\*\*\*

Ella que murió enfundada en su vestido de novia, ella que nunca pudo comunicarse con su madre, ella que no supo quién fue su padre, ella que jamás volvió a saber del amor, ella que careció de respuestas, ella que dejó que la vida la consumiera, en el trajín, en la costumbre, en el silencio, la soledad. Ella que nunca olvidó, que rechazó oportunidades por la añoranza del ayer, de lo que conoció como amor. Ella, que prefirió morir antes de resignarse a la soltería eterna, ella... ella que nunca.

Por ella, por Estela, ella que nunca.

\*\*\*\*

Esconderme entre arbustos, atravesar de puntillas el paraíso.

\*\*\*\*

Él, él que nunca le encontró sentido a vivir. Él, que no pudo entablar contacto visual con su madre, ni en la infancia ni la edad adulta ni en vísperas de la muerte. Se fue sin despedirse de ella, quien era fuerza, silencio y roca. Él, que no pudo gritar al mundo su sentir, hablar con



su hermana, llorar y rabiar. Dejarse ver, ser vulnerable, caer y renacer. Él que la amó, pero no supo demostrar lo que sentía por ella, por Dalia, quien todo lo dio, todo lo perdonó, quien se desencantó y de dolor se arrastró. Él, que no disfrutó sus semillas, no las vio crecer, él, que se fue a sus treinta y tres, un camino trunco, una revelación, un enfriarse de madrugada.

Por él, por Manuel, él, que nunca.

\*\*\*

Ellos que no pudieron comunicarse, tuvieron oportunidad de atravesar fronteras, compartir el mismo mar, albergar arena entre sus troncos, respirar el mismo espacio, apreciar el verde azul, con sus olas, con su viene y va. Y él pudo explicarle muchas cosas, reconquistar la infancia, aclarar ideas enraizadas, decirle que lo amaba... pero dormía en un sueño sin sueños.

Por su parte, él pudo haber cambiado el concepto de su padre, y conocer más allá de lo dicho, el por qué, el origen de todo, recibir con dignidad sus treinta y tres, pero él... él nunca. Ellos nunca... nunca.

Por ellos, por Morrison, por Víctor, por ellos que nunca.

\*\*\*

Si fuera niño pediría ser Adán, ser inocencia y no morder el fruto, pisar la serpiente y conocer a otra Eva, para juntos jugar, correr y no sufrir, y no morir.

\*\*\*

Ella estaba ahí parada ante el imponente Velo de novia sus manos sus piernas su cara su cuerpo eran humedad y

la cascada fluía él quiso recuperar el aliento decir tantas cosas a sus treinta y tres no le alcanzaba la vida se enfriaba el café él buscaba sentido quería redescubrirse a sus treinta y tres ella que todo lo dio ella que perdonó ella que de dolor y desencanto se arrastró ella es fuerza calla y es roca... iniciar expirar nacer morir surgir perecer vivir caer empezar extinguirse emerger decrecer florecer marchitar germinar arrancar comenzar terminar aparecer irse encender apagar surgir desaparecer abrir cerrar expandir reducir... morir, ser parte de todo, renacer.

\* \* \* \*

Por ellos, por ellos que nunca. Ellos que se van, que polvosen, pero no se olvidan.

## A MORRISON:

El sentimiento de ausencia es una constante en mí. El origen fue la muerte de mi padre. Yo tenía tres años. Después de esa encomienda que me hizo antes de partir: ser “el hombre de la casa”. ¿Cómo ser el hombre de la casa?, ¿cómo un infante de tres años debe asimilar la responsabilidad de cuidar a una madre?, ¿no debería ser lo contrario? Nunca lo entendí y tras la búsqueda a esa respuesta me envolví en una serie de sucesos ausentes y ausentes sucesos que se han extendido hasta mis treinta y tres, con esa ausencia que irónicamente no se mantiene ausente, por el contrario, más viva que nunca.

Gracias, Morrison.



## ÍNDICE

En vida escribo a ellos	9
Las grietas del silencio	12
Hasta el cemento quemaba	17
Morrison: la arena no es igual	22
Los panteones cobran vida	23
Una mujer poco común	26
Infierno en las vísceras	41
Ave que no teme a la proximidad	53
El camino de los muertos	56
Ella era una tumba	58
Firmas de un por siempre	61
Sal que no distingue fronteras	78
Reímos de nuestras desgracias	80
Imponente monstruo de agua	82
Los barrotos se desmoronaban	92
Asido al pasado	102
Entre flores nos despiden	106
Grito a punto de llanto	112
Libertad por unas botas	124
Rescatar su memoria	133
Para allá todos vamos	135
Más allá de su amor	137
Lo dejaron en la calle	142

Soñar el mar	149
Morir para vivir	151
Sin drama ni cama larga	153
El que soñó ser y no fue	166
Qué sigue después de...	175
Sentir vivo	177
Los velos cayendo a la par	179
Por qué ese habitar	190
Morrison a las diez	197
El umbral	199
A tierra el polvo	201
Cadáver que vomita el mar	203
Volar	206
Ellos que nunca	207
A Morrison:	211



*Ellos nunca* se terminó de imprimir en el mes de diciembre de 2022, en los talleres gráficos de CB impresiones S.A. de C.V., calle Reforma, 1232, Colonia Nueva, Mexicali, Baja California, C.P. 21100. Para la composición tipográfica de esta obra se utilizó la fuente Baskerville. Su tiraje consta de 500 ejemplares.



¿Qué tienen en común una mujer que al cumplir setenta años desempolva el traje de novia que nunca usó y sale a la calle para lucirlo; un hombre desadaptado que en su lecho de muerte reconstruye una vida signada por la pulsión y las adicciones; y un joven que intenta dialogar con un pelícano para encontrar respuestas esenciales de la existencia? Son almas que van en busca de algo, intentan decir tanto, esperan de sus vidas todo y sobrepasan sus límites, a través de una trama secreta que se revela en los pequeños actos y las decisiones tomadas cotidiana e irreflexivamente.

ISBN: 978-607-8661-26-8



**BAJA  
CALIFORNIA**  
GOBIERNO DEL ESTADO

**CULTURA**

Secretaría de Cultura  
Instituto de Cultura de Baja California